

# En defensa del marxismo

42

Año XXII septiembre 2014 \$50

## Congreso del movimiento obrero y de la izquierda

Gabriel Solano

“Evaluación educativa” y descomposición  
capitalista Marcelo Ramal

Palestina: “Limpieza étnica y genocidio”  
entrevista a Ilán Pappé

Oro, papel moneda y mercancía Karl Kautsky

Dinero y mercancías Rudolf Hilferding

Mercado, religión y Estado  
en la génesis del capitalismo  
Osvaldo Coggiola

El trotskismo norteamericano y  
la revolución europea, 1943-1946  
Daniel Gaido y Velia Luparello

Sebastiano Timpanaro y la  
reivindicación del materialismo  
en la obra de Marx y Engels  
Diego Bruno

 En defensa del  
**marxismo**

**42**  

---

En Defensa del Marxismo  
po.endensadelmarxismo@gmail.com  
**Director:** Jorge Altamira

**Ediciones Rumbos**  
www.po.org.ar  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires  
ISSN 2314-047X

# Índice

<b>Congreso del movimiento obrero y la izquierda</b>	
Gabriel Solano .....	5
<b>“Evaluación educativa” y descomposición capitalista</b>	
Marcelo Ramal .....	15
<b>Palestina: “Limpieza étnica y genocidio”</b>	
Entrevista a Ilán Pappé .....	21
<b>Oro, papel moneda y mercancía</b>	
Karl Kautsky .....	31
<b>Dinero y mercancías</b>	
Rudolf Hilferding .....	63
<b>Mercado, religión y Estado en la génesis del capitalismo</b>	
Oswaldo Coggiola .....	75
<b>El trotskismo norteamericano y la revolución europea, 1943-1946</b>	
Daniel Gaido y Velia Luparello .....	99
<b>Sebastiano Timpanaro y la reivindicación del materialismo en la obra de Marx y Engels</b>	
Diego Bruno .....	129



# Congreso del movimiento obrero y la izquierda

Gabriel Solano\*

**E**l XXII Congreso del Partido Obrero, realizado en abril, sintetizó el conjunto de sus deliberaciones y conclusiones políticas en una resolución central de alcance estratégico: impulsar una campaña por un Congreso del movimiento obrero y la izquierda. El objetivo que nos trazamos es profundizar un proceso de construcción política, que ya está en marcha y que no sólo se ha manifestado en 1.300.000 votos obtenidos por el Frente de Izquierda en las elecciones de 2013 o en el triunfo posterior del Partido Obrero en Salta sobre las distintas fracciones del peronismo, sino también en el protagonismo creciente de la izquierda en el movimiento obrero y en la juventud. Este protagonismo de algún modo precede el crecimiento electoral del Frente de Izquierda, pero éste, sin duda, ha servido para potenciar su alcance y profundidad. El Congreso del Partido Obrero consideró que este crecimiento de la izquierda integra una transición política más general, determinada por una bancarrota económica y por el retroceso inexorable del movimiento nacionalista burgués que ocupó el centro prin-

\*Gabriel Solano es dirigente del Partido Obrero, escribe regularmente en *Prensa Obrera* y *En defensa del marxismo*.

cial en la política argentina de los últimos 70 años: el peronismo.

Los ataques sistemáticos del gobierno a los partidos del Frente de Izquierda por la participación de sus militantes y parlamentarios en las luchas obreras más importantes del momento, sirven para constatar que nuestros propios adversarios de clase, sobre todo los “nacionales y populares” que quieren reservarse para sí mismos el ser la expresión de los movimientos populares, advierten la naturaleza del proceso en marcha, que se caracteriza por una tendencia a la fusión del movimiento obrero con la izquierda. Surge, por lo tanto, la necesidad imperiosa de tomar todas iniciativas políticas que tengan por objetivo desarrollar sistemáticamente este proceso.

Como está en juego el desarrollo de las perspectivas abiertas por el Frente de Izquierda y por las luchas obreras contra la ofensiva capitalista, la propuesta de convocar a un Congreso del movimiento obrero y la izquierda va dirigida a las organizaciones políticas, sean o no del Frente de Izquierda, y al conjunto de los luchadores del movimiento obrero y popular. A todos ellos les proponemos realizarlo en común. La amplitud de la convocatoria va acompañada con una estrategia definida: desarrollar mediante el programa y la acción de lucha la independencia política de los trabajadores y las condiciones para un gobierno de los trabajadores.

Se trata de una acción principista que ha podido superar la prueba de la realidad. Mientras la izquierda “plural”, que basó su política en una alianza con el centroizquierda -hoy en un proceso acentuado de disolución-, el Frente de Izquierda, con un programa de independencia de clase y por un gobierno de los trabajadores, se ha transformado en un factor convocante. Retroceder de esto en función de una alianza con figurones centroizquierdistas sería letal y liquidacionista, de igual modo el limitar la acción de la izquierda al plano sindical justo cuando, gracias al Frente de Izquierda, aquella ha logrado superar su marginalidad política. Como lo hemos dicho en reiteradas ocasiones, incluso en Plaza de Mayo en el acto del 1° de Mayo, la lucha de clases adquiere su verdadera dimensión cuando se transforma en lucha política contra el Estado, el gobierno y los partidos capitalistas.

### **Bancarrotas capitalistas**

Este crecimiento político de la izquierda no se da en el vacío. Coincide con una bancarrota económica de alcance general que tiene múltiples manifestaciones. El parate de la producción se ha acentuado, afectando a todas las ramas de la industria, el comercio y la construcción.

Sólo ha quedado a salvo el sistema financiero, que incrementa sus beneficios actuando como prestamista del Estado, lo cual es letal para un modelo que se precia de “productivo”. Hay una fuerte retracción del consumo, como resultado de la pérdida del poder adquisitivo de los trabajadores, y también del sobreendeudamiento de las familias -lo que muestra, de paso, que en la etapa previa el crecimiento de las ventas estaba apalancado por el crédito al consumo y no era el resultado del mayor poder de compra de los salarios. El déficit fiscal -producto del pago de la deuda externa y de los subsidios millonarios que tienen como beneficiario último a los capitalistas- crece a un ritmo vertiginoso y amenaza con llevar a la quiebra al Estado nacional, pero también a provincias y municipios que tienen sus deudas atadas al dólar, mientras caen sus ingresos como resultado de la recesión económica general. La inflación continúa con un ritmo ascendente, a pesar de la recesión y la caída del consumo, lo cual es un síntoma de la explosividad que anida en los desequilibrios económicos que se han acumulado. Esto se agrava con la falta de financiamiento, tanto del Estado como de la clase capitalista. Argentina, otra vez, atraviesa una nueva crisis de deuda, que en este caso se ve potenciada por el hecho de que su monto total duplica al que existía en 2005, cuando se realizó la reestructuración de los bonos en defol. Los 250.000 millones de dólares de deuda pública actual la convierten en la más grande de nuestro bicentenario, aunque incluso podría crecer por encima de los 300.000 de dólares de contabilizarse las deudas del Banco Central con los bancos privados y las deudas de los Estados provinciales, así como el pasivo que la Anses ha acumulado con los jubilados.

Las medidas adoptadas por Kicillof no han hecho más que agudizar la crisis. La devaluación de enero ha incrementado de manera aún más notable las contradicciones económicas. Ha incrementado el costo de las importaciones de energía, el pago de las deudas nominadas en dólares o atadas a su cotización y acentuado una inflación que ya superaba holgadamente el 20 por ciento anual. Aun así, no ha servido para potenciar las exportaciones, que están en caída, y ha revelado como nunca el carácter parasitario de la “industrialización K”, que se reduce al ensamble de piezas importadas. Ahora que faltan dólares para garantizar dichas importaciones, se agudiza más la tendencia recesiva imperante. El fracaso de la devaluación de enero se expresa ahora en el reclamo de una nueva devaluación, pero de alcance superior, por parte de la inmensa mayoría de los grupos capitalistas. Si el gobierno se resiste a seguir esta orientación podría repetirse una corrida

cambiaria y financiera. Quienes negaban que fuéramos a asistir a un proceso clásico de Rodrigazo deben ahora rendirse a las evidencias.

El análisis de la crisis no debe reducirse sólo a la descripción de sus elementos constitutivos, sino que debe ser caracterizada desde un punto de vista de clase. Al hacerlo, se pone de manifiesto que la crisis tiene un alcance estratégico, porque expresa el fracaso de la reconstrucción capitalista del país sobre las viejas bases sociales. Es, por lo tanto, el fracaso del nacionalismo de contenido burgués, que el kirchnerismo pretendió encarnar luego de la debacle de 2001-2002. El nacionalismo ha dejado un balance de precarización y pobreza de más de un tercio de la población -o sea, la mitad de los trabajadores-, salarios bajos -condicionados a las horas extras y a los premios de productividad- y jubilaciones de miseria. El nacionalismo ha sido un instrumento de la superexplotación de la fuerza de trabajo, de mayor entrega nacional, de extranjerización de la industria y el agro, y de primarización de la economía.

### **Kirchnerismo y peronismo**

Existe, como no podría ser de otro modo, una conexión directa entre la bancarrota económica y el agotamiento del kirchnerismo, ya sea como gobierno o como movimiento político. Es un dato clave que debe ser resaltado, pues el kirchnerismo ha sido el instrumento de la clase capitalista para reconstruir la autoridad política del Estado luego de la rebelión de diciembre de 2001. Para ello recurrió a recursos políticos audaces, que incluyeron la cooptación de sectores del movimiento popular y un travestismo alevoso, para reinventar a quienes habían sido menemistas y privatistas en los '90 como "hijos de las Madres de Plaza de Mayo" y hereros de "la gloriosa JP". El objetivo del "relato" no era otro que bloquear el desarrollo de la izquierda, que había crecido en protagonismo y visibilidad política al derrumbarse el gobierno de la Alianza. No es casual que esta orientación haya coexistido con un fuerte pacto con la burocracia sindical para reforzar la estatización de los sindicatos y ahogar todo crecimiento de las fuerzas combativas. El nacionalismo burgués tiene como norma constitutiva la estatización de las organizaciones obreras. A tal punto es así que el nacionalismo se vale de los choques parciales con el gran capital internacional para reforzar la estatización de los sindicatos, reclamando a los trabajadores el apoyo incondicional a su política.

El kirchnerismo fue, antes que nada, una respuesta improvisada frente a la crisis. No reúne las condiciones siquiera para la elaboración

de un “relato”, cuya admisión supone una concesión indebida. Es que el kirchnerismo debutó planteando la formación de dos bloques políticos en el país, uno de centroizquierda y otro de centroderecha, reclamando para sí la pertenencia al primero. Luego dejó de lado ese planteo para formar la “concertación plural” con un ala de la UCR, por la que cedió la vicepresidencia a Julio Cobos. Cuando el choque con el capital agrario en 2008 dinamitó esa alianza, el kirchnerismo volvió al Partido Justicialista y Néstor Kirchner asumió la presidencia del partido. Del PJ, sin embargo, Cristina Kirchner pasó a Unidos y Organizados, cuya base fundamental es La Cámpora y los movimientos sociales cooptados.

Mediante el camporismo, el kirchnerismo pretendió renovar el interés de las masas por el peronismo y bloquear el ascenso de la izquierda. Como analogía histórica remonta a los ’70, cuando Perón impulsó el desarrollo de la Juventud Peronista y de Montoneros para bloquear el ascenso revolucionario abierto por el Cordobazo. Pero si ese intento fracasó y llevó finalmente al golpe militar del 24 de marzo de 1976, el actual nunca tuvo condiciones de éxito. Los últimos cuarenta años agudizaron la descomposición del peronismo, que parió de sus entrañas la Triple A, la colaboración con la dictadura y el menemismo privatizador de los ’90. El propio kirchnerismo ha gobernado apoyándose en el viejo aparato justicialista, que sigue dominando las gobernaciones y las intendencias del conurbano bonaerense. Los Scioli, los Insfrán, los Curto y los Ishii han sido la base real sobre la que reposó el camporismo. El fracaso de esta tentativa estaba cantado de antemano.

La descomposición del kirchnerismo se revela en que ha sido incapaz de armar una sucesión política. Todos los candidatos que tienen alguna posibilidad, dentro del elenco oficial, no forman parte del riñon kirchnerista. Esto vale para Scioli, pero también para Randazzo, Domínguez, Urtubey y compañía. En estas condiciones, el kirchnerismo se debate entre apoyar a un candidato que represente la vuelta a un gobierno pejotista o ir con una lista propia de tipo testimonial. El sector de los trabajadores que tiene tendencia a seguir al nacionalismo burgués se queda sin representación política.

En condiciones aún más precarias que en el pasado, el gobierno vuelve a intentar bloquear el ascenso de la izquierda. El planteo de “patria o buitres” no es otra cosa que un chantaje a los trabajadores para que depongan sus propias reivindicaciones en favor de un falso frente nacional contra los buitres. El sentido de la campaña se

revela con los ataques de los máximos funcionarios del gobierno a la izquierda y, en particular, al Partido Obrero. Cuando el jefe de Gabinete, Jorge Capitanich, dice que el PJ es el “verdadero partido obrero”, deja en claro lo que está en juego en la presente situación histórica de Argentina: la superación del peronismo por la izquierda revolucionaria. Es la preocupación que muestran las palabras de Cristina Kirchner, cuando afirma que “a mi izquierda está la pared”.

### **La burocracia sindical**

El agotamiento histórico del peronismo tiene su principal expresión en la aguda descomposición de la burocracia sindical. Esta, en el pasado, se valía del prestigio del peronismo para disimular la usurpación que ejercía de las organizaciones obreras en su propio beneficio. Ahora, en cambio, al no contar con ese recurso político queda expuesto que su dominio de los sindicatos se basa en el respaldo que le dan las patronales, el gobierno y las patotas con las que atacan a las fuerzas combativas y clasistas. La burocracia sindical es una casta completamente conciente de que sus intereses chocan con la masa obrera. El carácter crecientemente empresarial que ha ido asumiendo refuerza la falta de democracia en las organizaciones obreras y las patotas contra la oposición.

El crecimiento de una nueva generación de activistas en las fábricas, quienes luchan por expulsar a la burocracia sindical, va de la mano del crecimiento de la influencia política del Frente de Izquierda. No se puede pasar por alto un dato históricamente relevante: en las últimas elecciones, los candidatos del Frente de Izquierda superaron ampliamente a los que postuló la burocracia sindical, sean estos Piumato, Venegas o Plaini. Esto significa que los trabajadores les han dado la espalda a sus propios dirigentes sindicales y, en grado creciente, han brindado el apoyo a un frente de grupos trotskistas como el Frente de Izquierda. Es imposible no reconocer en este hecho político una manifestación de la transición política en curso.

La influencia creciente de la izquierda cambia las coordenadas de la acción en los sindicatos. Ya no se trata del trabajo artesanal sindical seguido por muchos grupos de izquierda, que consideraban a la cuestión política como un monopolio del peronismo. Ahora, los activistas que enfrentan a la burocracia cuentan con un respaldo político de orden general, e incluso con un sector de los trabajadores de base que ya ha votado por la izquierda en las elecciones. Quien reconoce este

cambio histórico es la propia burocracia sindical, que pasó de afirmar que los “sindicatos son de Perón” a reclamar que la “izquierda no haga política en los sindicatos”. La conclusión que surge de esta constatación es que debemos valernos del impulso del Frente de Izquierda para desarrollar una alternativa política que postule la expulsión de la burocracia sindical, la independencia del Estado de las organizaciones obreras y su recuperación para que actúen sobre la base de los principios de la lucha de clases.

### **El “progresismo” y la izquierda democratizante**

Otro dato relevante de la situación política es el hundimiento del llamado “progresismo”. Si en el pasado éste había postulado la necesidad de construir una tercera fuerza independiente del bipartidismo peronista-radical, ahora, en cambio, ha sido subsumido entre las variantes patronales tradicionales. Toda un ala del “progresismo” -como el ibarrismo en la Ciudad de Buenos Aires- hace las veces de cuarto violín del kircherismo, mientras tanto Pino Solanas y Proyecto Sur se han integrado a un armado político defensor de los monopolios petroleros y mineros. El sabbatellismo ha sido el instrumento para la cooptación del Partido Comunista al gobierno. La bandera de la democratización de los medios, sin embargo, concluyó en un fracaso rotundo y en el encubrimiento de un gobierno representante de los monopolios telefónicos y de los grupos capitalistas amigos que subsisten gracias a la millonaria pauta oficial.

La izquierda democratizante ha sido furgón de cola de las variantes del “progresismo”. La vieja Izquierda Unida, por ejemplo, se ha escindido entre los que respaldan al gobierno, como el PC, o quienes se movilizaron con el capital agrario y fueron detrás de Pino Solanas, como el MST. Esta evolución de la izquierda democratizante permite una mirada retrospectiva sobre las divisiones de la izquierda de los últimos veinte años. Su rechazo a concretar una alianza con el Partido Obrero tenía motivaciones estratégicas de fondo. Esta evolución fue anticipada por nuestro partido luego de que fracasara el Seminario de la Izquierda en el año 2006. En esa oportunidad, señalamos que el rechazo de la izquierda a plantear el gobierno de los trabajadores y su independencia política la candidateaba a sumarse a alguna variante de cooptación del régimen.

La izquierda democratizante se mueve al compás de los grandes bloques capitalistas. Una parte de ella está a la espera de una división del Unen, como resultado de que una parte de sus partidos se alíe con

Macri, replantea las posibilidades de un frente de centroizquierda con Pino Solanas y aun con Binner. Ya en el pasado, el MST y el PCR votaron por Binner en Santa Fe y, en el caso del primero, por Juez en Córdoba, que llevaba como candidato a un alto gerente de Fiat. El kirchnerismo residual que conforma Patria Grande (Marea Popular y una parte de la Corriente Darío Santillán) también oscila por estas variantes. Están tan dispuestos a sumarse a un desprendimiento del oficialismo, como el Movimiento Evita, o a un frente centroizquierdista con De Gennaro y Lozano. Su objetivo de fondo es reaccionario: bloquear el ascenso del Frente de Izquierda.

### **Por un Congreso de la izquierda y el movimiento obrero**

Todos los elementos de la situación política empujan en la dirección de reforzar la perspectiva abierta por el Frente de Izquierda: la bancarrota económica, la disolución del kirchnerismo, el agotamiento del peronismo como movimiento histórico, el desprestigio de la burocracia sindical y la debacle del progresismo y la izquierda democratizante. En este cuadro político, un recambio de gobierno -sea mediante elecciones anticipadas o no- será un episodio hacia una profundización de una crisis general. La explosividad en la situación social y el alcance de la bancarrota económica serán una hipoteca inmensa para el próximo gobierno.

Los 1.300.000 votos obtenidos por el Frente de Izquierda en 2013, el triunfo del Partido Obrero en la capital de Salta, el 25% en Caleta Olivia, también del PO, o el 15% del Frente en Mendoza (para citar sólo algunos ejemplos) no son sólo un fenómeno electoral, sino la expresión de que una parte del proletariado argentino ha dejado de seguir al nacionalismo burgués y tiende a fusionarse con la izquierda. Se ha llegado a este resultado luego de una batalla política de principios contra el nacionalismo, pero también gracias a una delimitación sistemática de la izquierda democratizante. A la izquierda del kirchnerismo no “hay una pared”, como dice Cristina Kirchner, sino un bloque político que se desarrolla en la lucha en los sindicatos, los centros de estudiantes y todos los movimientos populares, así como también -crecientemente- en el plano electoral.

El desafío para la izquierda es desarrollar de manera sistemática esta tendencia, que ella misma construyó mediante la lucha política, para ser la expresión conciente de la lucha internacional de la clase obrera y los trabajadores. Para ello, todo el esfuerzo debe concentrarse en convertir a la clase obrera en protagonista política. Esta tarea estratégica

requiere rechazar toda pretensión de limitar la acción al sindicalismo despolitizado, que desconoce el valor de la agitación y la propaganda política en la creación de una conciencia de clase, y mucho más cuando este sindicalismo es la excusa para traficar un polo político antagónico al Frente de Izquierda con dirigentes reciclados del centroizquierdismo. También requiere delimitarse del faccionalismo y el sectarismo, que tienen en común el poner por delante los intereses de un grupo, por sobre los intereses generales de la clase obrera, creando reyertas en vez de debates de principios.

Nuestra propuesta de convocar a un Congreso del movimiento obrero y la izquierda atiende a una situación histórica concreta. Parte de reconocer que se ha ampliado en forma considerable el campo de acción de la izquierda, tanto en el movimiento obrero como en el conjunto del pueblo. La delimitación que debemos desenvolver requiere presentar un amplio programa de reivindicaciones populares, que concentre las necesidades mayoritarias de la población, en oposición a los partidos políticos de la clase capitalista. La emergencia de luchas, que con toda seguridad se intensificarán, debe ser preparada con una campaña política por el reparto de las horas de trabajo, la prohibición de los despidos y suspensiones, la anulación del impuesto al salario, la reactualización salarial mensual según el índice de inflación, un plan de obras públicas para combatir la desocupación, el repudio a la deuda externa, la nacionalización de la banca, el comercio exterior y los recursos naturales fundamentales.

La convocatoria al Congreso del movimiento obrero la izquierda se la dirigimos a las organizaciones de izquierda, integren o no el Frente de Izquierda, al movimiento obrero combativo, al movimiento estudiantil y a todo el movimiento popular bajo las banderas del gobierno de los trabajadores y la independencia política de los trabajadores. Mediante asambleas, la deliberación colectiva y las resoluciones de acción vamos capacitando a la izquierda y a los trabajadores para ser una alternativa de poder ante el retroceso del nacionalismo burgués y del conjunto de los partidos patronales.



# “Evaluación educativa” y descomposición capitalista

Marcelo Ramal\*

*El siguiente texto parte de nuestra intervención en el debate sobre el proyecto del Instituto de Evaluación de la Calidad y Equidad Educativa en la Ciudad de Buenos Aires. El debate se realizó el martes 12 de agosto en la Comisión de Educación de la Legislatura porteña, con la presencia de diputados de todos los bloques y más de un centenar de docentes.*

Señores diputados:

Queriendo ironizar sobre mi previsible oposición a este proyecto, un diputado me acaba de preguntar si, además de oponerme a su articulado, también iba a votar “contra sus fundamentos”. Sin querer, dio en el clavo: se trata exactamente de eso. Nuestra oposición es de principios, es sistemática y responde a una visión antagónica de la educación y de la sociedad en la que ella se inserta.

El instituto de evaluación docente y de la “calidad educativa” que nos propone el macrismo no tiene nada de novedoso. La llamada “de-

\*Marcelo Ramal es dirigente del Partido Obrero, legislador de la Ciudad de Buenos Aires por el Partido Obrero en el Frente de Izquierda y profesor en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad de Quilmes.

recha moderna”, al decir de algunos<sup>1</sup>, nos está ofreciendo un plato recalentado. Por un lado, la “evaluación” responde por entero a las reformas educativas que los organismos internacionales del capital financiero vienen impulsando desde hace décadas. Por el otro, el gobierno de la Ciudad tampoco innova en relación con la política nacional. En defensa de su proyecto, los diputados del PRO han invocado a la Ley Nacional de Educación, y en esto hay que darles la razón. La “evaluación educativa” está presente en esa ley y en las prácticas del Ministerio de Educación nacional, que se somete desde hace años a las llamadas pruebas Pisa, a cargo de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). La tendencia presente en este proyecto es parte de toda la política educativa nacional. Por eso, no sorprende que los opositores -el kirchnerismo y Unen- busquen fórmulas para “consensuar” el proyecto oficialista.

### **Evaluadores y evaluados**

El Instituto de Evaluación será un organismo autárquico, que admitirá en su financiación a fondos privados. La escuela pública, por lo tanto, será ‘estudiada’ por el capital privado. Ahora bien, ¿qué es lo que estará sometido a evaluación? En una educación golpeada por el derrumbe de los edificios escolares o el permanente deterioro de los salarios docentes, el Estado, sin embargo, se autoexime de presentar un balance sobre su gestión educativa. En cambio, coloca en el banquillo al docente. En enero de este año, en ocasión de la crisis de las inscripciones online, el Ministerio de Educación de la Ciudad comprometió su presencia en esta Legislatura para ‘cuando terminen las inscripciones’, y presentar un balance de ese proceso. Han pasado ocho meses. ¡Todavía lo estamos esperando! El mismo Estado y gobierno que propugnan esta evaluación han esquivado de todos los modos posibles el examen de su propia política, aún después de haber dejado a más de 10.000 chicos sin vacantes.

### **“Calidad educativa”**

Se ha hablado mucho aquí de “calidad educativa”. Ustedes (los diputados) han polemizado respecto de los atributos que serían necesarios para lo que llaman “una enseñanza de calidad”. Nosotros, sencillamente, impugnamos el concepto mismo de “calidad educativa”, y convoco a los docentes y compañeros presentes a que no compremos,

1. Horas antes, “Pino” Solanas se había referido al macrismo como la “derecha moderna”.

bajo ningún punto de vista, el léxico de los enemigos de la educación. La categoría de "calidad educativa" pretende aislar y sustraer a la educación de las relaciones sociales que la circundan. Pero esas relaciones sociales ¡están signadas por la descomposición y por la catástrofe social, por el derrumbe de la familia, por la liquidación del derecho al trabajo!

¿"Calidad educativa"? Señores diputados: en escuelas que he visitado de esta ciudad, hay alumnos que relatan a sus profesores los robos que cometen durante el día. Los profesores sólo atinan a pedirles que no roben con armas, para evitar consecuencias mayores. La pretensión de apartar a la educación de las condiciones sociales imperantes y someterla a una "evaluación" aislada tiene, naturalmente, otra implicancia: juzgan su 'calidad' como se haría con cualquier otro producto. Es el primer paso, claro está, para asignarle luego un valor de cambio y asumirla como una mercancía más. También tenemos sistemas de "calidad" en la industria autopartista y muchas otras. Pero tengámoslo claro: tanto en la educación como en la industria, la calidad es antagónica con el capitalismo, cuyo propósito no es perfeccionar los productos del trabajo humano en aras del progreso colectivo, sino la búsqueda de un beneficio privado. El "control de calidad", sea educativo o industrial, es sólo un método sistemático de reproducción del proceso de trabajo, en aras de tales beneficios. En el caso de la educación, los "controles de calidad" sólo refuerzan la unilateralización del conocimiento a expensas de los propios alumnos. Es conocido, por ejemplo, lo que ocurre con las pruebas Pisa, donde los docentes, para aprobar las evaluaciones, 'especializan' a los alumnos en torno de los tópicos que son objeto de examen. Pero a expensas, claro está, de un proceso de aprendizaje integral.

La "evaluación de la educación", por lo tanto, es otro paso de su degradación y empobrecimiento. Para sacar a la educación del pantano, señores diputados, es necesario revolucionar las relaciones sociales vigentes. La reconstrucción del conocimiento como proceso integral exige volver a reunir al hombre con el producto de su trabajo, a partir de una regulación conciente del proceso de producción social.

### **Educación continua**

De todos modos, y por si quedara alguna duda, el proyecto oficial nos dice claramente qué es lo que entiende por "calidad educativa": en su articulado, el conocimiento aparece bajo la forma de "habilidades y saberes", por supuesto "acordes a las nuevas exigencias científicas

y tecnológicas”. En forma repetida, el proyecto caracteriza a la educación como “proceso continuo”. Es la concepción de la educación “continua o permanente”, que las reformas del Banco Mundial vienen propugnando desde los años ‘70. En esta visión, la formación científica y universal es reemplazada por las “habilidades y saberes” (sic); esto es, por el dictado de contenidos empíricos y de vigencia momentánea que subordinen la educación a las necesidades cambiantes del mercado capitalista. Por esta vía, las carreras de grado son reemplazadas por módicas ‘tecnicaturas’ y ‘licenciaturas’, cuya actualización abre paso a otro filón, el de los cursos especiales o posgrados de carácter pago. ¿“Derecha moderna”? ¡Por favor! Permítanme recordar, señores diputados, al gobernante riojano que hace un cuarto de siglo pregona las ventajas de “estudiar computación en vez de saber filosofía o historia” y, con esta visión, se abocó a la destrucción rigurosa de la enseñanza pública. Así entiende a la ‘calidad educativa’ este proyecto que, como ya dijimos, no difiere en su sustancia de las políticas nacionales en la materia.

### **Desarticulación, privatización, precarización laboral**

Según el proyecto que tenemos en nuestras manos, la política educativa será diseñada a partir de las “evaluaciones, indicadores y estudios” que realizará este instituto. Pero los indicios de esta política ya se encuentran en marcha: en la página web del gobierno de la Ciudad vemos la existencia de un “Boletín de Escuelas” o de un “Índice de Calidad Educativa”. Para explicar el sentido de estos indicadores, el ministro de Educación, Bullrich, le ha explicado a los medios las supuestas bondades de un régimen de ‘recompensas’ presupuestarias atado a un ‘ranking’ de escuelas. Naturalmente, es un mecanismo que ahondará todavía más la fractura del sistema educativo y condenará a aquéllas que deban lidiar con las más duras condiciones sociales. La ‘competencia entre escuelas’ y la diferenciación presupuestaria abrirá paso a los ‘aportes’ de los capitalistas privados a cada establecimiento y a la manipulación del proceso educativo en función de sus intereses específicos. El instrumento final de esta privatización de la propia escuela pública es el voucher escolar por familia, una de las herencias que ha dejado el pinochetismo en Chile, país donde los antagonismos sociales se concentran brutalmente en la educación.

El proyecto abunda en alusiones a la “evaluación de la práctica docente”, pero omite toda referencia al Estatuto del Docente, el cual, por otra parte, contempla instancias de evaluación fundadas en la au-

toevaluación y las autoridades de cada escuela, además de partir de las conquistas de la estabilidad laboral y del reconocimiento de la antigüedad. El proyecto que aquí tenemos, en cambio, apunta a instituir el salario por mérito, entendiendo por "mérito" a los resultados que surjan de los dudosos indicadores de calidad elaborados por los financieros internacionales de la privatización educativa. Volviendo por un momento a Chile, es bueno recordar que hasta la estabilidad laboral del docente se encuentra condicionada a estas evaluaciones.

Es claro que una tentativa de reconversión empresarial de la escuela pública debe necesariamente comenzar por imponer hasta las últimas consecuencias una relación rabiosamente empresarial entre el Estado y el maestro -éste es el corazón de esta 'evaluación educativa'. La escuela pública reproduce así los métodos de la 'industria de la educación' de la escuela privada.

### **Evaluación y descomposición capitalista**

Finalmente, y como socialista revolucionario, me siento obligado a señalar cuál es, a nuestro juicio, el significado de fondo de esta reforma que se quiere instituir en la Ciudad. Estamos ante otra tentativa de adaptar la educación a la declinación del orden social en el cual vivimos, a la decadencia del capitalismo. Hace ya mucho que el capitalismo agotó sus rasgos progresivos, cuando, por ejemplo, sostenía a la educación pública para formar a quienes luego debían ser explotados. En su caída, ¡el capitalismo ni siquiera puede educar a sus esclavos! Por un lado, necesita liberar al presupuesto público de los gastos educativos, para sostener, por ejemplo, a los parásitos y usureros de la deuda pública. Por el otro, exigen que la educación se transforme, ella misma, en otro filón rentable, en reemplazo de las actividades y las industrias cuyos beneficios se vienen abajo. La educación está siendo arrasada por la quiebra y el agotamiento de toda una organización social. ¡Hay que revolucionar a esa sociedad para rescatar a la educación! Insisto: es todo un régimen social el que empuja a esta nefasta evaluación, y eso se pone de manifiesto cuando vemos la identidad de propósitos entre oficialistas y opositores del sistema, más allá de los matices particulares que los separan en este debate. Alerto a todos de la posibilidad de que este proyecto, que hasta ahora es un patrimonio solitario del macrismo, termine, como suele ocurrir en esta Legislatura, en otro consenso reaccionario. Por eso, hacemos un llamado ferviente a los sindicatos docentes, a los compañeros de lucha aquí presentes, a desarrollar una intensa deliberación en las escuelas, para oponernos y preparar accio-

nes de lucha contra este “instituto” reaccionario.

Este es el punto de vista, ésta es la oposición visceral de nuestro bloque del Frente de Izquierda al proyecto que se ha puesto en debate. Muchas gracias.

# Palestina: “Limpieza étnica y genocidio”

Entrevista con Ilan Pappé\*

**E**l historiador israelí y activista de derechos humanos Ilan Pappé forma parte del grupo de académicos que se conocieron como “los nuevos historiadores” que re-estudiaron la guerra árabe-israelí de 1948 y los acontecimientos que llevaron al establecimiento del Estado de Israel. Mucho del trabajo de Pappé ha buscado reconocer y revisar este momento histórico -lo que se conoce como la catástrofe palestina o *nakbah*- y construir un relato histórico opuesto a la visión prevaleciente.

Según Pappé, la sistemática expulsión de más de 700.000 palestinos en 1948 no puede ser entendida como un acto de guerra espontáneo. Fue más bien el resultado de una estrategia premeditada que alcanza una limpieza étnica; una estrategia que, arguye Pappé, continúa

\*Ilan Pappé: Historiador israelí y activista de derechos humanos. Autor, entre otros libros, de *La limpieza étnica de Palestina* (2006), donde rastrea los comienzos de la ideología sionista a principios del siglo XX y ofrece un relato detallado de la sistemática expulsión de más de 700.000 palestinos en 1948, utilizando documentos recientemente desclasificados del Estado de Israel. Actualmente es profesor de Historia en la Universidad de Exeter y director del Centro Europeo de Estudios Palestinos.

La presente entrevista fue realizada por Rye Dag Holmboe y publicada en *The White Review* del 21 de julio de 2014.

guiando las políticas de Israel hacia los palestinos. Sus muchos libros y artículos constituyen intentos de desarrollo de este argumento desde los inicios del sionismo hasta el presente.

Los escritos de Pappé han encontrado elogios, críticas y denuncias violentas. Ha recibido amenazas de muerte, fue denunciado por la Knesset y fue forzado a abandonar su puesto en la Universidad de Haifa, Israel, en 2008.

Mientras esta entrevista tenía lugar, Israel ya había comenzado su invasión terrestre a Gaza. Las muertes de civiles se acumulaban diariamente e Israel ignoraba sistemáticamente los llamados a detener la ofensiva. El 24 de julio, el Consejo de Derechos Humanos de las Naciones Unidas votó el lanzamiento de una investigación internacional sobre posibles crímenes de guerra israelíes, con la oposición de los Estados Unidos y la abstención de diecisiete países.

Al momento de esta entrevista, Pappé estaba en Israel. La misma se desarrolló entre el 21 y el 26 de julio por correo electrónico.

***The White Review:* Usted ha argumentado que el establecimiento del Estado de Israel en 1948 formó parte de un plan de “limpieza étnica” de la población indígena de Palestina. También argumentó que este plan continúa siendo una de las políticas fundamentales de Israel en la actualidad. ¿Qué evidencia histórica lo llevó a sacar estas conclusiones?**

*Ilan Pappé:* Los archivos israelíes funcionan como los británicos. Desclasifican los documentos políticos luego de treinta años y los militares luego de cincuenta años. Estos documentos revelan muy claramente una estrategia sistemática y premeditada para la limpieza étnica de Palestina. La estrategia comenzó a tomar forma en 1947, cuando el Mandato Británico de Palestina estaba próximo a expirar y se hizo clara cuando los británicos estaban por retirarse.

Estos documentos israelíes respaldaron testimonios orales de los refugiados palestinos en todo el mundo a lo largo de los años. Los archivos de las Naciones Unidas dieron corroboración adicional. Fueron escarbados exitosamente por el historiador Michael Palumbo, quien fue el primero en advertir la evidencia suministrada por los archivos sobre el alcance de la expulsión y los métodos empleados. Los veteranos israelíes completaron el cuadro para nosotros, primero a través de obras de ficción, muy especialmente *Khirbet Khizeh* (1949), una novela del escritor y político S. Yizhar, y testimonios posteriores.

**-¿Cuál es la relación entre su trabajo y el de los Nuevos Historiadores?**

-A fines de los ochenta éramos tres historiadores: Avi Shlaim, Benny Morris y yo. Morris nos describió como una nueva escuela de historiadores a causa de nuestras interpretaciones de la guerra árabe-israelí de 1948. Teníamos muchas cosas en común, aunque no formamos una escuela. De manera conjunta e independiente desenmascaramos la mitología israelí en torno de estos acontecimientos y aceptamos los principales capítulos de la narración palestina.

**-Desde entonces, Benny Morris se ha delimitado de usted y de su trabajo en términos vehementes.**

-En realidad, no estoy interesado en las razones detrás de su ataque personal. Sólo tengo interés en debatir evidencia, análisis y conclusiones. El rechaza hacer esto y ha optado por la diatriba personal. No tengo tiempo para dedicar a sus problemas personales.

**-Sus escritos prestan estrecha atención a las voces de aquéllos a quienes la historia frecuentemente olvida: las historias de mujeres y niños, por ejemplo, o más en general las historias orales. ¿Podría hablar sobre esto en el contexto amplio de la relación entre discurso narrativo y representación histórica?**

-El sionismo nació de dos impulsos muy razonables: el deseo de impedir una catástrofe en Europa y el deseo de reinventar el judaísmo como nacionalismo. En la práctica, esto significó una búsqueda de un Estado-nación judío. Se consideraron varios lugares pero, eventualmente, se dio precedencia a Palestina, y la presión ejercida por los políticos británicos no fue la razón menor. Cuando una tierra llena de gente se señala en un momento de despertar nacional, la única manera de habitarla es mediante la ocupación y la colonización. El movimiento sionista era demasiado débil para hacerlo por sí mismo. Necesitaba del poder del imperio británico de su lado. Se consiguió cuando se firmó la Declaración Balfour en 1917. La declaración apoyaba el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío. La comunidad judía de Palestina devino una típica sociedad de pobladores colonialistas, que solamente podía sobrevivir por medio del genocidio, como en las Américas, Australia y Nueva Zelanda, o por la limpieza étnica de la población indígena, como en Sudáfrica.

**-¿Cómo justifica su uso de expresiones provocativas tales como "limpieza étnica" y "genocidio incremental" para describir las políticas israelíes entonces y ahora?**

-No veo nada provocativo en mi uso de estos términos. Es un intento por llamar al pan, pan. En primer lugar, de paso, están actualmente ampliamente aceptados. Ya no pueden ser considerados provo-

cavos. Y en los últimos diez años parece que los campos de matanza de Gaza han suministrado amplia evidencia de la validez del segundo término.

Elijo la definición más conservadora de “limpieza étnica” para probar mi hipótesis, la adoptada por el Departamento de Estado de los Estados Unidos (primero adoptada por la Asamblea General de las Naciones Unidas en París, el 9 de diciembre de 1948). Según el artículo II de la Convención sobre la Prevención y Castigo del Crimen de Genocidio, genocidio significa alguno de los siguientes actos cometidos con la intención de destruir, *en todo o en parte*, a un grupo nacional, étnico, racial o religioso:

- matar miembros del grupo;
- causar daño físico o mental serio a miembros del grupo;
- infligir deliberadamente al grupo condiciones de vida calculadas para producir su destrucción física en todo o en parte;
- imponer medidas tendientes a impedir nacimientos dentro del grupo;
- transferir por la fuerza niños del grupo a otro grupo.

(Fuente: 9 FAM 40.35 [(b)] N3.3 Intento de cometer genocidio)

Esta definición calza perfectamente con los acontecimientos que tuvieron lugar en 1948 y con los que ocurren hoy día.

Es interesante que, desde el punto de vista del Departamento de Estado de los Estados Unidos, aun si la gente huye y no son expulsados por la fuerza pero se les impide retornar a sus tierras, el poder agresor es acusado de limpieza étnica, lo cual es un crimen contra la humanidad. Actualmente, israelíes y palestinos acuerdan en el relato básico de lo sucedido en 1948. La cuestión -en palabras de historiadores como Benny Morris y Ari Shavit- es si existe o no una limpieza étnica “justificada” cuando es realizada por gente que pretende representar a las víctimas del nazismo.

En cuanto al genocidio incremental, leo y releo las convenciones internacionales contra el genocidio. Establecen claramente que la matanza masiva de gente basada en quiénes son y no en qué han hecho en tiempo de guerra, no tiene por qué tener lugar drásticamente de una vez. Puede ser parcial y ocurrir a lo largo del tiempo. Desde 2005, Israel ha encerrado a 1,8 millones de personas en Gaza. En tal realidad, cualquier acción punitiva, como la que estamos viendo hoy, sólo puede ser en el largo plazo un acto de genocidio, incluso si está

acompañada de períodos "pacíficos" durante los cuales a la gente se le niegan los requisitos más básicos para la vida humana.

**-¿Cómo responde a la crítica de que su trabajo es antisemita?**

-Soy judío, de manera que en el mejor de los casos sería un judío que se odia a sí mismo. Pero, pese a todos mis pecados, no me odio a mí mismo.

**-Volviendo a la situación actual, el gobierno israelí sostiene que el secuestro de tres adolescentes israelíes requirió y justificó el reciente bombardeo y la subsiguiente invasión de Gaza. Hasta donde yo sé, Hamas no ha reivindicado ni negado responsabilidad por los secuestros, aunque se considera responsable a esa organización política. ¿Cuál es su visión de estos hechos?**

-Hamas no ha reivindicado responsabilidad. Israel está empeñado en destruir a Hamas, especialmente luego de la posibilidad de un gobierno de unidad con Al Fatah. Estaba buscando un pretexto para abolir la influencia de Hamas en Cisjordania y para destruir su presencia en la franja de Gaza.

**-¿Entonces, en su opinión, estos hechos fueron armados de esta forma porque Israel no quiere un gobierno legítimo con el cual negociar? ¿Incluso si los Estados Unidos parecen dispuestos a comenzar un diálogo?**

-Israel ha demandado imponer unilateralmente su voluntad sobre los palestinos y hasta ahora ha tenido éxito. No está interesada en tener en cuenta el punto de vista palestino.

**-Recientemente, *Haaretz* informó que el ministro de defensa israelí, Moshe Ya'alon, propuso que la respuesta de Israel al asesinato de estos tres adolescentes incluyera "una ola de construcción de asentamientos y el establecimiento de un nuevo asentamiento en su memoria". Seguramente, no es una coincidencia que Israel presente planes para construir 1.500 asentamientos adicionales en Cisjordania, apenas una semana antes del secuestro de dichos adolescentes. ¿Podría comentar sobre estos propuestos asentamientos y sobre las políticas expansionistas de Israel?**

-No hay nada nuevo en esto. No tiene sentido pretender que la nueva ola de asentamientos es una respuesta al terror. Los planes para asentamientos, o su expansión, fueron preparados en el transcurso de un largo período de tiempo y han involucrado a varias agencias gubernamentales. Cuando el Estado está listo para expandirse, el pretexto se inventa. Pudo ser un comentario hecho por Mahmoud Abbas, una manifestación o, sin duda, un ataque a pobladores o soldados. El plan

maestro de dónde y cómo asentarse es viejo. Marca muy claramente qué partes de Cisjordania pueden dejarse para que vivan los palestinos, ya sea como guetos, si se resisten, o como reservas, si se reconcilian con su destino. Hubo dos planes israelíes para colonizar Cisjordania. El oficial fue judaizar solamente áreas que no estaban densamente pobladas por palestinos, pero el movimiento de colonos sionistas usó un mapa bíblico que incluía áreas densamente pobladas. Su colonización fue aprobada como un hecho consumado por los israelíes. El resultado fueron docenas de pequeños enclaves palestinos separados por asentamientos, campos militares y áreas sin soberanía palestina.

**-En su opinión, ¿por qué la comunidad internacional no hace más que condenar los asentamientos?**

-En el caso de Europa, se trata del capítulo todavía abierto del Holocausto. Hay una resistencia a tratar la cuestión de Israel porque significa revisar por completo el trato del problema judío europeo luego del Holocausto. Europa estuvo deseosa de que se sacrificara a los palestinos para no tener que lidiar con su pasado. Respecto del apoyo de los Estados Unidos a Israel, es una combinación del sionismo cristiano y un fuerte lobby judío y de los intereses del complejo industrial militar.

**-Es cierto que los Estados Unidos han sido el mayor sostén de Israel, suministrando miles de millones de dólares y equipo militar avanzado todos los años, aunque vale la pena notar en este contexto que la Unión Europea también ofrece amplios subsidios a Israel a través de sus programas de investigación. Sin embargo, acontecimientos recientes sugieren que Israel ya no necesita la luz verde de los Estados Unidos. Sin duda, varios israelíes de la línea dura han incluso deseado detener la ayuda estadounidense por completo. ¿Cómo evalúa esta relación y cómo ha cambiado?**

-Como dije, hay razones históricas para esto. Pero el punto es que, en tanto Israel no interfiera con las políticas norteamericanas en Medio Oriente, tendrá carta blanca para sus políticas en Palestina. La crítica del primer ministro Benjamín Netanyahu a la política del presidente Obama hacia Irán y Siria fue un quiebre de este entendimiento. Mientras el Capitolio tenga la última palabra sobre la relación con Israel, el apoyo incondicional va a continuar. Pero la sociedad está cambiando su actitud, incluyendo partes de la comunidad judía y puede eventualmente impactar sobre los políticos.

**-Sobre ese punto, ¿cómo se relaciona la actual invasión a Gaza con la situación del Medio Oriente, particularmente en Irán, país**

**al que Netanyahu ha llamado recientemente "el principal imperio terrorista de nuestro tiempo"?**

-Netanyahu fracasó, el tiempo dirá hasta cuándo, en galvanizar al mundo detrás de su paranoia manufacturada sobre Irán. Tenía la función de distraer la atención de la cuestión palestina y de los problemas sociales y económicos que enfrenta Israel. Pero ahora tiene que ocuparse de ambos. Prefiere la primera cuestión, ya que entiende la naturaleza nacionalista y racista de su propia sociedad. Es incapaz de ocuparse de la segunda cuestión, por su aproximación neoliberal a los problemas sociales y por su incapacidad para ver la conexión entre estos problemas y la naturaleza ideológica del Estado.

**-Estoy interesado en su perspectiva sobre Hamas. La victoria electoral de Hamas de 2006 fue rechazada por Israel y los Estados Unidos sobre la base de que pondría en peligro la estabilidad y el proceso de paz. La historiadora Sara Roy, sin embargo, ha argumentado que el atractivo de Hamas tiene poco que ver con una agenda de activismo islámico, sino que más bien tiene que ver con las necesidades prácticas de la vida cotidiana. En su opinión, ¿por qué Hamas continúa teniendo apoyo popular significativo?**

-Estoy de acuerdo con Sara Roy. Por ejemplo, en 1994 los israelíes decidieron acordonar parte de la Franja de Gaza. La cercaron con alambre de púas y crearon un enclave judío poblado con colonos. Ya entonces, la vida de los palestinos en una de las áreas más pobladas del planeta era insostenible. Los escasos recursos de agua fueron entonces tomados por los colonos y la vida se hizo similar a estar encerrado en una megaprisión. La Autoridad Palestina fue incapaz de cambiar esta realidad. Finalmente, fue la lucha de Hamas la que hizo que Israel retirara los colonos.

Pero, como sabemos, la alternativa fue peor: un gueto herméticamente cerrado que está permanentemente sitiado, con los alimentos supervisados y controlados, como la mayor parte de la infraestructura. No aceptar este modo de vida es perfectamente comprensible y hasta ahora solamente Hamas ha intentado luchar contra esto. Por supuesto, la mejor estrategia sigue siendo la lucha por un Israel y Palestina libres: libres del sionismo, libres del fanatismo, el colonialismo y la opresión.

**-¿Podría comentar sobre cómo se presenta a Hamas en los medios de comunicación dominantes?**

-Es un retrato unidimensional, chato. Se ha pintado a un movimiento político y social como una organización puramente terrorista,

que no es diferente de al-Qaeda o del Estado Islámico de Iraq y el Levante (Isis). Desde sus inicios, alrededor de 1920, la lucha anticolonialista palestina fue a veces liderada por grupos políticos islámicos y personalidades, como el predicador palestino Izz ad-Din al-Qassam en 1935. Sin embargo, más frecuentemente, fue dirigido por fuerzas seculares, socialistas y nacionales. En todas estas luchas, los cristianos jugaron un papel similar a los musulmanes. Esta forma de resistencia no es de naturaleza religiosa, sino política y social.

**-En su opinión, ¿qué quiere Hamas en el presente conflicto? Su brazo armado parece resuelto en su decisión de continuar lanzando cohetes sobre Israel. ¿Sugiere esto que Hamas podría querer incitar una incursión israelí limitada en Gaza en la creencia de que un conflicto continuado podría de algún modo reforzar su posición negociadora?**

-Primero y principal, Hamas quiere un fin del bloqueo. Cuando termine el bloqueo podrá atender a las condiciones sociales y económicas sobre el terreno. Está dispuesta a hacer esto dentro de un gobierno de unidad con Fatah. No creo que Hamas quisiera provocar una incursión israelí pero, por cierto, estaba preparada para una tal incursión.

Pero su estrategia futura no depende solamente de lo que Hamas quiera. Si hubiera una apertura para un fin de la opresión en Palestina, muchos dentro de Hamas querrían ser parte de la reconstrucción de una nueva Palestina, con su propio aporte particular. Lo que Hamas no quiere es rendirse y cree -certada o equivocadamente, el tiempo lo dirá- que en Gaza la mayoría de la gente todavía apoya esta posición y un número considerable de palestinos en otros lugares sienten lo mismo.

**-¿Cuál es su visión sobre la violencia como forma de resistencia? En ciertas condiciones no parece justo que el Estado deba tener el monopolio de la violencia.**

-Yo deseo que los actores estatales y no estatales encuentren soluciones no violentas a los problemas. Admito que, si las acciones preventivas para limitar el comportamiento criminal de los individuos y los Estados no resultan suficientes, hay una justificación para usar la fuerza de un modo limitado y restringido. Supongo que por violencia entendemos la fuerza usada de una manera apropiada, y en esto usted tiene razón, somos muy rápidos para juzgar a aquéllos que usan la violencia contra los Estados y menos rápidos para oponernos al uso de la violencia por el Estado.

**-Usted apoya el movimiento "Boicot, Desinversión y Sanciones (BDS)", que ha sido criticado, entre otros, por Noam Chomsky y Norman Finkelstein, este último yendo tan lejos como para describirlo como un "culto". ¿Qué razones tiene para apoyarlo?**

-Me pregunto si ésta sigue siendo una cuestión luego de las actuales atrocidades israelíes en Gaza. ¿Pueden Chomsky y Finkelstein ofrecernos una estrategia alternativa aparte de repetir el gastado mantra de la solución de dos Estados? Este es el único camino dada la brutalidad israelí y el equilibrio de poder sobre el terreno.

**-¿Podría especificar sus dificultades con la solución de dos Estados?**

-Es una solución solamente para una parte de los palestinos y para una parte de Palestina. Los palestinos de Israel (uno de cada cinco ciudadanos en Israel es palestino) y los refugiados han sido dejados fuera de este arreglo, y ellos constituyen el cincuenta por ciento del pueblo palestino. El cuerpo entero está enfermo y ofrecemos tratar solamente una mano. En segundo lugar, el único Estado palestino con el que Israel está de acuerdo no tendría soberanía para los palestinos ni integridad territorial. Finalmente, los israelíes han colonizado Cisjordania en tal medida que no hay forma razonable de encontrar un lugar para tal Estado.

**-¿Sobre qué base apoya usted la solución de un Estado?**

-En primer lugar, porque es la única solución que permitirá a los refugiados palestinos de 1948 regresar, lo que para mí es una precondición para la paz. En segundo lugar, también traería el final del apartheid experimentado por los palestinos dentro de Israel. Y, finalmente, los hechos establecidos por Israel en los últimos cuarenta y cinco años son, por lejos, más importantes que los establecidos en los primeros veinte años de la ocupación. No hay lugar para un mini-Estado palestino viable y no hay razón para suponer que tal Estado terminará con el conflicto.

**-¿Apoyaría usted el derecho al retorno de todos los refugiados, que pueden ser cerca de cinco millones?**

-Sí, pienso que es una precondición para la paz. No creo que todos los cinco millones vayan a regresar, pero debería haber lugar para quien lo desee. Esto es también importante para la estabilidad de la región como un todo en este momento.

**-Para muchos, la solución de un Estado y el derecho de retorno serían el final del Estado de Israel y amenazarían a la población**

**judía, que alcanza los seis millones. ¿Piensa que Israel podría incluso aceptar esto?**

-Los blancos de Sudáfrica también rechazaban la idea de un Estado sin apartheid. Tanto los palestinos como los israelíes tendrán que decidir sobre un Estado único, democrático para todos, antes que un conflicto sin fin. Estamos hablando de un cambio de régimen, de uno racista a uno democrático, en el único futuro seguro para ambos pueblos sobre el territorio.

**-¿Hay otras formas de lucha que usted vea con potencial emancipador?**

-Sí, una rebelión popular, como la que tuvo lugar en la primer Intifada, sería efectiva, aunque esta vez la reacción israelí será muy brutal. Uno esperaría que el movimiento BDS ayudará a suavizar el golpe.

**-Un informe de las Naciones Unidas sobre la Franja de Gaza sostiene que el área “no será habitable para 2020”. En su opinión ¿cuánto puede durar la ocupación?**

-Pienso que de muchas maneras estamos al comienzo de una nueva Intifada. Si no explota ahora, explotará en pocos años. Así que la ocupación no durará para siempre. La pregunta es a qué precio, y si la comunidad internacional intervendrá para pararla.

# Oro, papel moneda y mercancía

Karl Kautsky\*

## Introducción por Daniel Gaido

El artículo de Kautsky “Gold, Papier und Ware”, de 1912, es una crítica a la teoría del dinero desarrollada por Rudolf Hilferding en su famosa obra *El capital financiero: Un estudio sobre la última fase del desarrollo capitalista* (Hilferding, 1910).

Este artículo fue recomendado por Lenin en su apunte de 1914 “Marx y el marxismo” para la enciclopedia rusa *Granat*, publicada más tarde en forma separada con el nombre “Karl Marx: un breve bosquejo biográfico con una explicación del marxismo”. Esto es lo que Lenin escribió: “para el desarrollo de cómo el punto de vista de Marx se aplica a los fenómenos recientes de la vida económica, es necesario leer la obra de Hilferding *El capital financiero* (inexactitudes notorias en la visión del autor en la teoría del valor han sido corregi-

\* Karl Kautsky (1854-1938): dirigente y teórico de la socialdemocracia alemana y fundador de la II Internacional. Se opuso a las posiciones revisionistas de Bernstein (1899) y adoptó una posición pacifista y luego social chovinista frente a la Primera Guerra Mundial (1914). Junto a Hilferding y Otto Bauer fundó luego el Partido Socialdemócrata Independiente (1917), oponiéndose abiertamente a la Revolución de Octubre y a la dictadura del proletariado. En *La Revolución Proletaria y el renegado Kausty* (1918) Lenin dio cuenta de sus posiciones contrarrevolucionarias. Volvió a unirse al Partido Socialdemócrata en 1922.

das por Kaustsky, en ‘Gold, Papier und Ware’, *Die Neue Zeit*, Vol. 30, Nº 1 (1912)” (Lenin, 1915: 89). Lenin volvió a este tema dos años después, en una breve referencia incluida en el primer capítulo de su famoso libro sobre el imperialismo, donde señaló que los dos mayores trabajos en la materia eran los trabajos de los economistas ingleses J.A. Hobson, *El imperialismo: un estudio*, y R. Hilferding, *El capital financiero*. Acerca del último dijo: “a pesar del error que el autor comete en relación a la teoría del dinero, y a pesar también de una cierta inclinación del autor a reconciliar al marxismo con el oportunismo, este trabajo ofrece un muy valioso análisis teórico de ‘la última fase del desarrollo capitalista’, como bien reza el subtítulo” (Lenin, 1916, p. 195). En sus *Notas sobre Imperialismo*, elaboró una lista de cuatro “fallas de Hilferding”, la primera, nuevamente, su “error teórico acerca del dinero” (Lenin, 1968: 202): “siguiendo a Hilferding, el dinero entra en el intercambio sin valor”, esta teoría es “incorrecta” (Lenin, 1968: 334). Lenin pronunció el mismo juicio hacia la observación de Hilferding sobre que “desde Tooke, la teoría cuantitativa (del dinero) ha sido calificada como falaz”, agregando: “Hilferding está equivocando aquí, ver *Die Neue Zeit*, 1912, 30th year, Vol. 1” (Lenin, 1968: 333). Nuevamente una referencia al presente artículo de Kautsky.

Kautsky ya había planteado dudas acerca de la teoría del dinero de Hilferding en su elogiosa crítica a *El capital financiero*, en donde sostenía que se trataba de “una continuación de *El Capital* de Marx” (Kautsky, 1911: 765. Publicamos este artículo en *En defensa del marxismo*, Nº 37, marzo 2010). Allí, remarcaba cómo Hilferding introducía en la literatura económica marxista nuevos conceptos teóricos como, por ejemplo, el beneficio de los fondos resultantes de convertir las empresas de los capitalistas individuales en sociedades anónimas (lo que explica su preocupación por cambiar el mercado de acciones) y capital financiero (capital de dinero formado a disposición de los bancos, para ser usado por los industriales y, de esta manera, ser convertido en capital industrial). Sin embargo, Kautsky agrega que “antes y ahora, Hilferding no solamente se adelanta a Marx, sino que también se desvía de él”, porque, en realidad, aquello sólo sucede en cuestiones particulares, en las cuales Hilferding también dijo mayormente “notables y verdaderas cuestiones”, con una considerable excepción:

Hay un solo punto en el cual no puedo seguir a Hilferding: en su concepción de que el dinero-mercancía (oro o plata) podría ser reemplazado por papel dinero no sólo como un medio de circulación, sino

también como medida de valor. De acuerdo con su teoría, la verdadera medida de valor no es el dinero metálico, sino el valor total de las mercancías en circulación (en una misma velocidad de circulación), que él llama “valor de circulación socialmente necesario”.

Hilferding probablemente rechaza la opinión de que el papel moneda inconvertible como tal pueda ser una medida de valor. Con justicia ridiculiza a Wilhelm Lexis, quien defiende ese punto de vista en su *Allgemeine Volkswirtschaftslehre*. Pero no mejora las cosas cuando tuerce la relación entre el dinero y las mercancías, convirtiendo la masa existente de mercancías en una medida de valor, así como también en el creador de valor en papel moneda, con el objetivo de hacer de este papel moneda, si bien provisto de un cierto valor, una medida de los valores de las mercancías. Hilferding declara: “Naturalmente, las mercancías estarán expresadas [en papel moneda inconvertible] en términos de dinero o ‘medidos’ en dinero [¡no en oro!], como eran antes [de la suspensión de la acuñación en metálico]. Y, como antes, el dinero aparece como ‘una medida de valor’. Pero la magnitud de su valor ya no está determinada por el valor de las mercancías que la constituyen, por ejemplo, por el valor del oro, la plata o el papel. En su lugar, su ‘valor’ es determinado por el valor total de las mercancías en circulación (asumiendo que la velocidad de circulación es constante). La medida real del valor no es el dinero. Por el contrario, la ‘tasa de cambio’ del dinero es determinada por lo que yo llamaría el valor de circulación socialmente necesario” (Hilferding, 1910: 47).

Esto evidentemente sólo puede significar lo siguiente: que la medida real del valor de las mercancías no es el dinero, sino por el contrario, la medida real de valor del dinero son las mercancías.

Si el valor del dinero puede ser determinado en ese caso por el “valor de circulación socialmente necesario”, eso significaría la negación de la ley del valor para la mercancía-dinero, estaría diciendo que el valor de este último no está determinado por el trabajo socialmente necesario para su propia producción. La aplicación universal de la ley del valor sería quebrada, y eso sería tanto más sorprendente en este caso, porque le sucedería precisamente a la mercancía-dinero, “la mercancía cuya forma natural es, a su vez, la forma directa de realización social del trabajo humano abstracto” (Marx, 1976, *El Capital*, Vol I: 241).

No hay ninguna necesidad para que los marxistas se suiciden. El fenómeno que apareció durante las últimas décadas después del fin de la libre acuñación de plata en diferentes países, y en el cual Hilferding basó sus ideas, puede ser adecuadamente explicado de diferentes maneras. De cualquier forma, yo me abstendré de expresarme en detalle al respecto. Requeriría un gran gasto de esfuerzo en sutilezas, que quizá serían desperdiciadas, ya que el método de explicación de Hilferding, usualmente muy claro, se vuelve oscuro en relación a este punto en particular, por lo

que no estoy seguro de haber entendido sus palabras en el sentido en el cual él las pretendía.

Pero, sobre todo, cualquier tratado largo sobre la teoría de Hilferding sobre el dinero es superfluo para el presente, porque no tiene efecto en su trabajo, ni teórica ni prácticamente. Después de abordar el problema, en las páginas 32 a 56, para construir el papel moneda puro, Hilferding inesperadamente llegó al siguiente resultado:

“Un papel moneda puro de este tipo no puede satisfacer las demandas impuestas a un medio de circulación durante un período prolongado de tiempo. Ya que su valor es determinado por el valor de las mercancías circulantes, sujetas a constantes fluctuaciones, el valor del dinero también fluctuaría constantemente. El dinero no sería una medida del valor de las mercancías, por el contrario, su propio valor sería medido por las exigencias actuales de la circulación, que sería lo mismo que decir por el valor de las mercancías, asumiendo una velocidad constante de circulación. Un papel moneda es, por lo tanto, imposible como una institución permanente, porque sometería a la circulación a constantes disturbios” (Hilferding, 1910, pp. 56-57).

Eso es lo mismo que decir, en otras palabras, que el reemplazo de la mercancía-dinero como medida de valor, por el valor de circulación socialmente necesario, no es más que un capricho académico. Y como tal, no desempeña ningún otro rol en el curso del libro. Uno puede tranquilamente rechazarlo y aun así aceptar todo lo que Hilferding construye en su análisis de las diferentes funciones del dinero como medio de circulación, medida de valor y medio de pago.

Debería entonces bastar si, para satisfacer mi conciencia, simplemente expongo mis dudas acerca de la teoría de Hilferding sobre el valor de circulación socialmente necesario como una medida del valor del dinero, sin dar más detalles sobre ella” (Kautsky, 1911: 771-772).

De esta manera, Kautsky sepultaba la cuestión. Poco tiempo después, un debate sobre la teoría del dinero estalló en *Die Neue Zeit* entre Eugen Varga, Rudolf Hilferding, Otto Bauer y Jakob van Gelderen, el cual forzó a Kautsky a exponer en forma más detallada las bases para sus divergencias teóricas con Hilferding.

Bauer y Kautsky publicaron en 1913 ensayos sobre la inflación, traducidos al francés y al inglés (Bauer, 1913; Kautsky, 1913). Para las teorías de Kautsky y Hilferding sobre el dinero, hay libros en alemán de Kyung-Mi Kim (1999), Wilfried Gottschalch (1962) y los ensayos de Cora Stephan (1974) y Alfred Braunthal (1924).

La idea básica del artículo de Kautsky es que los lingotes, particularmente los de oro, son la única forma posible de medir el valor y que una base metálica es, por lo tanto, requerida para la moneda. El

argumento debe haber sido convincente en aquel momento, cuando el patrón oro prevalecía antes de la Primera Guerra Mundial que estalló sólo dos años después de que este artículo fuera escrito. Parece mucho menos obvio hoy en día, especialmente desde el colapso de la convertibilidad dólar-oro en 1973, pero eso deberá ser determinado por expertos en la historia del sistema monetario internacional.

Por su parte, Lenin probablemente fue arrastrado a otros aspectos del análisis de Kautsky, como sus intentos de reivindicar la validez de la teoría del valor-trabajo sobre la teoría del dinero y su crítica a la visión hiperoptimista de Hilferding sobre la posibilidad de regulación de la circulación de las mercancías a través de los bancos centrales, sin abolir la anarquía de la producción de las mercancías. Si ése fuera el caso, las advertencias de Kautsky eran proféticas, ya que el abandono de Hilferding de una perspectiva revolucionaria durante la Primera Guerra Mundial coincidió con su apoyo a la posibilidad de alcanzar un “capitalismo organizado” en 1915 –una especie de escenario idílico que fue destruido por el estallido de la Gran Depresión el 29 de octubre de 1929.

---

### **1. La producción de oro y la inflación**

La inflación de precios se ha convertido en un fenómeno tan considerable y extendido en el tiempo que las investigaciones acerca de sus causas ocupan a economistas de las más diversas tendencias y escuelas. Entre otras cosas, la revolución en la forma de producción del oro ha sido mencionada como una de sus causas. Otto Bauer, en su trabajo sobre la inflación (1913), ha aceptado esta visión, y yo he hecho lo mismo, al menos de manera condicional. De cualquier forma, ni Bauer ni yo -y hasta donde tengo conocimiento, ningún otro teórico socialista- hemos considerado que la reducción en el costo de producción del oro como la única causa de la inflación, o siquiera, la razón principal. En mi artículo sobre la acción de las masas, identifiqué como causas de la suba del costo de vida:

“[...] los efectos inflacionarios de la propiedad privada de la tierra en América fueron reforzados como consecuencia del exhaustivo cultivo del suelo en Rusia y América, por el ascenso de asociaciones de productores y mercaderes, y quizá también por la revolución en la producción de oro. Los avances técnicos y el descubrimiento de nuevas minas de oro pueden haber causado que el costo de la producción de oro -y con él su valor-

haya caído más rápidamente que el valor de los bienes de consumo, porque como consecuencia de la obstrucción creada por la propiedad privada de la tierra, la preservación de las pequeñas explotaciones atrasadas técnicamente y la migración de trabajadores agrícolas, la productividad de la agricultura avanza lentamente. Si a esto le agregamos el crecimiento de aranceles proteccionistas, así como también el aumento de impuestos de los últimos años, uno llega a una descripción bastante exhaustiva de las causas del alto costo de vida. Todas ellas son de un carácter duradero. Las clases gobernantes no se rendirán voluntariamente aun frente a los aranceles agrarios y las subidas de impuestos, porque ellos son las consecuencias necesarias de la fiebre imperialista colonial y armamentística que ha tomado posesión del capitalismo” (Kautsky, 1911).

Varga, en su reciente artículo sobre la producción de oro y la inflación en *Die Neue Zeit*, discute contra la visión de que el valor del oro se ha hundido como consecuencia de la reducción en sus costos de producción (Varga, 1911). Sostiene no solamente que el valor del oro en realidad no ha caído, lo cual probablemente sea cierto, sino también que es imposible que el valor del oro pueda caer. Los cambios en las condiciones de producción del oro no podrían por lo tanto de ninguna manera causar el alto costo de vida.

Hilferding acepta estos argumentos y busca darles una base teórica más profunda en su artículo sobre oro y mercancías (Hilferding, 1912, que publicamos en esta edición de *En defensa del Marxismo*). Su teoría es audaz y aparentemente muy bien pensada, pero, a su vez, tan paradójica que requiere mayor verificación. Esta investigación debe, en primer lugar, abarcar la teoría del papel moneda que Hilferding desarrolló en su obra *El capital financiero*, la cual ahora convierte en la base de su teoría sobre el valor inmutable del oro.

Ya señalé anteriormente, en mi crítica al libro *El capital financiero* de Hilferding, que su teoría sobre el papel moneda me parecía insostenible (Kautsky, 1911). Pensé que tenía que limitarme a aquella apreciación y abstenerme de una refutación detallada, primero porque mi crítica era ya demasiado extensa, pero también porque habría tenido que entrar en los detalles de la teoría del dinero, lo cual habría llevado a la mayoría de los lectores a interpretarlo fácilmente como una discusión sin sentido. Uno no trata un tema como ése en un periódico popular sin tener una buena razón. Parecía no haber necesidad de promover un debate en ese aspecto, porque el papel moneda no juega ningún rol en el libro de Hilferding y, por lo tanto, no perjudica sus grandes méritos. Hilferding mismo la declaró como irrealizable en la

práctica. Yo, por lo tanto, me sentí con derecho a considerarlo como un mero “capricho académico”.

Sin embargo, el último artículo de Hilferding muestra que las nociones a partir de las cuales desarrolló sus ideas sobre el papel moneda pueden ser de gran importancia. Las convirtió en la base de un análisis que puede tener una importancia crucial para responder la pregunta económica más importante de nuestro tiempo —el alto costo de vida— pero que, además, si es de hecho cierto, golpea en el corazón de la teoría del valor.

Trataremos ahora de investigar si éste es el caso.

## 2. Papel moneda

Antes que nada, escuchemos al propio Hilferding, que dice en su libro *El capital financiero*:

Permítasenos primero concebir un sistema de papel moneda puro (como moneda corriente). Asumamos que, en un determinado momento, la circulación requiere de 5.000.000 de marcos para los cuales son necesarias 3.600 libras de oro. Tendríamos entonces el siguiente total de circulación: 5.000.000 de marcos en M [mercancías] - 5.000.000 de marcos en D [dinero] - 5.000.000 de marcos en M [mercancías]. Si los billetes son sustituidos por oro, su suma debería representar el valor total de las mercancías (5.000.000 de marcos en este caso) cualquiera sea su valor nominal. En otras palabras, si 5.000 billetes del mismo valor fueran impresos, cada billete valdría 1.000 marcos; si 100.000 billetes fueran impresos, cada billete valdría 50 marcos. Si la velocidad de circulación permaneciera constante y la suma de los precios fuera a duplicarse sin el correspondiente cambio en la cantidad de papel moneda, el valor del papel ascendería a 10.000.000 de marcos. Por el contrario, si la suma de los precios descendiera a la mitad, el valor del papel caería a 2.500.000 de marcos. En otras palabras, en un sistema de papel moneda de curso legal puro, dada una constante velocidad de circulación, el valor del papel moneda es determinado por el precio total de las mercancías en circulación. El valor del papel moneda en esas circunstancias es completamente independiente del valor del oro y refleja directamente el valor de las mercancías, de acuerdo con la ley según la cual su monto total representa un valor igual al de la suma de los precios de las mercancías dividido por el número de unidades monetarias de igual denominación en circulación. Es obvio que el papel moneda puede apreciarse tanto como depreciarse en relación con su valor original (Hilferding, 1910: 39).

Hilferding luego se refiere a las experiencias de diferentes países, en los cuales con el fin de la libre acuñación de plata, el valor de las monedas de plata excedía su valor en metal. Esto supuestamente corrobora su punto de vista y, finalmente, llega a la siguiente conclusión:

El dinero continúa sirviendo como una “medida de valor”. Pero la magnitud de su valor ya no es determinada por el valor de su mercancía constitutiva, oro, plata, o papel. En su lugar, su “valor” se determina realmente por el valor total de las mercancías en circulación, asumiendo que la velocidad de circulación es constante. La medida real de valor no es el dinero. Por el contrario, el “valor” del dinero es determinado por lo que yo llamaría el valor de circulación socialmente necesario. Si, además, tenemos en cuenta que el dinero es un medio de circulación, este valor de circulación socialmente necesario puede ser expresado en la siguiente fórmula:

Valor total de las mercancías  
Velocidad de circulación del dinero

Más la suma de pagos vencidos, menos los pagos que se anulan entre sí, menos finalmente el número de transacciones en las cuales la misma pieza de dinero funciona alternativamente como un medio de circulación y como un medio de pago” (Hilferding, 1910: 47-48).

Miremos más de cerca estos comentarios. La primera oración ya contiene la semilla del malentendido. Hilferding dice: “asumamos que, en un determinado tiempo, la circulación requiere de 5.000.000 de marcos para los cuales son necesarias 3.600 libras de oro” (Hilferding, 1910: 39). De acuerdo con esta idea, uno podría suponer que 5.000.000 de marcos y 3.600 libras de oro son dos cosas diferentes. El oro sería el medio para poner 5.000.000 de marcos en circulación. En realidad, 5.000.000 de marcos no son nada más que 3.600 libras de oro. La primera es idéntica a la segunda, y no podría ser de otra manera. Lo que la circulación necesitó fueron las 3.600 libras de oro. El hecho de que la gente llame 1/1.395 libras de oro a un marco, y que 3.600 libras de oro son llamadas 5.000.000 de marcos es circunstancial.

De todos modos, la afirmación de Hilferding no es del todo falsa, pero contiene la semilla para potenciales visiones erróneas. La siguiente afirmación es más significativa: “tendríamos entonces un total de circulación de: 5.000.000 de marcos en M - 5.000.000 de marcos en D - 5.000.000 de marcos en M” (Hilferding, 1910: 39). Marx utilizó

la fórmula M-D-M para significar la circulación de mercancías. El productor de mercancías llega al mercado con una mercancía M, que representa una determinada cantidad de valor.

El la vende, intercambiándola por una determinada cantidad de lingotes D, que tiene el mismo valor que la mercancía M, y compra con esa cantidad de dinero otras mercancías del mismo valor, es por eso que Marx llama a estas mercancías también mercancías M, aunque como valor de uso represente algo completamente diferente al de la primera mercancía.

Está claro que M no representa, en la fórmula de Marx, una determinada cantidad de dinero, sino de mercancías. Si hubiera querido significar a M concretamente, él hubiera escrito un determinado peso o número de mercancías, como por ejemplo 40 libras de café, dos metros de tela o media tonelada de hierro. No se le habría ocurrido a él significar 5 millones de marcos con una M. Cinco millones de marcos significan, como sabemos, sólo un determinado monto de una mercancía particular, oro, medido por su peso. No tendría sentido decir que en la circulación de mercancías, por ejemplo, 1.360 libras de oro en café son intercambiadas por 1.360 libras de oro en oro, o por 1.360 libras de oro en hierro.

Más crítico aún es lo siguiente: M-D-M es la fórmula para la circulación de determinadas mercancías. Lo que Hilferding quiere representar con esto, en cambio, no es la circulación de determinadas mercancías, sino la circulación de todo el oro y las mercancías de la sociedad. Pero ése es sólo el resultado de numerosos procesos de circulación, que son intervenidos de las más diversas formas, y que no pueden ser representados colectivamente por la fórmula M-D-M. En esa fórmula, el valor de M debe ser siempre igual a D. En contraste, el valor total del dinero en circulación casi nunca es igual al valor total de las mercancías en circulación.

Hilferding sabe muy bien todo esto tanto como yo. Algunas líneas después, menciona la fórmula de Marx para el monto de dinero en circulación. Pero cuando, a pesar de esto, emplea la fórmula (5.000.000 en) M - (5.000.000 en) D - (5.000.000 en) M, eso parece ser sólo un error, que podría haber sido pasado por alto, si no fuera la base para futuros errores. Hilferding continúa: “si los billetes son sustituidos por oro, su suma debería representar el valor total de las mercancías (5.000.000 de marcos en este caso) cualquiera sea su valor nominal” (Hilferding, 1910, p. 39).

Ese es el primer error serio resultante de su inexacta redacción.

El inusual estilo confusionista de Hilferding ya está atacando: “cualquiera sea su valor nominal”. ¿Por qué no se expresa de manera más clara? ¿Qué puede ser impreso en carteles de papel? Seguramente no citas textuales de los clásicos alemanes, como en los modernos papeles higiénicos. Una sola cosa puede ser impresa en ellos que nos importe aquí: cuánto oro representan. En cada nota siempre está impreso qué peso en oro representan. No olvidemos eso.

No menos confusa que la expresión “cualquiera sea su valor nominal” es la siguiente: “su suma debería representar el valor total de las mercancías”. ¿La suma de notas de papel? Pero ellas no pueden representar ningún valor. No es una cuestión de la suma de notas, sino de la suma de cantidades de oro que ellas representan. Hilferding está claramente intentando, a través de torpes y vagas frases, separar el papel moneda de su conexión con el oro. Luego toma de manera indiferente el paso decisivo, reivindicando con la más absoluta calma, como una cosa sobrentendida, que “su suma [de notas de papel, papel moneda] debería representar el valor total de las mercancías... cualquiera sea su valor nominal”.

“Si el oro fuera reemplazado por notas de papel”, el papel moneda serviría siempre como una representación del oro, de un cierto monto de oro, no como una representación de las mercancías. La suma del valor que el total de las notas representa debe siempre ser igual a la suma de oro que sustituye. En el ejemplo de Hilferding, la suma es reconocidamente igual a la suma de los valores de las mercancías en circulación. Aún eso no significa que la suma [de valores que el total de las notas representa] también represente la suma del valor de las mercancías, cuando el primero se desvía de la suma del valor del oro, requerida para la circulación de mercancías.

Si el oro fuera reemplazado por notas de papel, éstas significarían ciertas cantidades de oro, no de valores de mercancías. Ellas significan D, no M. Cualquiera sea la cantidad de oro que ellas puedan nominalmente representar, podría ser, de hecho, no mayor a la cantidad requerida por las necesidades de la circulación.

Hilferding puede argumentar que todo esto es pura pedantería. La cantidad de oro requerido por las necesidades de circulación de las mercancías depende de la suma de valores de las mercancías colocadas en circulación. Cuanto mayor sea esta suma, mayor será la cantidad de oro requerida. Si todas las otras variables se mantienen iguales, ambas sumas deberían mantenerse en una relación fija.

El mismo Marx dijo en *El Capital*: “en esta suposición, entonces,

la cantidad del medio de circulación es determinada por la suma de los precios que deben ser realizados” (Marx, 1976: 133). ¿No es lo que Hilferding dijo sobre la cantidad para las mismas cosas? De ninguna manera, porque Marx dijo que su proposición era cierta, pero bajo ciertas circunstancias. El propósito de la argumentación de Hilferding es precisamente remover tal premisa, que Marx formuló de la siguiente manera: “de ahora en adelante deberemos considerar que el valor del oro debe darse como es, de hecho, en cualquier momento en que estimemos el precio de la mercancía” (Marx, 1976: 133-134). En contraste, Hilferding quiere demostrar que el valor del papel moneda es independiente del valor del oro, y que el valor total que el papel moneda representa, es determinado directamente, inmediatamente, por el valor de la masa de mercancías que lo confrontan (con la misma velocidad de circulación).

De acuerdo con Marx, el valor del papel moneda está determinado por el valor de la masa de las mercancías que lo confrontan, pero este proceso está mediado por el oro, que es de hecho reemplazado corporalmente por el papel moneda, pero todavía funciona como medida de valor y, por lo tanto, como oro representado.

La oposición entre el análisis de Marx y el de Hilferding emerge claramente en esta nota al pie de *El capital financiero*:

Me parece que Marx formula la ley del papel moneda (o cualquier moneda con acuñación suspendida) más correctamente cuando dice: “billetes sin valor se convierten en billetes con valor sólo cuando representan oro en el proceso de circulación, y pueden representar sólo a la cantidad de oro que circulará como moneda, una cantidad que depende del valor del oro si el valor de cambio de las mercancías y la velocidad de su metamorfosis están dadas” (Marx, 1987: 352-353). El desvío por el cual Marx procede –primero, determinando el valor de la cantidad de monedas y, desde allí, el valor del papel moneda- parece superfluo. El carácter puramente social de esa determinación está más claramente expresado cuando el valor del papel moneda es derivado directamente del valor social de circulación. El hecho de que, históricamente, el papel moneda tenga su origen en la moneda metálica no es una razón para degradarlo en esta manera teórica. El valor del papel moneda debe ser deducible sin referencia a la moneda metálica (Hilferding, 1910: 383).

Aquí es donde la contradicción entre Marx y Hilferding se hace clara. Hilferding piensa que el valor del papel moneda debe ser derivado del valor de las mercancías, sin conexión alguna con el oro. “Debe”

es una nuez dura de romper, pero en ciencia no existe el “*sic volo, sic jubeo*” [esto deseo, esto ordeno]. Allí sólo la correlación decide. Y allí el intento de Hilferding de deshacerse del oro no es muy convincente. Quiere desconectar al oro de la determinación del valor del papel moneda y determinar a este último directamente del valor de las mercancías. Pero, sin notarlo, su intento sólo es exitoso si presupone implícitamente la medición del valor de las mercancías a través del oro —en otras palabras, igualando valor y precio. Toda su deducción está erigida en la presuposición de que una cantidad de marcos no es una determinación de precio, sino de valor. Pero Marx no puso en debate que el valor del papel moneda en circulación esté determinado por la suma de los precios de las mercancías. El camino del valor al precio es precisamente el “desvío” que Marx adoptó. Hilferding se ahorra a sí mismo ese desvío “superfluo”, al considerar precio y valor como equivalentes. Este error lo lleva a sostener que 5.000.000 de marcos y 3.600 libras de oro son cosas diferentes, y a reemplazar la fórmula M-D-M por la fórmula (5.000.000 de marcos en M) - (5.000.000 de marcos en D) - (5.000.000 de marcos en M).

Marx dijo: “bajo la presuposición de un valor dado de oro, la masa de medios de circulación está determinada por la suma de los precios de las mercancías a ser realizadas”. Hilferding, en contraste, declara que la suma de las notas de dinero “debe siempre representar la suma del valor de las mercancías y, por lo tanto, en nuestro ejemplo debe ser igual a 5.000.000 de marcos”. Esos 5.000.000 de marcos no son una suma de valores, sino de precios. El valor es determinado por el tiempo de trabajo socialmente necesario. Si el tiempo de trabajo socialmente necesario de 5.000.000 de horas de trabajo entra en la producción de una determinada cantidad de mercancías, su valor será en consecuencia alto. Si una hora de trabajo produce 1/1.395 libras de oro, y si uno llama a esa cantidad de oro un marco, uno también podría decir que la suma del valor de la masa de las mercancías asciende a 5.000.000 de marcos. Estrictamente hablando, sin embargo, ésta no es una suma de valores sino de precios, una determinada cantidad de valores expresada por una cierta cantidad de oro, por la que es intercambiada. Valor y precio no son de ninguna manera la misma cosa, aunque para simplificar problemas uno puede, a veces, igualar uno con otro. Pero uno no debe olvidar que la expresión del valor de una mercancía en dinero presupone el valor de este último, y que no tiene sentido sin esta presuposición. Siempre es más exacto llamar a esa expresión precio.

¿Por qué entonces Hilferding habla de una suma de valores y no de una suma de precios? La suma del valor de las mercancías es dada, es independiente del valor del oro. La suma de los precios, en contraste, presupone no sólo un cierto valor de las mercancías, sino también un cierto valor del oro. Igualar la suma de valores a la suma de precios le permite a Hilferding hacer el precio, así como el valor de las mercancías, independiente de la presuposición de un valor dado de dinero.

Esta ecuación de valor y precio es la base de la teoría de Hilferding:

“Si 5.000 notas iguales son impresas, cada una valdría 1.000 marcos; si 100 mil notas fueran impresas, cada una valdría 50 marcos. Si la velocidad de circulación permaneciera constante y la suma de los precios de las mercancías se duplicara sin un correspondiente cambio en la cantidad de papel moneda, el valor de las notas ascendería a 10.000.000 de marcos; por el contrario, si la suma de los precios se redujera a la mitad, el valor de las notas caería a 2.500.000 de marcos (Hilferding, 1910: 39).

Aquí, aparentemente, toda conexión entre dinero y oro ha desaparecido. Tenemos por un lado una masa de mercancías y, por el otro, una masa de notas de papel. El valor de las notas de papel depende del valor de la masa de mercancías y de la cantidad de notas de papel. El oro parece haber sido completamente eliminado. Y, sin embargo, el inoportuno metal se vuelve a meter una y otra vez también en esta agradable economía de papel.

¿Qué tenemos, según las suposiciones de Hilferding? Una masa de valores, una pila de mercancías representando quizá 5.000.000 de horas de trabajo, y una cantidad de muy bien impresas notas de papel. Las notas de papel no tienen en sí mismas valor; éstas adquieren su valor a través del monopolio que el Estado les reconoce para la circulación de las mercancías. El valor de cada nota está determinado por el valor de las mercancías que tienen que circular. Si hay sólo 5.000 notas disponibles, cada una cuenta por 1.000 horas de trabajo. Si 100.000 notas son puestas en circulación, cada una representa 50 horas de trabajo.

De esta manera, el papel moneda no sería más que una copia inferior de la utopía del “dinero-trabajo”. Sobre este, Marx dijo:

“La pregunta: ¿por qué el dinero no representa directamente el tiempo-trabajo, de manera que un trozo de papel podría representar, por ejemplo, X horas-trabajo? Es, en definitiva, la misma pregunta que: ¿por qué, dada la producción de mercancías, deben los productos tomar

la forma de mercancías? Esto es evidente, ya que tomar la forma de mercancías implica su diferenciación en mercancías y dinero. O, ¿por qué no puede el trabajo privado -trabajo a cuenta de individuos privados- ser tratado como su opuesto inmediato, el trabajo social? (Marx, 1976: 1811, nota 1).

Hilferding evita responder la desagradable pregunta presentando la suma de los valores en marcos, en lugar de en horas de trabajo. Pero él puede torcerse y retorcerse todo lo que quiera: un marco representa una cierta cantidad de oro.

Desde el momento en el que el oro es introducido, todo vuelve a tener sentido nuevamente. Hilferding asume un valor de las mercancías de 5.000.000 de marcos. Eso es una cantidad definida de oro representado; si entendemos que un marco es 1/1.395 libras de oro, significa aproximadamente 3.600 libras de oro. Asumamos ahora que, por la circulación de esa cantidad de mercancías, se requiere una cantidad igual de oro: tenemos entonces 3.600 libras de oro, pero en toda su corporeidad. Si esas 3.600 libras de oro son reemplazadas por notas que las representen, su suma total ascendería a 3.600 libras de oro, cualquiera sea su cantidad. Cada nota estaría impresa con la explicación de que es igual a una cierta cantidad de oro. Ese es el significado de la explicación de que vale 50 o 100 o 1.000 marcos. No tienen y no pueden tener ningún otro significado. Si fueran puestas en circulación más notas que las requeridas por la propia circulación, habría más representaciones de oro que la cantidad de oro que podría circular en su lugar, y valdrían por lo tanto sólo el valor en oro requerido por el proceso de circulación. Si requiere 5 millones de marcos-oro y hay una cantidad de papel moneda representando 10 millones de marcos-oro, cada nota valdrá la mitad de su valor nominal y no podrá comprar más mercancías que eso.

De otra manera es imposible entender la frase: “si 5.000 billetes del mismo valor fueran impresos, cada billete valdría 1.000 marcos; si 100.000 billetes fueran impresos, cada billete valdría 50 marcos”. ¿Qué podemos entender aquí por marcos, si no es el marco-oro? Además de los marcos de papel (o notas-marcos de 50, 100 y 1.000), sólo existen los marcos-oro o, por lo menos, marcos que representan oro. Ahora bien, un marco de papel siempre vale un marco de papel. El enunciado de que 100 marcos de papel valen 50 marcos, sólo puede significar que valen 50 marcos-oro.

Si más papel moneda que el requerido por las necesidades de la

circulación de las monedas de oro es puesto en circulación, la moneda corriente produciría una dualidad de precios: los precios en oro y los precios en papel moneda. El oro siempre permanece como la base de la medición de valor; no puede ser eliminado como una medida de valor.

Hilferding niega esto, y llega a la siguiente ley:

“En otras palabras, bajo un sistema de papel moneda corriente puro, dada una velocidad constante de circulación, el valor del papel moneda es determinado por el precio total de todas las mercancías en circulación. El valor del papel moneda en dichas circunstancias es completamente independiente del valor del oro y refleja directamente el valor de las mercancías” (Hilferding, 1910: 39).

El valor del dinero sería, en consecuencia, determinado por la suma de los precios de las mercancías. Pero, ¿cómo será determinada la suma de los precios de las mercancías? Aparentemente por medio del valor del dinero. Es imposible decir que una mercancía vale 10 marcos, antes de saber qué valor representan esos 10 marcos. De acuerdo con Hilferding, el valor del dinero en papel moneda está determinado por el valor de las mercancías comparado al valor del dinero. Cae en su agradable círculo vicioso, porque ha confundido valor con precio. Así podría parecer que las mercancías no sólo tienen un cierto valor antes de ser enfrentadas al dinero, sino también un cierto precio, es decir una cierta tasa de cambio con el dinero, cuyo valor permanece, sin embargo, completamente desconocido. Si eso fuera cierto, entonces el valor del dinero podría realmente originarse en el valor de las mercancías, y el dinero podría “reflejar directamente el valor de las mercancías”.

Pero Hilferding no responde la pregunta crucial: ¿cómo pueden las mercancías obtener un precio antes de que se determine el valor del dinero? Sin responder esto, llega a la conclusión de que, con la moneda corriente, el valor del dinero como una medida de valor no está determinado por el valor del dinero-mercancía, sino por lo que llama “valor de circulación socialmente necesario”, que es dado por la fórmula:

$$\frac{\text{Valor total de las mercancías}}{\text{Velocidad de circulación del dinero}} = \text{valor total del dinero}$$

(Independientemente de los pagos, que no queremos incluir aquí para así evitar complicaciones innecesarias)

La fórmula es construida como una imitación de la fórmula de Marx que dice lo siguiente:

“La cantidad de dinero funcionando como medio de circulación es igual a la suma de los precios de las mercancías dividido por el número de movimientos realizados por las monedas de la misma denominación” (Marx, 1976: 216).

Por fuera, ambas fórmulas parecen lo mismo, sin embargo son profundamente diferentes.

Marx comienza por la suma de los precios de las mercancías, es decir por la suma de su valor expresado en una determinada cantidad de monedas, por ejemplo marcos. Supongamos que la suma de los precios de las mercancías volcados diariamente en un mercado asciende a 5.000.000 de marcos. Ese número debe ser dividido por el número promedio de movimientos diarios de monedas de la misma denominación. Como la suma de los precios de las mercancías está asentada en marcos, aquí sólo estamos considerando marcos, porque es irrelevante cuantas monedas de un marco o de veinte marcos circulan. Si cada moneda de un marco cambia de manos cinco veces al día a través de la compra y venta, será necesario que un millón de monedas de un marco llegue a las mismas transacciones.

Pero en Marx el valor del dinero, el valor de un marco, es presupuesto como dado. Lo que cambia con la suma de los precios de las mercancías y la velocidad de circulación del dinero no es el valor de las monedas particulares, sino el número de monedas en circulación al mismo tiempo.

Todo eso es simple y claro. En contraste, en la fórmula de Hilferding tenemos, como hemos dicho antes, la suma del valor de las mercancías, que debe ser transformada en la suma de sus precios incluso antes de que el valor del dinero sea determinado. Pero, para poder determinar el valor de la suma de dinero y, con él, el valor de las monedas particulares, debemos tomar en consideración la velocidad de circulación del dinero, que es determinada por el número de compras realizadas dentro de un cierto período. Es decir que, de acuerdo con la fórmula de Hilferding, el dinero debe funcionar, primero, como una medida de valor y, luego, como un medio de circulación, antes de determinar su valor, lo cual lo convierte en una medida de valor y en un medio de circulación. Primero el vendedor determina el precio de sus mercancías, luego son vendidas contra una determinada cantidad

de dinero y sólo ahí surge, como resultado de esta transacción, cuál es el valor de una moneda particular. ¡El valor del dinero, que debe ser determinado de manera que la circulación de las mercancías (es decir, el intercambio de mercancías por dinero) pueda empezar, es convertido en el resultado de este intercambio!

Si entiendo correctamente a Hilferding -y no veo de qué manera su teoría puede ser entendida de otra manera-, entonces es bastante asombroso, pero no incomprensible. Su teoría no sale del aire, sino que representa un intento de explicar ciertos fenómenos acerca de los cuales los teóricos del dinero se han explayado por décadas. Esos fenómenos están cerca de Hilferding, porque las experiencias que las tierras de su padre tuvieron con el patrón oro jugaron un rol importante sobre ellos. Una teoría de la determinación del valor del dinero por el valor de circulación socialmente necesario, la completa independencia del valor del dinero del valor del oro, es una teoría genuinamente austríaca. Desde la década de 1870, el valor de la plata cayó rápidamente. Esto creó severos desarreglos en las monedas de todos los Estados que no habían adoptado la moneda de oro. Entre esos países, en los que prevalecía la moneda de plata, estaban Austria e India. Ambos países buscaron socorro en la discontinuación de la libre acuñación en plata. Redujeron el número de monedas de plata en circulación a un monto determinado. El resultado en ambos casos fue que el precio de las monedas de plata se desprendió del valor del metálico y ascendió por encima de este. Hilferding explica esto, argumentando que el monto de dinero de plata disponible al valor dado del metal no fue suficiente para las necesidades de la circulación de mercancías.

Sostiene que, cuando la suma de las mercancías requería de 700.000.000 de florines de plata, y sólo había 600 millones en circulación, un florín de plata valía  $\frac{7}{6}$  de su valor en plata.

Para Hilferding esto prueba que el valor del dinero con una moneda irredimible (inconvertible) no es determinado por el valor intrínseco del dinero, sino por el valor de circulación socialmente necesario.

El hecho al que se refiere es innegable. Abolviendo la libre acuñación de plata, fue posible subir la tasa de cambio de las monedas de plata por encima de su valor metálico.

¿Pero, bajo qué circunstancias ocurrió esto? Sucedió en un momento en el cual la adopción de la moneda de oro era inevitable. El intercambio entre los países con moneda de plata y aquellos con monedas de oro creció con el curso del desarrollo económico. Junto con la plata, el oro se hizo cada vez más importante para los primeros

países también. La situación se tornó cada vez más intolerable para ellos, ya que la tasa entre el valor del oro y el valor de la plata, que venía siendo bastante estable, fue modificada por la caída constante de esta última. Se volvió indispensable confrontar la situación y ésta es la razón por la cual la libre acuñación de la plata fue abolida.

Hilferding dice, por ejemplo, acerca de la suspensión de la libre acuñación de plata en India:

“El objetivo era subir el cambio de la rupia a 16 peniques. Bajo libre acuñación, esta tasa correspondía a un precio en plata de aproximadamente 43,03 peniques. En otras palabras, a ese precio, la plata contenida en la rupia, si se la hubiera derretido y vendido, habría tenido el exagerado precio de 16 peniques en el mercado (mundial) de Londres” (Hilferding, 1910: 39).

Cuando las casas de moneda para la acuñación privada fueron cerradas, el precio de la plata era de 38 peniques; la tasa de la rupia era de  $14\frac{7}{8}$  peniques. Luego de que la acuñación de plata fuera discontinuada en 1893, finalmente se consiguió llevar el precio de la rupia hasta los 16 peniques en 1897, mientras el valor de la plata que contenía era de solamente 8,87 peniques.

Ahora bien, los peniques son dinero inglés, dinero-oro. La tasa de cambio de la rupia india es su precio expresado en oro. Por lo tanto, uno no podría decir que el dinero-plata, tanto como el papel dinero, es “completamente independiente del valor del oro y un reflejo directo del valor de las mercancías”. Es independiente de su propio valor en metálico, pero sólo porque la plata como una medida de valor fue desplazada por otro metal precioso. Quedaba, por lo tanto, la cuestión de fijar la tasa entre el dinero-plata hindú y dinero-oro inglés, a la que buscaban llegar limitando la cantidad de dinero-plata indio en circulación. Esta medida, que no se le habría ocurrido a nadie -y ciertamente hubiera sido imposible, siendo el dinero de plata el único dinero-, se volvió posible y deseable porque el oro empujó cada vez más hacia abajo a la plata, especialmente como medida de valor, dejándola funcionando sólo como un simple medio de circulación y, básicamente, confinándola al rol de monedas simbólicas. Pero las monedas simbólicas funcionan simplemente como medios de circulación, no como una medida de valor. El valor de las monedas simbólicas de plata se mantuvo por encima de su valor en metálico, pero nadie afirmaría que, a causa de eso, el dinero puede carecer de un valor

intrínseco, y que ese valor intrínseco no determina los precios de las mercancías y, con ellos, el dinero requerido para la circulación de las mercancías. El dinero-plata no se convirtió completamente en una moneda simbólica con la discontinuación de su libre acuñación, pero esta discontinuación fue solamente el primer paso para que Austria e India se pasaran a las monedas de oro. En ambos países, el oro es la medida legal de valor.

La experiencia con la moneda de plata irredimible, por lo tanto, no prueba en absoluto que el valor del dinero como una medida de valor sea determinado por el valor socialmente necesario de circulación, antes que por su propio valor -que siendo un metal posee, como cualquier otra mercancía. Para probar aquella afirmación, experiencias como esa deberían haber durado más tiempo sin haber causado serios trastornos en la circulación en los países en donde el metal irredimible era la única medida de valor. Hasta tanto no haya un ejemplo más duradero de una moneda de oro inconvertible, no me siento compelido a revisar el análisis del oro como una medida de valor desarrollado por Marx en *El Capital*: “aunque el dinero que desarrolla las funciones de medida de valor es sólo dinero imaginario o ideal, el precio depende íntegramente de la sustancia real del dinero” (Marx, 1976: 216).

Marx se reía de los representantes de la “absurda hipótesis de que las mercancías no tienen precio y de que el dinero no tiene valor cuando entran en circulación, y que una vez en circulación una parte de la alícuota del conjunto de las mercancías es intercambiada por una parte de la alícuota de la pila de metales preciosos” (Marx, 1976: 220). Hilferding repite esta opinión, ¿pero es apropiada para su teoría acerca del valor de circulación socialmente necesario? También en su teoría el dinero entra en la circulación sin valor. Para estar seguro, Hilferding deja que las mercancías entren en circulación con un valor, pero sólo es capaz de hacer eso llamando precio a su valor.

Finalmente, el mismo Hilferding se pone incómodo acerca de su teoría y, por lo tanto, remarca:

Un papel moneda puro de este tipo no puede satisfacer las exigencias impuestas a un medio de circulación para cualquier período de tiempo prolongado. Como su valor es determinado por el valor de las mercancías en circulación constantemente sujetas a fluctuaciones, el valor del dinero fluctuará, también, constantemente. El dinero no será una medida del valor de las mercancías, por el contrario, su propio valor será medido por los requerimientos actuales de la circulación, que es lo mismo que decir por el valor de las mercancías, asumiendo una velocidad constante de

circulación. Un papel moneda puro es, por lo tanto, imposible como una institución permanente, porque sometería a la circulación a constantes trastornos (Hilferding, 1910: 57).

En otras palabras: el valor de circulación socialmente necesario, mirado de cerca, no sino un trastorno a la circulación socialmente perjudicial. Permítasenos por lo tanto continuar con el “desvío” de Marx.

### **3. El valor del oro y los bancos centrales**

En su artículo sobre el dinero y las mercancías, Hilferding aplica la ley del valor de circulación socialmente necesario, aplicado ahora a la moneda de oro, después de haberlo aplicado en *El capital financiero* sólo a monedas inconvertibles y al papel dinero. Sostiene que, bajo el patrón oro, esta ley determina el valor de la suma del dinero empleado para los propósitos de la circulación.

Según Hilferding, la suma del dinero empleado para los propósitos de la circulación es hoy en día regulada por el Banco Central, el cual absorbe todo el oro en venta. “La demanda es por lo tanto ilimitada”. Este oro desaparece en las bóvedas del Banco Central y es distribuido desde allí en la medida requerida por el cambiante valor de circulación: “supongamos que el valor de circulación crece de 1.000 a 1.500. Si no hubiera oro atesorado, la tasa de cambio de las monedas de oro tendría que cambiar. Un marco valdría ahora 1,5 marco, y viceversa”.

Pero, gracias al atesoramiento de oro [del Banco Central] siempre habrá suficiente oro disponible, como el requerido por el valor de la circulación. El Banco Central absorberá el oro superfluo, o agregará oro a la circulación si es que falta.

La secuencia real es, por lo tanto, ésta: el productor de oro recibe un kilogramo de monedas de oro por un kilogramo de oro. El oro nuevo yace en las bóvedas del Banco Central. Si las necesidades de circulación aumentan, el oro fluye de las bóvedas a la circulación. Por lo tanto, la tasa de cambio entre las monedas de oro y las mercancías, siempre se mantendrá como al principio del proceso (Hilferding, 1910).

En otras palabras, la ley del valor es abolida para el oro como dinero. Aunque esto parezca asombroso a primera vista, Hilferding no lo encuentra sorprendente.

“La ley del valor requiere libertad económica total para su funcionamiento, pero esta libertad es modificada por la tasa de cambio entre

el dinero y las mercancías a través del funcionamiento de los bancos centrales. La naturaleza específica del dinero hace difícil que veamos un ejemplo ilustrativo, pero imaginemos la siguiente situación: en una economía completamente cerrada y autárquica, el Estado introduce un monopolio de comercio de petróleo. Digamos que mantiene una reserva de 100 millones de litros. Vende el petróleo a un precio de 30 marcos cada 100 litros, y está siempre listo para recomprar el petróleo vendido a un precio de 29,5 marcos. El resultado será, naturalmente, un precio constante del petróleo de 30 marcos. Este precio decidirá qué otros campos de petrolero serán explotados, qué campos de petróleo serán puestos dar un rendimiento en rentas y cuán altas serán esas rentas. Una demanda creciente de petróleo se alcanzará con la reserva y la política del ‘banco de petróleo’ siempre será para asegurar una cantidad adecuada. Si la demanda disminuye, o la producción es especialmente abundante, las reservas también aumentan, lo cual será considerado una circunstancia especialmente favorable por los empleados del banco. La secuencia de eventos con el oro es completamente análoga, sólo que en este caso la tasa de cambio constante [entre el dinero y las mercancías] puede ser también teóricamente representada de forma más precisa.”

Los bancos centrales son hoy una suerte de monopolio del oro. Antes el oro “no tenía una demanda ilimitada”, hoy por el contrario los bancos centrales absorben todo el oro y, además, a un precio fijo: “el hecho decisivo es la fijación de las monedas como un cierto peso en oro y la absorción de todo el oro por los bancos centrales a este ‘precio en oro’ fijado.”

Una vez más, “el Banco Central está comprometido, y no podría ser de otra manera, a satisfacer inmediatamente las necesidades de circulación tan pronto como éstas suben”. De esta manera, “una regulación social” fue establecida a través de los bancos centrales, los cuales no existían mientras el oro, viniendo de minas privadas, era comprado por personas privadas, quienes también acumulaban reservas de oro. Bajo aquellas circunstancias, el valor del dinero era determinado de hecho por sus costos de producción. Hoy en día, es determinado por la tasa derivada de la cantidad de dinero en circulación y el valor de circulación socialmente necesario, y como esa tasa siempre es mantenida en el mismo nivel por el Banco Central, tenemos un valor del oro constante. Las condiciones de producción del oro pueden cambiar tanto como quieran, pero el valor del oro permanecerá siempre igual.

Hilferding llega, triunfante, a esta conclusión:

Este es, por lo tanto, el efecto de la “demanda ilimitada” de oro. Lleva

a cabo la estabilización de la tasa de cambio de las monedas de oro, y con ellas de los lingotes de oro, siempre y cuando la conversión del oro en monedas esté legalmente garantizada. Pero en ese caso también tenemos, desde la introducción generalizada del sistema del patrón oro, una medida realmente fijada de valor, que los economistas vieron por mucho tiempo, pero que aún no reconocen, porque ya la han tenido por mucho tiempo (Hilferding, 1910).

Lamento tener que estar incluso hoy día, después de esta clarificación, entre ese rango de economistas.

Primero, el ejemplo del monopolio estatal del comercio de petróleo debe ser desechado. Si un Estado intenta, de acuerdo al ejemplo de Hilferding, introducir un monopolio en el comercio de petróleo, el resultado no sería un precio constante del petróleo, sino la bancarrota del Estado, sin importar si es un Estado comercial cerrado o no. Supongamos, en analogía con el desarrollo contemporáneo de la producción de oro (la cual estamos tratando de explicar), que las condiciones de la producción de oro cambian, en parte como resultado del descubrimiento de nuevos y ricos campos, en parte a través de mejorar las tecnologías en su extracción. Una gran cantidad de petróleo se vuelve disponible, pero el consumo no cambia. El precio minorista se mantiene igual y no cambia como lo requeriría el consumo [constante]. El Estado no vende más petróleo que antes, pero está comprometido a comprar al precio viejo todo el petróleo nuevo en oferta. Hilferding piensa que esto incrementará las reservas. El también cree que los empleados del banco lo considerarán “una circunstancia especialmente favorable”, aunque él no explica por qué. Está claro que el Estado finalmente se quedará sin dinero para comprar nuevo petróleo si constantemente compra más de lo que vende. El monopolio del comercio de petróleo puede ser introducido, con precios constantes, sólo cuando el Estado mismo posea todos los campos de petróleo y la producción pueda ser mantenida siempre a un cierto nivel. Pero si el monopolio permanece como un monopolio completamente comercial, como la analogía con la producción de oro requiere, el Estado debe tener la posibilidad de reducir el precio cuando la producción -y con el ella su suministro- exceda un cierto nivel.

Hilferding dice: “las condiciones con el oro son completamente análogas, sólo que en este caso la tasa de cambio constante puede también ser teóricamente representada con mayor certeza.”

Ahora bien, con las “condiciones completamente análogas” del

monopolio de petróleo se podría demostrar con “mayor certeza” la imposibilidad de una “tasa de cambio constante” [entre el dinero y las mercancías].

Hilferding pueda quizá objetar que estas observaciones deber ser tomadas con una pizca de sal. La analogía entre el oro y el petróleo aplicaría si hubiera un suministro ilimitado de petróleo. De esta manera, su precio podría ser mantenido siempre al mismo nivel, cualesquiera sean las condiciones de producción. Pero ahora los bancos centrales han desarrollado una ilimitada demanda de oro.

¿En qué consiste esta demanda ilimitada de oro? Uno no debe entender por esto, por ejemplo, que todo el mundo necesita oro y nadie tiene el suficiente. Esa es una vieja historia, aunque se mantenga siempre como nueva. Según Hilferding, la demanda ilimitada existe desde “la creación de los bancos centrales que absorben ilimitadamente todo el oro puesto en el mercado”. ¿Cómo es que esto ocurre?: “Esto no significa otra cosa que 1 kilogramo de monedas de oro es siempre dado a cambio de 1 kilogramo de oro. Ese nuevo kilogramo al principio desaparece en las bóvedas de los bancos centrales, donde es guardado como reserva.”

Si Hilferding entregara una nota de diez marcos y recibiera a cambio una corona de oro, él no debería pensar que ha recibido “oro nuevo” que puede ser depositado como “reserva”. Su “tesoro” [Schatz utiliza tanto “reserva” como “tesoro”] permanece exactamente como antes, sólo su forma ha cambiado.

Lo mismo sucede con el Banco Central cuando este absorbe oro. Entrega 1 kilogramo de monedas de oro por 1 kilogramo de lingotes de oro, y no posee después de la transacción ni un sólo penique de oro más del que tenía antes. Puede dejar que los lingotes de oro sean acuñados de nuevo y luego cambiar una vez más las monedas por lingotes, y luego repetir este proceso indefinidamente. Pero ¿desde cuándo es eso una “demanda ilimitada de oro”? Esa “demanda” no es más que la voluntad ilimitada de los bancos centrales de cambiar todo el oro que viene a ellos contra otra forma de dinero. Nadie querría discutir que los cambistas de dinero generan una “demanda ilimitada” para el dinero que ellos cambian.

Sin embargo, no todo el oro debe ser cambiado por monedas de oro. El oro puede, en realidad, aumentar las reservas del Banco Central y desaparecerlo en sus bóvedas si no es cambiado contra monedas, pero sí contra papel moneda, por ejemplo, contra una orden de pago. En ese caso, una nueva cantidad de oro es agregada a la ya existente

[en las bóvedas del Banco Central]. A través de este proceso, todo el oro que llega al mercado puede ser absorbido. ¿Consistirá en eso quizá la demanda ilimitada de oro?

Oro nuevo ingresa en las bóvedas del Banco Central, pero no le pertenece al Banco Central: le pertenece, en realidad, a aquellos que poseen las órdenes de pago. Cuando ellos presentan las órdenes de pago, éstas deben ser salvadas. Ese oro, por lo tanto, no fue adquirido por el Banco Central: es un depósito del dueño de las órdenes de pago, de las notas del Banco Central. Aquí la “demanda ilimitada de oro” se revela a sí misma como la voluntad de los bancos centrales de guardar cada monto de oro que entra al mercado. Las reservas en oro del Banco Central no son más que la suma de las reservas de oro de los dueños del dinero del país, que fue previamente dividida en incontables cajas de efectivo y bodegas, y que es ahora centralizada. Esta centralización tiene sus ventajas, pero sólo es alcanzable cuando el Banco Central acepta toda reserva de oro que se le pide que tome.

Ese es todo el secreto de la “demanda ilimitada de oro” que los bancos centrales supuestamente generan. En esencia no cambia nada, salvo un poco, en el mecanismo de acaparamiento que ya funcionaba bajo la producción mercantil, desarrollada antes del establecimiento de esos bancos. Y lo mismo ocurre con la “regulación social de la circulación” que el Banco Central supuestamente introduce en lugar de la vieja anarquía en la circulación. Hilferding dice:

La introducción (de dinero) en la circulación no era un proceso tan mecánico como lo es ahora. El oro no tenía antes una demanda ilimitada. Debía ser intercambiado por mercancías, y así entraba directamente en circulación y ahí permanecía, siempre y cuando el acaparamiento privado no se desarrollara. Este, de todos modos, no era dependiente de la circulación de mercancías, sino de las fortunas privadas de los actores económicos individuales (Hilferding, 1910).

Por qué el oro antes debía ser cambiado por sus productores inmediatamente después de su producción, no es claramente evidente. Por otro lado, el productor de oro tiene, incluso hoy, toda la razón para cambiar su oro directamente por mercancías. Hilferding cree que los bancos centrales absorben el oro y sólo lo liberan cuando las necesidades de circulación lo requieren. Pero, como hemos visto, el oro que el Banco Central cambia por monedas no representa una nueva reserva. Y el productor de oro quiere la moneda con el objetivo de ponerla en circulación; por ejemplo, con el objetivo de comprar me-

díos de consumo personal o medios de producción. Emplea su dinero de la misma manera cuando cambia su oro contra notas bancarias u otras órdenes de pago en papel. Si es un capitalista, no dejará que su oro permanezca inactivo, sino que comprará, por ejemplo, acciones con cuyas ganancias se comprarán vías y locomotoras para los trenes chinos. En cualquier caso, buscará poner su dinero en circulación. El establecimiento del Banco Central no provoca ninguna diferencia. Tanto si el nuevo oro producido permanece en circulación, o si es temporalmente acumulado, eso no depende de la voluntad del Banco Central, sino de las necesidades y la riqueza de los dueños privados del dinero -tanto hoy como en el pasado.

Lo mismo es cierto acerca de la “regulación de la circulación” por el influjo de oro [hacia el Banco Central]. Hilferding dice:

La reserva del Banco Central sirve directamente como una reserva para la circulación, porque el banco está destinado (y no podría ser de otra manera) a satisfacer las necesidades de la circulación tan pronto como éstas aparezcan. La situación era completamente diferente cuando esa regulación no existía. Si de las necesidades de circulación resultara que el oro cambiado por mercancías crece en valor, no habrá ninguna razón para que personas privadas pusieran dinero en circulación (Hilferding, 1910).

¿Cómo puede la gente poner dinero en circulación? De ninguna otra forma que comprando mercancías (me estoy abstrayendo aquí, como en otras partes de este trabajo, de la función del dinero como un medio de pago, con el objeto de evitar complicaciones innecesarias para el análisis). La circulación es siempre circulación de mercancías, la compra y venta de mercancías.

La compra de mercancías por personas particulares depende de sus necesidades como consumidores y productores. El Banco Central no los cambia en lo más mínimo. No incrementa la cantidad de necesidades. Cierto es que la compra de mercancías no depende sólo de las necesidades, sino también de la cantidad de dinero del que disponemos -como todos dolorosamente sabemos. Si la cantidad de dinero disponible como reserva no es suficiente para la compra requerida por la casa o el negocio, en ese caso uno debe recurrir al crédito y tratar de pedir dinero prestado a otros que han acumulado reservas. La circulación es creada por esos gastos de dinero realizados por personas particulares.

¿Qué es lo que sí cambió la aparición del Banco Central? ¿Le da

dinero a la gente para que puedan comprar mercancías? Desafortunadamente, esa forma de regulación social de la circulación no existe. Son siempre las personas particulares quienes crean la circulación a través de sus compras. Ya sea con su propio dinero o con dinero prestado. El cambio consiste simplemente en el hecho de que parte de su dinero permanece como depósito en el Banco Central, que primero debe liberarlo; y aun más en el hecho de que el Banco Central se convierte en su principal proveedor de crédito. Sólo de esa manera, a través de adelantos de dinero y créditos a personas particulares físicas o jurídicas, es que el Banco Central introduce dinero en la circulación. De hecho, casi no interviene directamente en la circulación —excepto en tanto que el Banco Central compra mercancías él mismo. Son las personas privadas las que introducen en la circulación el dinero prestado de él de acuerdo a sus necesidades y sus medios.

El método moderno de introducir dinero en la circulación difiere sólo en su forma del método usado antes del advenimiento de los bancos centrales, pero no en su esencia. Al igual que antes, no tenemos regulación social de la circulación de las mercancías y, por lo tanto, tampoco regulación de la circulación del dinero, la cual es determinada por la circulación de las mercancías. Como antes, la circulación de las mercancías es efectuada por las necesidades y los medios de las personas privadas. El Banco Central puede, gracias a su enorme maquinaria y a su mayor penetración en las circunstancias de las personas privadas, superar más fácilmente muchos paros en la circulación y conceder el crédito más apropiado y más rápido de lo que cualquier capitalista aislado podría hacerlo. Pero el proceso de circulación de mercancías es sólo una parte de todo el proceso de producción; es, por lo tanto, determinado por las necesidades y resultados del proceso de producción y, hasta tanto la propiedad privada de los medios de producción sea válida para el proceso como un todo, una regulación social de una parte del mismo está fuera de discusión, incluso en un sentido metafórico. Por supuesto que Hilferding no quiso usar su proposición acerca de la regulación social en un sentido literal.

Pero no importa lo que se entienda por regulación social, el establecimiento de los bancos centrales de ninguna manera cambió la esencia de la circulación de las mercancías y el dinero, como cree Hilferding.

La capacidad ilimitada de la sociedad de absorber oro —y, por lo tanto, la demanda ilimitada de este último— no es un descubrimiento de los bancos centrales. Ha existido desde que existe la producción de

mercancías, porque el oro se convirtió en la mercancía considerada como la expresión social de la riqueza y adquirió la forma de convertibilidad general directa. Esa es la razón de que se haya convertido en dinero. Una mercancía que la gente no recibiera con alegría en cualquier momento y en cualquier cantidad no podía convertirse en dinero. Y la acumulación de oro tampoco es un descubrimiento de los bancos centrales. Leyendo los cometarios de Hilferding, uno podría tener la impresión de que las reservas de dinero fueron primero acumuladas regularmente en los bancos centrales y que antes de ellos la acumulación era una cuestión de suerte, dejada a la voluntad arbitraria de personas particulares, que bien podría no haber sucedido. Una ininterrumpida producción regular de mercancías es casi imposible sin la acumulación de sumas de dinero en diferentes momentos y lugares, en los cuales los dueños nuevamente introducen dinero en la circulación de acuerdo con sus necesidades. La falta de dichos fondos de dinero no habría, como sostiene Hilferding, “cambiado la tasa de cambio de las monedas de oro” debido a la ley del valor de la circulación; sino más bien habría imposibilitado la continuación de la circulación y producción de mercancías.

Hilferding escribe: “el Banco Central absorbe toda pieza de oro superflua en circulación y la agrega a sus reservas; un cambio en la tasa de valor [entre el dinero y las mercancías] no puede por lo tanto suceder en absoluto.”

La situación es diferente cuando no existen reservas de oro [en el Banco Central]: “supongamos que el valor de la circulación aumenta de 1.000 a 1.500. Si no hubiera reservas de dinero disponible, la tasa de cambio de monedas de oro cambiaría. Un marco valdría ahora 1,5, y viceversa.”

En otras palabras: si el valor de la circulación cae de 1.000 a 1.500, cada marco valdrá 50 pfenings, si no hay un Banco Central que absorba las monedas de oro sobrantes. Ese es el valor real de “viceversa”.

Una situación así es, naturalmente, completamente inimaginable, porque si monedas de veinte marcos conteniendo 20/1.395 libras de oro valieran sólo 10/1.395 libras de oro, todo el mundo las transformaría en valor oro completo derritiendo las monedas subvaloradas. Pero, ¿alguna vez se planteó una situación en la cual hubiera más dinero-oro en circulación que el requerido por las necesidades de circulación? ¿Fue en aquel momento alguien forzado, por la falta de un Banco Central, a entregar su dinero? Lo que no se necesita para la compra de mercancías y, por lo tanto, para la circulación de mercan-

cías, se lo mantiene en el bolsillo ante la falta de un Banco Central en cuyas bóvedas podría depositarlo.

La fórmula de Hilferding para el valor de circulación -como ya hemos visto- fue construida sobre el modelo de la ley que Marx formuló para determinar la cantidad de dinero en circulación, que dice:

La cantidad de dinero funcionando como medio de circulación es igual a la suma de los precios de las mercancías, dividido por el número de movimientos realizados por monedas de la misma denominación (Marx, 1976: 216).

“Esta ley ejerce en general” dice Marx. No es una suerte de ideal del que se dieron cuenta primero los bancos centrales. Para Hilferding, sin embargo, la ley sólo se aplica desde el establecimiento de los bancos centrales, y bajo esas condiciones no puede haber cambios en el valor del oro:

Porque, para que los cambios en el valor del oro se produzcan, *el oro tendría que permanecer en circulación*. Sólo cuando las mercancías y los medios de circulación se enfrenten los unos a los otros directamente, podrán *determinar mutuamente su valor* (Hilferding, 1910).

¿Qué es esto si no “la absurda hipótesis de que las mercancías no tienen precio y el dinero no tiene valor apenas entran en circulación y que, una vez en circulación, una parte de la alícuota del conjunto de las mercancías es intercambiada por una parte de la alícuota de la pila de metales preciosos”? (Marx, 1976: 220). La única diferencia entre la teoría cuantitativa vulgar [del dinero] y la teoría de Hilferding del valor de circulación es que la primera incluye en la pila de metales preciosos todo el oro extraído -en consecuencia también la plata-, mientras que Hilferding entiende por la pila de metales preciosos sólo la parte del oro en circulación, la que en su visión siempre puede ser mantenida por los bancos centrales en una cierta tasa con relación al conjunto de las mercancías. Con tal de que la pila de metales preciosos siempre mantenga la misma tasa *vis-á-vis* con el conjunto de las mercancías, creciendo y decreciendo de la misma forma, entonces la misma parte de la alícuota del conjunto de las mercancías siempre será cambiada por la misma parte de la alícuota de la pila de los metales preciosos. Esa línea de pensamientos yace en la base de la enunciación de Hilferding:

“Si la circulación necesita aumentar, el oro fluye desde las bóvedas

[del Banco Central] hacia la circulación. De esta manera, la tasa de cambio entre las monedas de oro y las mercancías siempre se mantiene como al principio del proceso.”

Sin embargo, Hilferding, demuestra aquí más de lo que él mismo quiere demostrar. Quiere mostrar que, bajo esas circunstancias, el valor del oro se mantenía igual, pero la tasa de cambio entre las monedas de oro y las mercancías no es el valor del oro, sino el precio de las mercancías. Si Hilferding tuviera razón, entonces los precios de las mercancías se mantendrían inmutables.

Aquí es donde el error básico de toda su teoría del valor de circulación se vuelve evidente. Deja de lado por completo el hecho de que las mercancías vienen provistas de precios y que ellas, por lo tanto, han medido su valor en oro antes de entrar en circulación. Para que el oro pueda cumplir esa función como una medida de valor, sólo tiene que ser imaginada [visualizada], pero debe antes tener un cierto valor. Si el oro real circula, o se mantiene en las bóvedas del Banco Central o en el calzetín de la esposa de un campesino, no concierne en lo más mínimo su función como medida de valor. Las mercancías llegan al mercado provistas de un precio y, por lo tanto, como representantes de una cierta cantidad de oro. Cuánto oro es requerido para comprar todas las mercancías depende de la suma de sus precios, tanto como de la velocidad con la que las diferentes compras y ventas se sucedan unas a otras y el dinero cambie de manos. No es la cantidad de dinero en circulación lo que determina la “tasa de intercambio entre las monedas de oro y las mercancías” -es decir la suma del precio de las mercancías-, por el contrario: es la suma del precio de las mercancías lo que determina la cantidad de dinero en circulación -una suma de precios, que presupone los valores de las mercancías tanto como el valor del oro.

Hilferding cree que, si siempre está en circulación el oro requerido por las necesidades de la circulación, la tasa de cambio entre las monedas de oro y las mercancías permanece inmutable. Pero uno de los factores que determina las necesidades de circulación es, precisamente, la tasa de cambio entre el oro y las mercancías.

En su artículo sobre dinero y mercancías, Hilferding aporta tan poco como en sus comentarios en *El capital financiero*, para dar sustento a la revisión del planteo desarrollado por Marx en *El Capital*, según el cual el oro entra en circulación con su propio valor, que es determinado en última instancia por el tiempo de trabajo socialmente

necesario para producirlo, y las mercancías entran en circulación con ciertos precios, por lo que, de este modo, se determina la cantidad de oro requerido para llevar a cabo sus ventas. No veo la menor razón para asumir que algo cambia en esto cuando los bancos centrales concentran la función de acumulación y controlan la distribución del dinero de esas reservas acumuladas.

Los comentarios teóricos de Hilferding son erróneos, a pesar de su ingenuidad, porque en su origen valor y precio no fueron mantenidos lo suficientemente separados. Pero con deducciones lógicas puras, lo mismo que con cálculos matemáticos, un error insignificante al principio es suficiente para falsear toda la lógica o los cálculos consecuentes, y llevarlos a una creciente contradicción con los resultados correctos cuanto más se los lleve adelante; no importa cuán correctos e impecables puedan ser en sí mismos. La brillantez del pensador sólo sirve, en este caso, para hacer que el error sea más difícil de reconocer.

Finalmente, la conclusión del análisis de Hilferding -si estuviera en lo cierto- sería que el advenimiento de los bancos centrales resultó en la inmutabilidad de los precios de las mercancías. Pero, incluso si entendemos la “tasa de valor” [entre dinero y mercancías] de Hilferding o la “tasa de cambio del oro” no como precios de mercancías, sino como valor-oro, llegamos igualmente a una contradicción con los hechos. Porque, es cierto que el valor del lingote –el del oro no menos que el de plata- ha cambiado en diferentes momentos en el curso del desarrollo de la producción mercantil. No sólo sucedió una gran revolución en las condiciones de producción del mercado del dinero en el siglo XVII. Hace sólo unas décadas, una revolución similar ocurrió en la producción de plata y su consecuencia natural fue una definitiva caída en el valor de la misma, incluso en países con un patrón plata. Y ya existían, en aquel momento, bancos centrales con grandes reservas de metálico que recibían en sus bóvedas cada penique de plata retirado de circulación.

Ni la experiencia práctica ni las consideraciones teóricas nos dan el menor terreno plausible para aceptar la teoría de Hilferding acerca de la determinación del valor del dinero por el valor de circulación socialmente necesario, ni para asumir que la ley de la determinación del valor por el tiempo de trabajo socialmente necesario es abolida por la aparición de los bancos centrales, precisamente porque “la forma natural de la mercancía es también la forma social directa de realización del trabajo humano abstracto” (Marx, 1976: 241). Por

el contrario, el hecho de que incluso un pensador tan agudo, y un sólido estudioso de nuestro modo de producción, como Hilferding haya fallado tan pronto como se alejó de aquella teoría del valor es una nueva prueba de su exactitud, tanto para el oro como también para las mercancías.

### Notas del traductor

1. Se usó “paper Money” y “paper currency” como sinónimos.
2. Se usó “tokens” como “billetes”.
3. Se usó “paper notes” como “notas”, porque produce una referencia más amplia que la de “billetes”.

### Referencias bibliográficas

Bauer, Otto (1910). *Die Teuerung. Eine Einführung in die Wirtschaftspolitik der Sozialdemokratie*, Wien: Verlag der Wiener Volksbuchhandlung Ignaz Brand & Co.

Hilferding, Rudolf (1912). “Geld und Ware”, *Die Neue Zeit*, Volumen 30 N°1. Reimpreso en Cora Stephan, ed. (1982). *Zwischen den Stühlen: oder über die Unvereinbarkeit von Theorie und Praxis: Schriften Rudolf Hilferdings 1904-1940*, Berlin: J.H.W. Dietz.

Kautsky, Karl (1911). “Die Aktion der Masse”, *Die Neue Zeit*, Volumen 30 N°2 (octubre de 1911), reimpreso en Antonia Grunenberg, ed. (1970), *Die Massenstreikdebatte: Beiträge von Parvus, Rosa Luxemburg, Karl Kautsky and Anton Pannekoek*, Frankfurt: Europäische Verlagsanstalt, 1970.

(1911b) “Finanzkapital und Krisen (Rudolf Hilferding, Das Finanzkapital)”, *Die Neue Zeit*, Vol.29 No.1. Reimpreso en *En defensa del marxismo*, N° 37, marzo 2010.

Marx, Karl (1976). *Capital*, Volumen I. New York: Vintage.

(1987). *A Contribution to the Critique of Political Economy*. New York: International Publishers.

Varga, Eugen (1912). “Goldproduktion und Teuerung”, *Die Neue Zeit*, Volumen 30 N°1.



# Dinero y Mercancías

Rudolf Hilferding\*

**E**n su interesante artículo “Producción de oro e inflación”, el camarada Eugen Varga defiende la tesis de que “los cambios en la producción de oro no pueden ser la causa de la inflación” (Varga, 1911). Compartimos esa opinión, pero creemos que los argumentos de Varga, para ser concluyentes, necesitan agregados sustanciales.

Varga comienza por descartar la teoría cuantitativa, cuyo contenido fue recientemente reproducido en *Simplicissimus*, tan correcta y cómicamente como se puede ver a continuación: “la colosal producción de oro ha puesto tanto dinero en circulación que los precios crecieron de tal manera que no hay tanto dinero disponible para pagar por las mercancías”

La teoría cuantitativa es tan primitiva, simplista y equivocada

\* Rudolf Hilferding (1877-1941): dirigente y teórico socialdemócrata austríaco, se unió al Partido Socialdemócrata Independiente (1917), en oposición al bolchevismo y a la III Internacional. En 1922 regresó al Partido Socialdemócrata Alemán y, en 1923, fue ministro de Finanzas de Alemania, cargo que volvió a ocupar entre 1928 y 1929. Murió a manos de la Gestapo nazi en 1941. Su obra más famosa es *El capital financiero*, de 1910, una de las contribuciones más influyentes a la economía marxista.

Fuente: Rudolf Hilferding, “Geld und Ware”, *Die Neue Zeit*, 30.1911-1912, 1. Bd. (1912), H. 22, pp. 773-82.

como la teoría malthusiana de la población y, por lo tanto, tan duradera como ésta. Excepto que la teoría cuantitativa recibió, a través de las experiencias con dinero inconvertible, algún atisbo de justificación (del que la teoría malthusiana carece totalmente), al menos para los ojos de los observadores superficiales, quienes fallan –justamente- en ver lo esencial. Porque, precisamente, el fenómeno de las monedas inconvertibles sólo puede ser entendido si el valor de la masa de productos en circulación es objetivamente determinada, o sea que sólo puede ser entendida con la ayuda de la teoría del valor-trabajo. El precio (*geltung*), la tasa de cambio (*kurs*) del dinero inconvertible está determinado por el valor de la masa circulante de mercancías, es un reflejo del valor total de las mercancías circulantes en el mercado. Esto debe ser establecido objetivamente de manera que una variable de comparación pueda encontrarse entre la masa de mercancías en circulación -y podríamos agregar, la de bienes sólo como valores- y la unidad monetaria. La teoría cuantitativa se vuelve completamente absurda, sin embargo, con una moneda libremente convertible a oro.

La ilusión de que los precios están determinados por la cantidad de dinero circulante y que esto último depende, a su vez, de la cantidad de material monetario que hay en el país, tiene sus raíces en la absurda hipótesis adoptada por los representantes originales de esta visión de que las mercancías entran en el proceso de circulación sin un precio, el dinero entra en circulación sin un valor y que, una vez en circulación, una parte de las mercancías se cambia por una parte proporcional de la masa de metales preciosos (Marx, 1992: 220).

Pero como una argumentación teórica no es tal vez del gusto de todos, Varga tiene el mérito de haber demostrado estadísticamente, una vez más, el sinsentido de la teoría cuantitativa del dinero. Las verdaderas causas de la economía mundial que llevaron a la inflación deben buscarse del lado de las mercancías, no de la producción de oro, como ha sido sistemáticamente presentado por Otto Bauer en su folleto sobre la inflación (Bauer, 1910). No hay dudas de que las causas allí aducidas son suficientes para explicar la inflación.

Varga sigue entonces investigando la cuestión de si la caída de los costos de producción de oro se manifiesta en el precio del oro. El tema en discusión no es, por supuesto, su precio nominal. Si una libra de oro puro debe siempre, por ley, valer 1.395 marcos, o un marco es sólo otra expresión de 1/1.395 de libra de oro, esto es, antes que nada, una medida de peso, no de precio. El precio aparece cuando leemos

un catálogo y deducimos que 10 marcos de oro equivalen a x metros de tela, y gramos de sal, z pares de guantes, etc.

Entonces, lo que Varga plantea es que, cualesquiera sean los costos de producir 10 marcos de oro, éstos siempre van a ser intercambiados por x metros de tela, y gramos de sal, etc., asumiendo que las condiciones de producción de tela, sal, etc. se mantengan constantes. Esta tesis entonces parece, a primera vista, contradecir la teoría del valor-trabajo, y Jacob van Gelderen, en su artículo (Gelderen, 1912: 660-664), expresa esta preocupación. Por supuesto, dice Varga, los cambios en la producción de oro no ejercen ninguna influencia en su valor de cambio, porque el oro es uno de las mercancías en las que, para la formación del precio, es decisiva la renta de la tierra. Para esas mercancías, el precio de producción de cierta cantidad de productos, producidos en las más desfavorables condiciones, asumiendo que la demanda se mantiene estable, es determinante. Un abaratamiento en los costos de producción llevaría como mucho a un incremento de la renta de la tierra, pero no a una caída del precio [del oro]. La cuestión es justamente si tal abaratamiento ha ocurrido, de manera que las mismas cantidades demandadas se puedan producir en mejores condiciones, por ejemplo, como resultado de las mejoras tecnológicas y el descubrimiento de las minas de Sudáfrica, de manera que suceda lo mismo con el oro que lo ocurrido con el trigo, producto de las mejoras en los medios de transporte y de la competencia de América, o de la plata en la época de los descubrimientos de las minas americanas. En el último caso, como difícilmente se dude, la inflación realmente se desarrolló como consecuencia de la depreciación de la moneda.

Varga mismo insinúa la clave, pero se contiene de elaborarla, razón por la cual también Jacob van Gelderen lo ignora: la “demanda ilimitada” de oro y la particular regulación del sistema monetario por los bancos centrales (*Notenbanken*). En *El capital financiero* señalé que con papel moneda o inconvertible, el valor del dinero es determinado por el “valor social de circulación”. Es decir, la ecuación del valor en este caso es:

valor total de mercancías/ velocidad de circulación del dinero + la suma de los pagos vencidos - la de los pagos saldados - la cantidad de transacciones en la que la pieza de dinero funciona alternativamente como medio de circulación y como medio de pago (Hilferding, 1981: 47-48).

Ahora, ¿qué sucede con las monedas de patrón oro (*Goldwahrung*)? El oro tiene cierto valor intrínseco. Pero esta ecuación debe también

dar cuenta del dinero realmente utilizado para la circulación. Con el papel moneda o inconvertible, todas las notas bancarias entran en circulación, porque el papel moneda o los metales menores no son adecuados para otros propósitos -no al menos dadas ciertas circunstancias históricas. Este tipo de dinero recibe su valor de cambio (*Kurs*) a través del valor social de circulación.

La situación es diferente con la moneda de oro libre (patrón oro). Suponiendo que la sociedad dispone de un stock total de oro de 2.000 y que el valor de circulación equivale a 1.000, entonces las piezas de oro por 1.000 estarán en circulación mientras otras 1.000 estarán en reserva<sup>1</sup>. Aquí, dado que el oro tiene su propio valor, el valor de circulación determina la cantidad de piezas de oro en circulación. Con el papel moneda o inconvertible, la cantidad está dada y su valor está determinado por el valor total de las mercancías en circulación, mientras que con la moneda de oro el valor de la misma está dado y la *cantidad* es determinada por el valor de circulación.

Pero ahora un mecanismo específico fue creado por los principales bancos centrales para la entrada y salida de oro necesario o innecesario para la circulación. Los bancos centrales aceptan todo el oro que se les ofrece. La demanda es, por lo tanto, ilimitada. Pero el cambio de precio sólo tiene lugar como resultado de un cambio en la relación entre oferta y demanda. La demanda es ahora, de hecho, ilimitada. En principio esto sólo significa que por 1 kilogramo de oro siempre se dará 1 kilogramo de monedas de oro. Estos nuevos kilogramos de oro inicialmente desaparecerán en las bóvedas del Banco Central y quedarán como reservas. Supongamos entonces que el valor de circulación se incrementa de 1.000 a 1.500. Si no hubiera oro en las reservas, el tipo de cambio de las monedas de oro cambiaría: un marco valdría ahora 1,5 marcos, y viceversa. Pero el Banco Central también acepta todas las monedas de oro circulante redundantes y las agrega a las reservas; un cambio en el tipo de cambio (entre el dinero y las mercancías) no puede, por lo tanto, desarrollarse.

Para que el cambio en el precio del oro se manifieste, el oro debe permanecer en circulación. Sólo cuando las mercancías y los medios de circulación se enfrentan directamente sus valores pueden ser mutuamente determinados. El dinero fuera de circulación -como reserva

1. El oro sólo puede funcionar de reserva como encarnación y medio de acumulación de riqueza social, porque tiene un valor intrínseco, a diferencia del papel moneda.

en el Banco Central- no forma parte de la relación con la suma de las mercancías en circulación.

La secuencia de los hechos es entonces ésta. El productor de oro recibe 1 kilogramo de monedas de oro por 1 kilogramo de oro [no acuñado]. El oro nuevo queda en las bóvedas del Banco Central. Si se incrementa la demanda para la circulación, el oro fluye de las bóvedas del banco a la circulación. Por lo tanto la relación entre monedas de oro y mercancías siempre se mantiene igual, como era al principio del proceso. Los cambios en la producción de oro no tienen un efecto en el tipo de cambio mientras el mecanismo se mantenga intacto. Cambiaría inmediatamente tan pronto como este mecanismo sea abolido.

Supongamos que la producción de oro crece tanto que los bancos centrales consideran que sus reservas de oro acumuladas son más que suficientes para sus propósitos. En este caso, no aceptarían más oro a partir de cierto momento. Como seguirían regulando la circulación de la misma manera que antes, aceptando todo el oro ya acuñado en circulación y poniendo sus reservas a disposición [para dar] las monedas necesarias para la circulación, el tipo de cambio del oro acuñado respecto a las mercancías no cambiaría. Pero sería al revés con el oro como mercancía. La demanda ilimitada cesaría. El oro sería principalmente demandado para fines industriales o de lujo. La oferta sería demasiado grande para la demanda. La competencia surgiría entre los productores de oro, el precio del oro caería, las minas de oro que producen en las condiciones menos favorables dejarían de producir y la renta minera total caería brutalmente. Estos son procesos que efectivamente han tenido lugar, de forma similar, en la desmonetización de la plata.

La moneda de oro (patrón oro) se convertiría, de hecho, en moneda inconvertible; el tipo de cambio de las monedas de oro (en relación a las mercancías) sería diferente a la del oro no acuñado; el primero se mantendría igual a pesar de los cambios en el precio del oro -lo mismo que ocurrió con las monedas inconvertibles de plata.

Pero incluso si el tipo de cambio de la moneda de oro se mantiene igual, todavía otra función de las reservas de oro de los bancos centrales sería perturbada. Marx ya había señalado que las reservas de oro tienen diferentes funciones sujetas a leyes totalmente distintas. Las reservas de oro (de los bancos centrales) no son sólo una reserva para la circulación; son una garantía, incluso una garantía virtual, para la convertibilidad de las deudas pendientes (*Geldforderungen*) en oro; es también un fondo para cancelar balances internacionales y un medio de almacenamiento de riqueza.

Ahora, el sello estatal que convierte el oro en moneda tiene valor sólo dentro de los límites del Estado; para cancelar los balances internacionales, el oro sólo tiene el valor del metal que lo compone, si ese valor se desvincula del valor de la moneda, lo que pasaría con la moneda inconvertible, entonces las reservas del Banco Central también verían reducido su valor, en tanto se utilicen para cancelar pagos internacionales. Sólo una regulación internacional de la moneda, que por lo tanto proveería un territorio económicamente uniforme para la circulación monetaria, prevendría esta consecuencia. Pero los antagonismos entre los Estados nacionales no alientan la regulación internacional, más bien el estado de guerra internacional destruye estos tipos de acuerdos antes. Esta es la razón por la que un cambio en la demanda ilimitada de oro debe ser descartado. Por el contrario, las otras dos funciones de las reservas de oro, si éstas son lo suficientemente grandes, son: reserva para la circulación y fondo de garantía de convertibilidad de las deudas en oro, para que éstas puedan ser pagadas incluso ante la inconvertibilidad de la moneda de patrón oro.

Que la aplicación directa de la ley del valor para el oro como moneda queda abolida y que esta ley determina el tipo de cambio del dinero (o como solemos decir el precio -más que el valor- del dinero) sólo indirectamente, a través de la mediación del valor social de circulación, no es, finalmente -por más chocante que pueda parecer a primera vista- maravilloso. La ley del valor requiere de total libertad económica para operar, pero esta libertad es modificada por el tipo de cambio entre dinero y mercancías por los bancos centrales. La naturaleza específica del dinero hace difícil ofrecer ejemplos ilustrativos, pero imaginemos la siguiente situación: en una economía totalmente cerrada y autárquica, el Estado introduce un monopolio del petróleo. Digamos que mantiene una reserva constante de 100 millones de litros. El Estado vende el petróleo a 30 marcos el litro y lo compra a 29,5 marcos. La consecuencia es, naturalmente, un precio constante de 30 marcos. El precio determinaría qué pozos serían explotados, que pozos darían una renta y cuán alta sería la misma. Una demanda creciente de petróleo sería satisfecha con las reservas y la “política del banco de petróleo” sería asegurarse que siempre haya reservas suficientes. Si la demanda cae o la producción es particularmente abundante, las reservas también crecen, lo que sería una circunstancia particularmente favorable para los administradores del banco. La secuencia con el oro es totalmente análoga, sólo que en este caso la tasa de cambio constante (entre el dinero y las mercancías) puede ser rigurosamente comprobada.

Pero si estas conclusiones teóricas son correctas, la siguiente conclusión sigue. Si la tasa de cambio entre oro y mercancías es estable, la misma regulación debería obviamente tener el mismo efecto en la plata. En ese caso, sin embargo, como se trata de dos magnitudes constantes, también la relación entre el oro y la plata se mantendría constante, y la posibilidad de la bimetalidad sería teóricamente probada. Me apuro a agregar que no me he preocupado por las consecuencias prácticas ni si sería posible, como se puede ver de lo que sigue, cambiar arbitrariamente esta relación en favor de la plata. Pero desde un punto de vista puramente teórico, una moneda dual podría pensarse si los bancos centrales aceptaran plata ilimitadamente y la pusieran en sus reservas de la misma forma que lo hacen con el oro.

Levantemos otra “duda académica”: ¿qué efecto tendría una cartelización de la producción de oro? Sería, en general, efectiva cuando los bancos centrales tengan razones para temer que sus reservas de oro no sean suficientes para responder a sus obligaciones internacionales; en ese caso se verían forzados a pagar más de una libra de monedas de oro por una libra oro, por ejemplo 1.395 marcos. Si no cambian los mecanismos para satisfacer la circulación, sufrirían pérdidas en la compra de oro, y éste podría ser el único efecto. Probablemente los bancos centrales, para protegerse de la sangría de oro, subirían la tasa de interés. Pero la suba en la tasa de interés en sí misma no afecta, al menos no directamente, los precios de las mercancías, incluso si los economistas vulgares consideran esto evidente, porque ven en la tasa de interés un “costo de producción”. La única forma que los bancos centrales tendrían para ajustar el precio del oro al precio del monopolio sería negarse a satisfacer las necesidades de circulación al punto en que lo hacían previamente, suspendiendo la convertibilidad de la moneda -es decir, cambiando todo el mecanismo. En la realidad, sin embargo, el monopolio del oro se habría hundido hace tiempo bajo el poder de los bancos centrales, que es, de hecho, el poder de los Estados.

Si, dada una moneda de oro, con una aceptación ilimitada de la producción de oro por parte de los bancos centrales, la tasa de cambio entre las monedas de oro y las mercancías es segura y constante, entonces ¿cómo llegó a formarse esa tasa de cambio? La respuesta sólo puede ser que se fue formando históricamente, en tiempos en los que el oro entraba directamente en circulación, cuando no había ningún tipo de regulación a la circulación, tomando en consideración que nuestro problema no es la acuñación de la moneda por el Estado, sino

la consolidación de la moneda como cierto peso de oro y la aceptación de todo el oro por el banco central al “precio del oro”.

Todavía se podría hacer una objeción, que en principio parecería tener gran peso: incluso antes del establecimiento de los bancos centrales o, más en general, de la regulación estatal de la aceptación ilimitada de todo el oro ofrecido en el mercado, el oro entraba y salía de circulación a través de la transformación de reservas en medio de pago y circulación, y viceversa. ¿No tenía este acaparamiento en reservas privadas el mismo valor para fijar la tasa de cambio entre el oro y las mercancías que la regulación estatal? Sin embargo, este argumento desdeña una diferencia sustancial: las reservas por parte de individuos privados es gobernada por reglas totalmente distintas a las reservas de los bancos centrales. Las reservas de un banco central sirven directamente como reserva para la circulación, por lo que el banco central está comprometido, y no podría ser de otra manera, a satisfacer inmediatamente las constantes necesidades de circulación. Es completamente distinto cuando esta regulación no existe. Cuando crece la necesidad para la circulación, el valor del oro frente a las mercancías crece, porque no hay razón para los individuos privados para poner dinero en circulación. Los tesoros de los monasterios, de los grandes mercaderes, los botines de guerra de los Estados, etc. no caían en los siglos XV, XVI, XVII por la falta de dinero en circulación, incluso hoy en día las reservas de individuos privados, donde todavía existen, no son una reserva para la circulación, sino una reserva para su propia solvencia. En la economía moderna, este tipo de reservas privadas en forma de dinero no tiene mucha importancia; la acumulación de riqueza toma aquí la forma de títulos sobre la producción futura [acciones]. Pero incluso si la acumulación de dinero tiene lugar, sigue siendo una excepción, en particular es resultado de un freno crítico a la circulación. En una crisis monetaria, que puede estar asociada a un repentina sobrevaluación del dinero, también tenemos acumulación de dinero (y oro) en manos privadas, y justamente este acaparamiento el que acentúa la escasez de dinero, por lo que las reservas de los bancos centrales ponen a disposición el oro necesario para la circulación.

En el pasado, el ingreso de oro a la circulación no era un proceso tan mecánico como hoy en día. El oro, en ese entonces, no tenía una demanda ilimitada. Tenía que ser intercambiado por mercancías y, por lo tanto, ingresaba directamente en circulación y permanecía en ella, salvo que los acaparadores privados lo tomaran. Este acaparamiento, sin embargo, no dependía de las necesidades de circulación, sino de la

capacidad de acumulación de los individuos privados. Históricamente la acumulación de los Estados para la guerra jugó el papel más importante. Pero eso también significa que esos tesoros eran periódicamente volcados en la circulación para pagar todo tipo de gastos bélicos, luego de lo cual permanecían mayormente en circulación. Esto, a su vez, significa que el tipo de cambio del oro se formaba y se volvía a formar una y otra vez a través de la confrontación real entre el oro y las mercancías en circulación, y, más aún, que en esa época el precio de oro en realidad padecía fluctuaciones que surgían, por un lado, de las continuas perturbaciones en la circulación y, por el otro, de los cambios en los costos de producción del oro.

En la prolífica literatura económica sobre la relación entre el oro y las mercancías, la influencia de la revolución en las condiciones de producción del metal moneda en el aumento de precios del siglo XVI no da lugar a discusión. Pero el veredicto es totalmente distinto para el periodo posterior.

A pesar de los cambios en las condiciones de producción de los metales preciosos, a pesar de que a menudo, en periodos recientes, países muy ricos han reemplazado sus monedas de metal por papel moneda y lanzaron muchos cientos de millones de marcos de oro al mercado mundial en el curso de unos pocos años, a pesar de las fluctuaciones en la demanda de oro para necesidades de cambio, todavía es discutido entre los entendidos si en los centros del comercio internacional, desde la mediados del siglo XVII hasta mitad del siglo XIX, el valor del dinero ha cambiado en absoluto (Nasse, 1888: 156).

Entre los que apoyan la teoría cuantitativa del dinero, pero también entre algunos otros economistas, siempre se hacen intentos para relacionar los cambios de precios con los cambios en la cantidad de oro producido o sus costos de producción. Los intentos han sido poco fructíferos. Tooke dio pruebas de lo contrario para el periodo temprano. La caída de los precios luego de la crisis de 1873 y hasta fines de la década de 1880, que coincidió con una reducción de la producción de oro, por un lado, y con un aumento de la demanda de oro, por el otro, como resultado de la transición de Alemania a una moneda de oro y la suspensión del uso de monedas de plata por otros Estados, impulsó nuevas investigaciones. En Gran Bretaña, una gran cantidad de información fue entregada a un Comisión del Oro y la Plata en 1886 para estudiar el asunto. En el ensayo recién citado, Erwin Nasse da evidencias convincentes de que los cambios de precios deben ser buscados del

lado de las mercancías, no del lado del dinero. Y William Lexis tiene una mirada en lo esencial similar (Lexis, s/f). Por otro lado, se puede encontrar en estos estudios cómo el tipo de cambio entre el oro y las mercancías se mantuvo estable, y que tales cambios no podrían haber tenido lugar antes de que el metal, como moneda, se encontrara, en la circulación, con las mercancías. En los mercados americanos, el precio de la plata ya había caído brutalmente en comparación con el oro, pero en India todavía mantuvo su tipo de cambio frente a las mercancías por un largo período. Lexis dice, en el artículo ya citado: “De particular interés fueron los reportes que la comisión recibió sobre la influencia de la caída del valor de la plata en el intercambio de mercancías entre Inglaterra y el este de Asia. Para empezar, el hecho de que en la India (del que durante mucho tiempo dudé) no puede ser negado el poder de compra de la plata frente a los productos agrarios o el trabajo no había disminuido significativamente, a pesar del hecho de que la caída del precio en oro de la plata ya había tenido lugar muchos años antes, y que se espera que se mantenga en el futuro cercano”. Lexis entonces ofrece la siguiente —excelente— explicación: “Examinándola de cerca, esta continuidad del valor de la plata parece, sin embargo, menos sorprendente de lo que era a primera vista. Una caída del precio de la plata frente a las mercancías indias sería esperable sólo frente a un aumento significativo de la masa de monedas de plata en circulación. Pero tal incremento es contenido por la costumbre de atesorar”. Las reservas de los individuos privados actúan, en este caso en particular, impidiendo el ingreso de plata a la circulación; dado que las necesidades de circulación se mantienen estables, también lo hace el valor de la plata como moneda en contraposición con la plata en barra, que es ahora determinada por el valor social de circulación. Como el precios de la plata siguió cayendo, se hizo irracional acumularla; su lugar como reserva fue siendo reemplazado por el oro; la plata es ahora usada exclusivamente como medio de circulación; la plata fue empujada a la circulación y gradualmente los precios de las mercancías también crecieron en la India. La interrupción del acuñamiento libre de monedas de plata puso entonces fin a la devaluación de las monedas de plata.

Hemos llegado a la conclusión. La regulación estatal del sistema monetario significa un cambio fundamental en la relación entre el dinero y las mercancías. La tasa de cambio entre las monedas de oro y las mercancías fue entonces fijada por la intervención estatal, pero no arbitrariamente; el Estado sólo tomó un tipo de cambio desarrollado histórica y espontáneamente: puede, por lo tanto, mientras el mecanis-

mo se mantenga intacto, no cambiar ese valor. El cambio en los costos de producción del oro no afecta la tasa de cambio entre las monedas de oro y las mercancías; sólo determinan qué depósitos de oro pueden todavía ser tomados con vistas a una ganancia. El oro obtiene, por su uso como metal moneda, no sólo un precio más alto que los metales que no tienen ese mismo uso: recibe un precio fijo, y éste puede, teóricamente, superar el precio de producción del productor menos favorecido. Acá, entonces, se desarrollaría una forma especial de renta absoluta, probablemente la única forma de renta absoluta que realmente existe.

Hay, sin embargo, un malentendido sobre el que debemos estar alertas. La fijación del precio del oro no consiste en el hecho de que una libra equivalga a 1.395 marcos. Esa es, como he dicho, no la relación del precio sino la medida del precio. El precio del oro está fijado sólo por el hecho de que, dada una adecuada reserva de oro, siempre entrarán en circulación tantas monedas como sean requeridas por el valor social de circulación.

La esencia de las monedas de patrón oro contemporáneas es tal vez más clara comparada al papel moneda inconvertible.

Un sistema de papel moneda puro podría ser imaginado abstractamente siguiendo las siguientes líneas. Imaginemos una nación con un comercio cerrado que emite papel moneda suficiente para las necesidades de circulación y que, además, esta cantidad no puede aumentarse. Las necesidades de circulación serán satisfechas, además de con el papel moneda, con notas bancarias, etc., exactamente de la misma forma que el caso de la moneda metálica. Por analogía con la legislación moderna que rige a los bancos en estos asuntos, el papel moneda servirá para cubrir las notas bancarias, que también serían cubiertas por los recursos de los bancos. La imposibilidad de incrementar el suministro de papel moneda prevendría la devaluación de éste. En tales circunstancias, el papel moneda se comportaría como el oro lo hace hoy en día: ingresaría a los bancos o sería atesorado por individuos cuando la circulación se contrae, y volvería a la circulación cuando se expande. Los medios mínimos necesarios se mantendrían en circulación, mientras las fluctuaciones se cubrirían con la contracción o expansión de las notas bancarias. El valor de papel moneda estatal se mantendría, por lo tanto, estable (Hilferding, 1981: 57).<sup>2</sup>

Exactamente de la misma manera el valor de las monedas de oro se mantiene estable hoy en día, excepto que el oro, en contraste con

2. Los señalamientos de este artículo son sólo consecuencias de las leyes desarrolladas en mi libro.

el papel moneda, tiene su propio valor. Este valor intrínseco, sin embargo, sería diferente sin el uso del oro como moneda; sería más bajo y siempre fluctuante según el costo de producción. El valor de las monedas de oro se mantiene estable a través del mecanismo introducido por el Estado, el mismo que en el caso del papel moneda. Sólo que, con la introducción del papel moneda (inconvertible) la circulación social del valor podría directamente determinar el tipo de cambio del papel moneda. Con la moneda de oro, el tipo de cambio estaba ya históricamente dado, y el valor social de circulación determinaba, en una relación estable dada, la cantidad de oro realmente circulando, asumiendo una proporción de notas de crédito, etc.

Por lo que éste es el efecto de una “demanda ilimitada” de oro [en países con patrón oro]. Provoca, de hecho, la estabilización de la tasa de cambio de las monedas de oro [con las mercancías] y, por esta razón, del oro en barras, siempre que la continua conversión de oro en monedas de oro sea garantizada por la ley. Pero con esto también hemos en realidad tenido, desde la introducción de los modernos sistemas de patrón oro, una medida fija de valor, buscada hace tanto tiempo por los economistas y sin embargo no reconocida por éstos.

### **Referencias bibliográficas**

- Bauer, Otto (1910). *Die Teuerung: Eine Einführung in die Wirtschaftspolitik der Sozialdemokratie*, Wien: I. Brand.
- Gelderen, Jacob van (1912). “Goldproduktion und Preisbewegung” [Producción de oro y movimiento de precios], *Die Neue Zeit*, Vol.30 N° 1
- Hilferding, Rudolf (1981) [1910]. *Finance Capital. A Study of the Latest Phase of Capitalist Development*. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Lexis, Wilhelm (s/f). “Die Währungsfrage und die englische Untersuchungskommission”, *Conrads Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik*, Neue folge, Bd. XVI, Heft 4
- Marx, Karl (1992) [1867], *Capital*, Vol. I. New York: Penguin Ed.
- Nasse, Erwin (1888). “Das Sinken der Warenpreise während der letzten fünfzehn Jahre”, *Conrads Jahrbücher für Nationalökonomie und Statistik*, Neue Folge

# Mercado, religión y Estado nacional en la génesis del capitalismo

Oswaldo Coggiola\*

**E**l pasaje del feudalismo al capitalismo no hizo *tabula rasa* del pasado. Las instituciones dominantes en la era precapitalista buscaron adaptarse a la emergencia del capital, lo que creó una ilusión de continuidad histórica lineal: la emergencia y expansión de las relaciones capitalistas se limitarían a imponer, en un conjunto preexistente, la racionalidad como principio de organización. Se llamó, por eso, “Edad de la Razón” al período que se inició a principios del siglo XVII. Al considerarse sólo el carácter acumulativo (gradual) de este proceso, la especificidad de la era capitalista queda diluida y se ignora su carácter de ruptura histórica en relación con las eras precedentes.

La caída del Imperio Romano de Occidente significó el retroceso económico europeo con la extinción de la mayoría de las rutas del comercio exterior. El Imperio Romano de Oriente (Bizancio) permaneció abierto a los intercambios comerciales con el exterior a través de las

\*Oswaldo Coggiola es militante del Partido Obrero y activista del sindicalismo universitario de Brasil. Historiador y profesor de la Universidad de San Pablo; es autor, entre otros libros, de *Historia del trotskismo argentino y latinoamericano*, *El capital contra la historia (génesis y estructura de la crisis contemporánea)* y *La revolución china*. Adelantamos acá un capítulo de su último libro, *Capitalismo. Orígenes y dinámica histórica*.

rutras del Mediterráneo. La posterior expansión islámica no originó un modo de producción capitalista, aunque se desarrolló ampliamente el comercio de larga distancia. Los imperios orientales no originaron un espacio económico capitalista, aunque en ellos se desarrollaron amplias redes comerciales. El Imperio Otomano, última encarnación de la expansión islámica, se mantuvo anacrónicamente como parásito de sus dominios externos durante varios siglos, en los cuales las precondiciones para un nuevo modo de producción se desarrollaron en su vecina y dividida Europa.

El capitalismo como modo de producción fue desarrollado gradualmente en el siglo XVI en Europa, aunque sectores económicos protocapitalistas ya existiesen en el mundo antiguo y aspectos iniciales del capitalismo mercantil ya hubiesen florecido en Europa durante la Baja Edad Media. Con el renacimiento urbano y comercial de los siglos XII, XIII y XIV, surgió en Europa una nueva clase social: la *burguesía*, la cual buscaba obtener lucro a través de actividades exclusivamente comerciales. Su creciente desarrollo en el interior de la economía feudal fue imponiendo cambios políticos que constituyeron las bases para su futura dominación. Uno de los primeros derechos que reclamaron los burgueses fue el de construir murallas y fortificaciones. Todas las ciudades ostentan en sus escudos de armas una corona de murallas, símbolo de la paz urbana garantizada por una coalición de sus habitantes; su alianza, como la del señor con sus vasallos, se afirmaba en el juramento que implicaba la obligación de defenderse mutuamente, recurriendo a las armas si fuese preciso: “los comerciantes también tenían la necesidad, para resolver sus litigios, de tribunales más expeditivos y más integrados a la vida de los negocios que los tribunales eclesiásticos y las Justicias feudales. De estas diferentes aspiraciones surgió el “movimiento comunal” (Pernoud, 1973: 22). En este movimiento fue echando sus raíces la noción de ciudadanía (o sea, derechos de la ciudad) que sería ulteriormente la base jurídica de las constituciones de las naciones modernas.

Para que el nuevo modo de producción creciera, fue necesario que hubiera una transformación en el carácter autosuficiente de las propiedades feudales en la Europa occidental -o sea, una crisis histórica del antiguo modo de producción: las tierras comenzaron a ser arrendadas y la mano de obra comenzó a ser remunerada con un salario. El dinero comenzó a circular y a penetrar todas las relaciones económicas. La moneda comenzó a desarrollarse en Europa en los siglos XII y XIII, cuando las ciudades crecieron con el comercio. Esto no significa

que ya hubiera un capitalismo en el alto medioevo, por ejemplo en la monetización de las órdenes mendicantes: en ese período, la distinción social se daba aún entre “poderosos y débiles” y no entre “ricos y pobres” (Le Goff, 1993).

Los cambios económicos de la Baja Edad Media promovieron el surgimiento de una clase de comerciantes y artesanos que vivía al margen de la unidad económica feudal, ya que habitaba en una región externa llamada burgo. La burguesía medieval implantó paulatinamente una nueva configuración en la economía, en la cual la búsqueda del beneficio y la circulación de bienes para ser comercializados se transformaron en su motor dinámico (Dobb, 1995). Los burgueses compraban a los señores feudales los derechos para sus actividades. Para proteger sus intereses se organizaban en asociaciones: las guildas. Los artesanos urbanos, a su vez, se organizaban en corporaciones, que defendían a sus miembros de la competencia externa y fiscalizaban la calidad y el precio de los productos. En las ciudades más grandes, donde se desarrollaba la industria de la seda o la lana, los maestros contrataban jornaleros que cobraban por día de trabajo; éstos fueron los primeros antecesores de los modernos obreros asalariados. Para ellos, la lucha por la vida se confundía con la lucha por el tiempo: “para el trabajador medieval, el reloj de la torre distinguía netamente su tiempo del tiempo del patrón” (Landes, 1994: 103).

La moderna burguesía capitalista no fue el resultado del desarrollo lineal de la burguesía comercial surgida en el medioevo, sino su negación, producto de una ruptura histórica. El inicio de la era capitalista coincidió, temporal e históricamente, con la declinación de las “ciudades soberanas” de la Edad Media, las comunas, la que precedió el surgimiento de los Estados modernos:

El capitalismo moderno sacó su ímpetu inicial de la industria textil inglesa y no descende directamente de los principales centros medievales. Sus bases fueron establecidas en la industria rural doméstica que huía de los centros urbanos tradicionales (...) Las restricciones impuestas por las guildas fueron las razones para el cambio del centro de gravedad de la ciudad al campo (Hilton, 1977: 106).

El centro de la dinámica económica se trasladó, inicialmente, desde el feudo agrario hacia la protociedad, para de ahí volver al campo y sólo después se retrasladó -transformado en capital- hacia la ciudad. El término y el concepto de capitalismo sólo se hicieron

usuales mucho después, en el último período del siglo XIX. La transición histórica que le dio origen, sin embargo, se situó por lo menos tres siglos antes.

No faltaron autores que vieron en los comerciantes medievales europeos los antecedentes directos del capitalismo: “La historia del dinero creando dinero no es más que la ‘prehistoria del capital’. La riqueza mercantil no funcionó como capital, en tanto la producción estaba dominada por relaciones de parentesco o por relaciones tributarias. Lo que no era consumido por los productores o por tomadores de tributos podía ser llevado al mercado de otro lugar o intercambiado por productos excedentes, lo que permitía a los comerciantes quedarse con las diferencias de precios obtenidas en la operación. Para Wallerstein, la forma en que se desarrolla el trabajo social en la producción de excedentes es algo secundario, pues para él todos los productores que operan bajo relaciones capitalistas son ‘proletarios’ y todos los tomadores de excedente son ‘capitalistas’. Estos modelos han sido criticados señalando que disuelven el concepto de modo de producción capitalista (Wolf, 1994). El capitalismo fue la negación (la ruptura) de los modos tributarios o corporativos que le precedieron, aunque se originase en ellos.

Para que el capitalismo naciera, fue necesaria la expansión del mercado, que fue producto del crecimiento de la potencia de producción. La práctica comercial burguesa, generalmente urbana, determinó una nueva lógica económica: la economía comenzó a basarse en cantidades (números) que determinaban el valor de cada mercancía, calculándose costos y beneficios que se convertían en una determinada cuantía monetaria. En 1494, Luca Pacioli, autor de una *Summa Matematica*, definió el sistema contable de doble entrada (crédito/débito) sobre cuya base se desarrolló la contabilidad empresarial hasta el presente.

La nueva burguesía comercial y también los cambistas y banqueros fueron elementos embrionarios del sistema capitalista, basado en el beneficio, en la acumulación de riquezas, en el control de los sistemas de producción y en la expansión permanente de los negocios. Fue sólo con la transformación de la fuerza de trabajo en mercancía libremente negociada, aumentando cualitativamente el potencial productivo general, que se estableció el pasaje hacia el modo de producción capitalista, a través de violentos conflictos que eliminaron los elementos comunitarios de la vida rural europea:

La implantación de la ‘sociedad de mercado’ surgió como una con-

frontación entre clases, entre aquéllas cuyos intereses se expresaban en la nueva economía política del mercado y aquéllas que las combatían, poniendo el derecho a la subsistencia por encima de los imperativos del lucro” (Meiskins Wood, 2002).

¿Cuál fue el papel de la religión (y de las ideologías, en general) en este proceso? Marx les concedió un lugar subordinado (aunque no insustancial) en el cambio histórico. Werner Sombart produjo, en 1902, una síntesis historiográfica (Sombart, 1932) postulando que en cada época reina una mentalidad económica diferente: ese “espíritu” adquiriría una forma especial apropiada que modelaría la organización económica correspondiente y sería el impulso dominante en cada época. El “espíritu” era colocado en el lugar del desarrollo de las fuerzas productivas (la producción y reproducción de la vida social) como motor de la dinámica histórica: el espíritu dominante en la era del capital comprendería cuestiones como el deseo de lucro, el espíritu de empresa y las virtudes (frugalidad, ambición) burguesas (Sombart, 1982). Max Weber realizó, en la misma época, un abordaje aún más abarcador, colocando a la “ética” de origen religioso en donde Sombart situaba al “espíritu”. La vulgarización de las teorías de Max Weber hizo de él un defensor de la causalidad exclusiva de la ética protestante en el surgimiento del capitalismo, la cual era, para él, la causa principal, pero no la única: “Max Weber descubrió la fuente de la nueva ética [capitalista] en la Reforma protestante, la que trasplantó el ideal cristiano de la vida ascética de las celdas de los conventos a la vida cotidiana de todo cristiano. Creó una nueva ética que Weber llamó “ascetismo laico” (Lange, 1976). El capitalismo sería, para Weber, hijo de la transformación radical de la mentalidad económica producida por la Reforma Protestante. Ciertamente, la moral cristiana vigente en la Edad Media defendía aún el aristotélico “precio justo” y prohibía la usura; Juan Calvino, en la versión más radical de la Reforma cristiana, justificó el comercio lucrativo y el préstamo a interés, según el presupuesto de que tener un éxito comercial era una señal de predestinación divina.

Max Weber elaboró la tesis de que la ética y las ideas puritanas influenciaron decisivamente el nacimiento y desenvolvimiento del capitalismo, al punto de convertirse en su factor desencadenante. El calvinismo militante de Europa septentrional después de la Reforma Protestante fue también destacado como un estímulo decisivo al tra-

bajo y la acumulación de riquezas. Aunque su explicación del origen del capitalismo obedezca a una causalidad diferente de la que propuso Marx, Weber no eliminó las causas de naturaleza económica, sino que acentuó el papel de la ética protestante, la producción y reproducción de la vida social jugaría un papel subordinado dentro de una construcción histórica determinada por la ideología (religiosa, en primer lugar). Tradicionalmente, en la Iglesia Católica Romana, la devoción religiosa estaba acompañada del rechazo de los asuntos mundanos, entre los que se incluía la ocupación económica.

Weber definió el “espíritu del capitalismo” como las ideas y hábitos que favorecieron, de forma ético-religiosa, la búsqueda racional de ganancia: tal espíritu no estaba, para él, limitado a la cultura occidental, aunque en Europa se realizó plenamente. Montesquieu, Buckle, Keats y otros habían sugerido la afinidad entre el protestantismo y el desarrollo del “espíritu comercial”. Weber pretendió demostrar que ciertos tipos de protestantismo (en especial el calvinismo) favorecerían el comportamiento económico racional, pues en ellos el mismo recibía un significado espiritual y moral positivo. El calvinismo, por ejemplo, llevó a la religión cristiana la idea de que las habilidades humanas deberían ser percibidas como dádiva divina y por eso incentivadas. ¿Pero eso fue causa o consecuencia del amanecer del capitalismo?

Para Weber, la respuesta era clara: en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, la ética calvinista y el concepto de *beruf* (profesión como vocación) son vistos como un factor decisivo para la difusión de una conducta de vida ascético-racional, presupuesto del “espíritu” capitalista moderno (Weber, 1976). Las tesis sombartianas y weberianas fueron objeto de diversas críticas, sin hablar de que ambas tesis ignoran, desde el punto de vista religioso, el papel de la filosofía árabe -llamada anacrónicamente “medieval”- en el origen de las herejías y escisiones del cristianismo europeo, incluido el protestantismo.

Las protoformas del capitalismo ya existían en escala considerable en períodos históricos previos a las reformas protestantes: “el mundo medieval hizo madurar fenómenos económicos que parecen pertenecer a la Edad Moderna. En el siglo XIV, en las ciudades del norte de Italia, en la industria textil habían surgido grandes establecimientos fabriles que se asemejaban a las empresas capitalistas. En el desarrollo de las formas jurídicas racionales de las ciudades mercantiles, la Edad Media ya había creado organizaciones en las cuales apareció por

primera vez el tipo de cálculo moderno. Sin embargo, todos estos indicios aparentes de una nueva época pertenecen al círculo de estilo y formas de la Edad Media” (Muller-Armack, 1986).

En las ciudades-Estado italianas, antes de la Reforma Protestante, el capital comercial y el capital bancario se expandieron con el advenimiento de las sociedades por acciones, de las letras de cambio y de la contabilidad en dos columnas; la deuda pública aumentó también los recursos del Estado y las posibilidades de inversión para los ciudadanos, con rendimientos por encima de las necesidades inmediatas de sobrevivencia. Las letras de cambio nacieron en Génova, en el siglo XII, constituyéndose en “un instrumento universal sin el cual no se podría imaginar un capitalismo comercial (o cualquier otro). Son simultáneamente instrumento de cambio de monedas, medios de compensación de los negocios (evitando los desplazamientos lentos y difíciles de las monedas metálicas), medios de préstamo a interés y, finalmente, medios de circulación fiduciaria, ya que hacen el papel de moneda paralela gracias a los diversos procedimientos de endoso y descuento. Fueron el gran (pero no único) paliativo a la insuficiencia cuantitativa de moneda metálica y a la lentitud de su circulación” (Meyer, 1981: 85).

Una fuerte burguesía financiera se desarrolló a costa de la Iglesia antes de su escisión:

El Papa tenía necesidad perpetua de dinero para mantener la suntuosidad de su corte y para sostener su lucha mortal contra el Emperador. Necesitaba oro para pagar soldados y comprar aliados. También lo necesitaban los prelados, agentes ordinarios de su política, quienes gastaban sus rentas -y más todavía- en fiestas, recepciones y viajes a las tumbas de los apóstoles. Los banqueros florentinos devoraron o absorbieron las propiedades circundantes de los grandes conventos y después se disputaron ansiosamente los clientes de Roma. Llegaron a ser una potencia europea (Benard, 1980).

Cálculos contables y proyecciones económicas bastante complejas ya eran realizados en la Edad Media, en diversos países, mucho antes de la Reforma. El papado medieval no sólo era el centro de un sistema de poder temporal, era también el centro de un vasto sistema de recaudación financiera y de inversión.

En relación a las culturas extraeuropeas, supuestamente refractarias a la modernización capitalista, Maxime Rodinson criticó la afirmación de Max Weber referente a que la “ideología islámica” hubiera

sido enemiga de la actividad comercial lucrativa y “racionalizada”.<sup>1</sup> La conciliación entre el imperativo religioso y el económico ya existía: el origen del capitalismo, por lo tanto, debería ser buscado en otra parte.

La unilateralidad weberiana no se redujo al factor propulsor del capitalismo, sino también a su ideología, para Weber centrada sólo en el cristianismo reformado, pero que tiene antecedentes en las herejías árabes. El nombre mayor de la filosofía árabe fue el “español” Averroes (Ibn Rochd, 1126-1198): el clero islámico lo acusó de herejía, deportándolo a Marruecos, pues había intentado conciliar la filosofía con el dogma religioso mediante la teoría de la “doble verdad”: una tesis podría ser verdadera en teología y falsa en filosofía, y viceversa. Esto implicaba la posibilidad de un conflicto entre la verdad revelada por la fe y aquélla a la que se llega a través de la razón. Concibiendo la eternidad del mundo y de la materia (de la cual el intelecto humano sería un atributo), Averroes negaba la creación del mundo a partir de la nada, o la posibilidad de demostrar esa tesis a través de la razón. Era, implícitamente, un ataque en regla al teísmo de cualquier naturaleza. Lo que hay de eterno en el individuo pertenecería, para Averroes, enteramente a su intelecto, lo que negaba la idea de inmortalidad personal.

Las tesis averroístas divulgadas en Europa fueron condenadas en el siglo XIII por las autoridades eclesiásticas cristianas, que tuvieron que convivir con la irrupción de un Aristóteles arabizado en las universidades europeas. La influencia del averroísmo se hizo sentir en Europa hasta comienzos del siglo XVII; en su contra fue elaborada la mayor síntesis de la teología cristiana: la *Summa Teológica* de Tomás de Aquino, “síntesis definitiva del aristotelismo y de la revelación cristiana”. Averroes fue, a partir del siglo XIII, el gran divisor de aguas y sus planteos tuvieron peso decisivo en las ideas y en la filosofía del Renacimiento (Cruz Hernández, 1996; López Piñero, 2002).

Marx explicó que la disolución del feudalismo (que liberó las nuevas fuerzas productivas sociales contenidas en su seno), un proceso inicialmente europeo, fue la base tanto del capitalismo como del surgimiento de los Estados nacionales. La expansión y la tendencia hacia

1. Rodinson señaló cómo, a partir del siglo XVII, el Islam, a diferencia del cristianismo, fue visto en Occidente como el epítome de la tolerancia y la razón. Occidente quedó fascinado, según él, por el énfasis del Islam “en el equilibrio entre la adoración y las necesidades de la vida, y entre las necesidades morales y éticas y las necesidades corporales, y entre el respeto al individuo y el énfasis en el bienestar social” (Rodinson, 1973).

la unificación y a hacer uniformes los mercados internos, por un lado, y el creciente volumen del comercio externo, por el otro, constituyeron su base. El desarrollo de los Estados, en determinado momento, se constituyó en impulsor del crecimiento de los mercados. Un factor significativo de la ampliación de mercados, conectado al aumento extensivo y continuo de la producción de mercancías, fue la formación de los Estados territoriales en el siglo XVI. La burguesía capitalista se encontró, ya en su cimiento, con un aparato estatal burocrático-militar desarrollado, radicado en una estructura tributaria-fiscal pública diferente de la renta feudal privada.

La historia de la formación de este aparato estatal se remonta al inicio de la Edad Moderna con el Estado monárquico absolutista. El evolucionismo antropológico, posteriormente, supuso un patrón común de etapas evolutivas a ser recorrido por todas las sociedades, por lo que se desvinculó de esa explicación. La difusión de las teorías de Weber en el siglo XX polarizó los debates sobre el origen del capitalismo. Para Marx, a diferencia de Weber, los orígenes de la sociedad capitalista no estaban en una “sociedad dotada del comportamiento económico frugal y abstemio de una elite moral”, sino en la formación de una clase sin propiedades y de otra clase, capitalista, que la explota económicamente. Contra las tesis organicistas, Marx y Engels determinaron la base del advenimiento de la era burguesa en Europa en las transformaciones en la esfera de la producción de la vida social, de las cuales las transformaciones ideológicas (incluidas las religiosas) fueron consecuencia, no causa. La declinación de las formas compulsivas de expropiación del excedente económico coincidió con el renacimiento comercial europeo, que exigió una adecuación de las formas institucionales (estatales) existentes como condición para su sobrevivencia y desarrollo.

A partir del siglo XI, Europa medieval conoció un renacimiento de las rutas comerciales internas y externas, y un crecimiento sustentado en la producción mercantil. Este crecimiento se tornó visible en el llamado “manto blanco” de iglesias y catedrales monumentales que comenzó a cubrir el continente europeo, que contrasta con la relativa modestia de las construcciones religiosas precedentes. La “revolución técnico-científica” de la era capitalista ciertamente tuvo origen medieval: Brunelleschi revolucionó (en el siglo XIV) la ingeniería y la arquitectura, fusionando arte, artesanado y matemática para construir la cúpula del *duomo* de Florencia. El origen medieval de la revolución científica llevó a algunos autores a negar la propia

existencia de las revoluciones científicas, abogando en favor de una concepción lineal del progreso científico y técnico.

El crecimiento económico y demográfico europeo a partir del siglo XI inició el camino de recuperación de los 75 millones de habitantes del Imperio Romano de Occidente en su era de esplendor. La población europea cayó, después de la caída del imperio, durante la Alta Edad Media, a 23 millones de habitantes, divididos en unidades económicas relativamente aisladas (feudos), en medio de una declinación de la circulación comercial continental y también del intercambio comercial de Europa con el resto del mundo (conocido). El relanzamiento económico de Europa fue preparado a través de una serie de procesos y acontecimientos.

G. M. Trevelyan situó en la conquista de Inglaterra por los normandos (pueblo de origen nórdico que ocupaba el nordeste de Francia desde el siglo X) la vinculación de la historia de las islas británicas, ligadas a los reinos escandinavos desde el fin del Imperio Romano, a la historia de Europa Occidental, al mismo tiempo que “la *Common law* fue un desarrollo característico de Inglaterra; el Parlamento, juntamente con la *Common law* nos dio definitivamente una vida política propia en fuerte contraste con los desarrollos posteriores de la civilización latina” (Trevelyan, 1956: 136). La monarquía inglesa había firmado su carácter protonacional antes que las monarquías católicas continentales, al mismo tiempo en que inició el reconocimiento de los derechos populares (*commons*).

Los normandos, para legitimar religiosamente su conquista, se vincularon al movimiento de reforma de la Iglesia Romana impulsado por el papado, la llamada reforma gregoriana, el movimiento por el cual el Vaticano buscó afirmar su primacía sobre cualquier poder competidor. Eso ocurrió en un contexto marcado por el combate a los herejes y a las minorías religiosas (judíos y musulmanes). Subrayando el “privilegio inglés”, la mitología *whig* (liberal) inglesa declaró que la monarquía británica ya poseía un origen contractual (o sea, no sólo basado en derechos hereditarios) expresado en el *Witan*, Consejo Real, desde antes de la invasión normanda. El impulso para la formación del Estado moderno comenzó en Inglaterra en el siglo XIII, con la sanción de la Carta Magna (*Great Charter*) en 1215,<sup>2</sup> firmada por el rey John, llamado *Sin tierra*, de la dinastía Plantagenet, sucesora

2. La Carta Magna poseía antecedentes: en 1188, Henry II fijó una tasa (la Saladin Tithe), controlada por un jurado compuesto por representantes de los gravados: nacía así la conexión entre impuestos y representación política (Carr, 1956).

francófona de la dinastía normanda inaugurada por William el Conquistador, quien en 1066 derrotó a los anglosajones. Inglaterra estaba, en ese momento, dividida en 60.215 “feudos de caballeros”.

El representante de la dinastía extranjera intentó, con la Carta Magna, resolver el conflicto que oponía la casa real al Parlamento, representación compuesta por los barones anglosajones enfrentados a los señores extranjeros. Para resolver el impase e imponer la hegemonía monárquica, la Carta Magna reconocía los derechos y libertades de la Iglesia, de los nobles y de los simples súbditos, configurando la primera “protoconstitución” occidental. Henry II, en 1254, ante una crisis financiera de la monarquía inglesa extendió la representación parlamentaria a los representantes de los *counties*, los condados (“se solicita a cada sheriff que envíe dos caballeros de su condado para considerar qué ayuda podrían darle al rey de un momento de gran necesidad”).

En 1265, Simón de Montfort impuso al Parlamento que fuesen aceptados también representantes de las ciudades y aldeas (*boroughs*), inaugurando así la representación política de los *communs*. Inglaterra pasó de la histórica condición de país ocupado (por los escandinavos y franceses) a la condición histórica de invasor con la “Guerra de los cien años” contra Francia, iniciada en 1337 por el rey Edward III. La nobleza inglesa fue muy debilitada en esta guerra y en la posterior “Guerra de las dos Rosas”. Al final del siglo XIV, el trono inglés consiguió disolver las tropas feudales y destruir los castillos-fortaleza de los barones, que tuvieron que someterse al rey. Nacía el absolutismo monárquico.

La nueva forma política, inicialmente inglesa, daba una salida a la declinación de las formas arcaicas de dominio político, tanto las “supranacionales” (como el Sacro Imperio Romano Germánico) como las “infranacionales”, ejemplificadas por los principados territoriales propios del feudalismo, formas que eran propias de una economía donde los intercambios eran locales y ocasionales, oponiéndoles instituciones que pretendían reposar sobre bases territoriales amplias, que fueron engendrando el llamado “sentimiento nacional” y la idea de soberanía nacional. Estaba ausente aún la idea de ciudadanía.

Los pasos iniciáticos de la nación soberana (y de su forma política correspondiente, el Estado nacional) fueron dados en Inglaterra, en Francia (con la dinastía de los Capetos) y en los reinos ibéricos, entre los siglos XIII y XIV. Del siglo XIV al XVII, estos países pioneros fueron seguidos por los Países Bajos, Polonia y Alemania (con el ascenso

del Estado prusiano). Este período fue marcado por la concentración de poder de las monarquías, por el declive de la nobleza feudal (para Engels, “fue el período en que la nobleza feudal fue llevada a comprender que el período de su dominación política y social llegaba a su fin”), por la declinación también de los privilegios de las ciudades-Estado y del Papado, así como del Sacro Imperio Romano Germánico.

A pesar de algunos injertos de representación política plebeya, no se trataba aún de Estados modernos o nacionales (y, menos aún, de Estados democráticos), sino de Estados absolutistas (Pieri, 1964) con dos características “modernas”: la soberanía (que garantizaba su independencia en relación a las dinastías y su superioridad con relación a ellas) y una especie de constitución (o “carta”) que reglamentaba las normas para el acceso al poder -en una menor medida, las condiciones de su ejercicio (Thireau, 2009: 154-155). Marx señaló cómo

el poder del Estado centralizado, con sus múltiples órganos, como el ejército permanente, la policía, la burocracia, el clero y la magistratura, órganos forjados según el plan de una división de trabajo jerárquica y sistemática, tiene su origen en los tiempos de la burguesía absoluta, al servicio de la sociedad de la naciente clase media, como arma poderosa en sus luchas contra el feudalismo (Marx, 2011).

En Francia, François I ordenó el establecimiento del registro de estado civil de las personas (nacimientos, matrimonios, defunciones), hasta entonces inexistente. Su sucesor, Henri II, obligó a las mujeres embarazadas a declarar su estado.

La administración centralizada avanzaba a grandes pasos. Aunque estos decretos fuesen poco respetados, su existencia hacía nacer una creciente camada de administradores públicos (*fonctionnaires*) encargados de implementarlos. Su hermana gemela, la corrupción estatal, nació de modo simultáneo. El crecimiento de una burocracia parásita en el nuevo Estado soberano fue notado desde su inicio, motivando la crítica de Fromenteau (en *Le Secret des Finances en France*) ya en el siglo XVII:

Existen en Francia, para la administración de la justicia, 5.000 ó 6.000 funcionarios de los que es posible prescindir. Tenemos 5.000 ó 6.000 mil oidores, corregidores, tesoreros, pagadores, receptores, los cuales no precisamos; más de 5.000 abogados, más de 15.000 procuradores superfluos, más de 6.000 notarios, más de 12.000 sargentos, más de 6.000 gestores, más de 10.000 administrativos y secretarios. En re-

sumen, tenemos más de 50.000 hombres completamente inútiles que los Estados [clases sociales] no reconocen; son roedores, consumidores y destructores del Estado del Rey y de su pobre pueblo (citado por Sauvy, 1976: 18).

Sin esa burocracia, el “Estado del Rey” no funcionaría ni podría imponer su hegemonía contra los representantes de las formas políticas pasadas.

La burocracia estatal creció antes, y más rápido, que la burguesía. Las revoluciones inglesas del siglo XVII añadieron, al Estado nacional en vías de nacimiento, el principio de la representación político-parlamentaria, que se desarrolló paralelamente en Europa continental en las Provincias Unidas (Holanda) emancipadas del yugo español (Smit, 1984):

Los funcionarios públicos que acudían como diputados a las reuniones de los Estados provinciales y generales opinaban instintivamente que las provincias tenían derecho a la independencia, y que la defensa de ese derecho era la justificación de la unión de las provincias. Las ciudades de Holanda también consideraban implícito que la riqueza de las provincias, responsables de la mitad del presupuesto federal y de más de la mitad de la deuda [pública], les concedía responsabilidades especiales y un derecho a la dirección [de los asuntos del Estado] (Stoye, 1969).

Como consecuencia de ese proceso, al final del siglo XVII, la “inquieta calma de Europa occidental” comenzó a mostrar los contornos de una crisis que engendró, en el siglo siguiente, un prolongado proceso de guerras y revoluciones democráticas que culminaría en la Revolución Francesa. El “Estado nacional”,<sup>3</sup> en su forma desarrollada, sólo tomó forma en el siglo XIX, pero fue preparado por una larga serie de transformaciones en los siglos precedentes. Jurídicamente, el establecimiento del Estado moderno y de su soberanía supuso una doble superación, la del “derecho” supranacional enraizado en los imperios precedentes (el Imperio Romano y su presunto sucesor, el Sacro Imperio Romano Germánico) y también la del derecho consuetudinario feudal, enraizado en los particularismos

3. El término *nación* tiene origen latino (*natio*, de nacer). Designaba a los pueblos situados en el exterior y en la frontera del Imperio. En la Edad Media era utilizado por los estudiantes universitarios que se organizaban en grupos, *nationes*, por tener origen regional común. En cada “nación” se hablaba la lengua materna de los estudiantes y eran regidas por las leyes de sus países. La ampliación de esa noción dio origen a su uso moderno.

locales propios de la Edad Media europea, donde distintos órdenes jurídicos para diferentes clases no tenían nada de extraño:

La clase de pequeños nobles-caballeros resolvía sus querellas recurriendo a la guerra privada, generalmente desencadenada por un insulto personal, pero siempre con el objetivo de obtener tierra y botín. Otro medio de enriquecimiento era el peaje cobrado a los mercaderes por el derecho a cruzar las tierras del señor, muchos de los cuales descubrieron que un castillo proporcionaba un cuartel general para una banda de asaltantes caballerescos (Tigary y Levi, 1978: 72).

El derecho nacido de la práctica (hábito) de origen indeterminado o consuetudinario (por lo tanto irracional) debía ser superado por la ley basada en la Razón. Esta combinación de “supranacionalidad” con “infranacionalidad” (particularismo feudal) propia de la era medieval fue específica (o más distintiva históricamente) en el continente europeo, lo que diversos autores identificaron como causa de que el Estado moderno haya nacido, inicialmente, en Europa. Otros autores relacionaron este hecho histórico con una supuesta superioridad (suprahistórica) de la “civilización europea”.<sup>4</sup> Ciertamente, el derecho como práctica humana específica, campo o zona del saber y del actuar en que se realizan operaciones técnicas determinadas no se encuentran en todas las culturas, sino sólo en algunas. La autonomía relativa del derecho es una característica de la civilización de Occidente. En otras áreas, como la hindú, china, hebrea o islámica, las cosas son diferentes (Bretonne, 2000: 162).

Max Weber insistió específicamente en esta cuestión. Pero esto no es producto de alguna “esencia civilizacional” no histórica, sino de un desarrollo histórico específico y desigual dentro de cada civilización: el derecho no nació simultáneamente en todas las áreas y regiones de Occidente; al contrario, fue impuesto en la mayoría de ellas por el fuego y la espada.<sup>5</sup> La inteligencia histórica consiste en develar (desmitificar) los orígenes históricos y culturales. O sea, en responder la pregunta: “¿por qué y cómo se constituyeron las formas de vida social y los modos de pensar en los cuales Occidente ve su origen, cree poder reconocerse y que sirven aún hoy a la cultura eu-

4. Señalar en alguna especificidad el origen de una “superioridad” fue una de las bases de legitimación del colonialismo europeo al pretender justificar la dominación en la “universalidad” del dominador.

5. El ejército napoleónico, la Grande Armée francesa, por ejemplo, impuso el Código Civil en el resto de Europa continental a punta de bayoneta.

ropea como referencia y justificación?” (Vernant, 1986).

El derecho civil europeo nació de las necesidades derivadas de la expansión mercantil centrada en las ciudades. La palabra urbanidad, por eso, pasó a designar las prácticas y actitudes sociales que lo acompañaban. Para que el concepto de territorialidad se impusiera fue necesario que el comercio aprovechara un mercado mayor, haciendo necesarias leyes comunes, moneda, pesos y medidas establecidos por un Estado dotado de medios para imponerlos, con una seguridad oriunda del Rey-Estado, que fue adquiriendo el monopolio del uso de la violencia, impidiendo así que los ciudadanos fueran objeto de la arbitrariedad de poderes locales. La aristocracia nobiliaria conservó -durante los siglos del eclipse de su dominación- privilegios fiscales, aduaneros y militares en varias regiones de Europa, hasta el final del siglo XIX (Mayer, 1987).

El Estado absolutista, antecesor del Estado nacional, desarrolló una política mercantilista, intentando retener en sus fronteras la mayor cantidad posible de oro y plata, incentivando la obtención de un superávit comercial sobre la base de la suposición corriente de que “la riqueza de las naciones” era una cantidad invariable; cuanto más poseyera una nación, menos poseerían las otras. Esta fase de expansión comercial estuvo asociada a políticas proteccionistas en las relaciones interestatales. La forma estatal que sirvió de cuadro histórico para la victoria del capital fue, finalmente, el Estado nacional, forma alcanzada después de un proceso histórico en el cual Europa creó un modelo estatal que se extendió hacia todas las otras regiones del planeta:

“*Natio* es un viejo y tradicional concepto, heredado de la antigüedad romana, que califica originalmente el nacimiento o la ascendencia como la característica diferenciadora de grupos de cualquier tipo (...) Las fronteras de una *natio* fueron durante mucho tiempo imprecisas. Pero el uso del término se consolidó en su significado latino original como una comunidad de derecho a la cual se pertenece por nacimiento” (Schultze, 1997: 88-89).

En el nuevo tipo de Estado, la burguesía, en tanto clase dominante, no se confundía con el propio Estado -como ocurría con la clase noble armada del período feudal. La burguesía capitalista, aun así, necesitaba de la protección del Estado como garantía social de su propiedad de los medios de producción. Tal anomalía se resolvió mediante la imposición de representantes de la burguesía en la dirección del aparato burocrático-militar del Estado. De ahí el concepto de “representación

política” y de democracia representativa, eminentemente burgueses. El capitalismo (la sociedad burguesa) es el secreto de la “democracia occidental”, de la división de poderes, de la autonomía (relativa) del derecho, de toda su superestructura jurídica y política. La burguesía tendió a constituir o a favorecer el Estado nacional, porque era la forma estatal que correspondía mejor a sus intereses, la que garantizaba un mayor desarrollo de las relaciones capitalistas.

La *Nación* fue creada lentamente, entre los siglos XV y XVIII, gracias a una alianza entre la potencia política de la monarquía centralizada (los Estados absolutistas) y el creciente poder económico y social de la burguesía, alianza que se desdobló y fragmentó, transformándose en un conflicto al fin del cual la burguesía derrumbó (revolucionariamente o no) al Antiguo Régimen y se erigió en nueva clase dominante, dotándose del Estado-Nación moderno. Históricamente, el Estado nacional surgió de la sociedad burguesa. No sólo en tanto aparato centralizado de fuerza, sino que también elementos suyos son presupuestos del capitalismo y base de su surgimiento. El papel del Estado nacional puede ser considerado producto de las relaciones de capital. La construcción de una “identidad nacional”, capaz de incluir a todos los miembros de la sociedad, tiene la función de eclipsar los antagonismos de clase y neutralizar su lucha (Hirsch, 2010: 79).

El nacionalismo llevó esta marca exclusivista y diluyente de los conflictos de clase desde sus inicios. Así,

la emergencia de nuevas comunidades, calificables como nacionales, comenzó a ocurrir en Europa, en el final de la Edad Media, gracias a una convergencia singular de diferentes factores históricos, desfavorables simultáneamente a la mantención de la cohesión étnica y al predominio de una entidad religiosa globalizante. De hecho, Europa medieval era la única parte del mundo donde, por largo tiempo, había prevalecido completamente la pulverización del poder político entre una multitud de principados y señoríos, lo que llamamos feudalismo. En este mismo período, los imperios y reinos de China, India, Persia y de vastas regiones de Africa permanecieron como Estados, si no fuertemente centralizados, al menos suficientemente unidos como para no poder ser calificados como feudales (Fougeyrollas, 1987: 17).

Esta fue la verdadera particularidad europea. Las ideas de nación y de nacionalismo se afirmaron en Europa a partir del siglo XVIII para designar la identidad de cada pueblo, lo que no significa que cada pueblo (dotado de una lengua o una tradición común) fuera consi-

derado consensualmente como una nación (esto es, como “digno” o legítimamente habilitado para poseer su propio Estado nacional).

En Europa había criterios o factores que permitían que un pueblo fuese clasificado como nación, “siempre que fuese suficientemente grande para pasar la puerta de entrada” (Hobsbawm, 1992). Era preciso ya existir como un “Estado de hecho”, que poseyese una lengua y una cultura comunes, además de demostrar fuerza militar. La construcción de una identidad nacional pasó por una serie de mediaciones que permitieron la invención (eventualmente hasta la imposición) de una lengua común, una historia cuyas raíces fuesen (míticamente) lo más lejanas posible, un folclore, una naturaleza (un medio natural) particular, una bandera y otros símbolos oficiales o populares: “lo que constituyó la nación es la transmisión, a través de las generaciones, de una herencia colectiva e inalienable. La creación de las identidades nacionales consistió en inventariar este patrimonio común, es decir, de hecho, en inventarlo” (Thiesse, 2003; ver también Hobsbawm y Ranger, 1984).

El mundo de la razón nació, así, con base en el *mito*; y el modo de producción (capitalista) universal, con base en el particularismo (nacional); dos contradicciones de las que el capitalismo nunca se podría librar y que explotarían en la forma de conflictos nacionales con bases obviamente irracionales. La “invención” del mito nacional fue un acto perfectamente humano; es decir, racional. Racionalidad e irracionalidad mítica nunca fueron opuestos excluyentes, como supuso (con buenas razones: razones revolucionarias en esa época) el pensamiento iluminista europeo.

En el caso alemán, por ejemplo, una “Germania” inmemorial fue “descubierta” en los escritos del historiador latino Tácito:

Hasta entonces no existía una tribu alemana de la que pudiese originarse una nación alemana, de modo semejante al linaje franco del cual había surgido Francia. ‘Alemán’ (deutsch) era la denominación global de los dialectos populares germanos, un término artificial. Los germanos de Tácito pasaron a ser los antepasados de los alemanes; la Germania de los romanos correspondía, por lo tanto, a una Alemania (Deutschland), cuyo nombre apareció por primera vez alrededor del año 1500 en singular. Hasta entonces, se usaba sólo la expresión ‘tierra alemana’ (Deutschesland) (Schultze, 1997: 112).

Esta “invención de las tradiciones” fue un aspecto central de la ideología nacionalista y del romanticismo político del siglo XIX, en

contraste y en conflicto con el economicismo crudo de la economía política liberal. La “invención” de esas “comunidades imaginarias” (Anderson, 1993) no fue sólo simple manipulación ideológica, sino una bandera de lucha contra el *Ancien Régime*, apoyada en el desarrollo histórico de comunidades que fueron superando, por un lado, el estrecho marco local y, por el otro, la subordinación al poder temporal-universal atribuido a la Iglesia cristiana.

El desarrollo lingüístico, la diferenciación de las lenguas llamadas nacionales, fue un aspecto central. No hay mercado unificado sin comunicación unificada, así como sin unificación de las unidades de medida. Las lenguas nacionales europeas nacieron de la escisión creciente entre el hablar erudito (realizado en latín clásico, lengua franca intelectual, religiosa, política y administrativa del Imperio Romano) y el habla popular, que acentuó su diversidad “regional” con la disolución del imperio y el aislamiento económico y social de la era feudal. Ellas no se impusieron, sin embargo, “naturalmente”, pues la elección de una sola lengua (popular) entre varias, como lengua *nacional* fue un proceso político, seguido de una imposición estatal, que se extendió hasta el siglo XIX (período final de formación de los modernos Estados nacionales) e inclusive hasta el siglo XX (en el caso, por ejemplo de la España franquista).

El proceso abarcó siete siglos, durante los cuales las lenguas populares (que siempre acompañaron a la lengua erudita, en el antiguo Imperio Romano) adquirieron estatuto y normas gramaticales propias, consagradas en las traducciones de la Biblia (como la inglesa, atribuida al rey James, o la alemana de Martín Lutero) al punto de crear su propia expresión literaria “culta” (erudita) y de revelarse portadoras de ventajas comunicacionales, incluso en el terreno “culto”, con relación a la vieja lengua (muerta) del Imperio Romano, constatadas mucho antes de su consagración como lenguas oficiales de cualquier comunidad política.

En el siglo XIII, en *De Vulgari Eloquentia* (escrito en latín), Dante Alighieri defendió la lengua popular (en la cual redactó su obra magna, *La divina comedia*) contra la erudita (el latín): “Un conocedor del latín no distingue, si es italiano, la lengua popular inglesa de la alemana; ni el alemán habrá de distinguir la lengua popular itálica de la provenzal. En consecuencia, el latín no es conocedor de la lengua popular”. Para el poeta florentino, lo contrario no era verdadero: “De estos dos hablas es más noble, por lo tanto, el popular, como aquél que fue usado primero por el género humano y del cual todos se benefician, aunque dividido en vocablos y fraseados distintos. Es mejor aún porque el po-

pular es más natural a todos, en tanto el otro es más artificial”.

Una “comunidad de pueblo” (nacional) sólo podría ser fundada en una lengua popular, transformada en lengua nacional, pero la elección de una entre otras (el toscano, por ejemplo, entre los catorce idiomas principales listados por Dante en la península itálica) fue el resultado de un proceso político y cultural, coronado por una imposición estatal. Una imposición no simplemente arbitraria, pues la diferenciación de las lenguas nacionales fue el instrumento de la emergencia histórica de un nuevo sujeto, la comunidad nacional, solidificada y diferenciada por la lengua, como notó, en el siglo XIX, uno de los primeros filósofos de la lengua, Wilhelm von Humboldt: “Sin unidad de forma no sería concebible ninguna lengua; hablando, los hombres necesariamente recopilan su hablar en una unidad”. La forma de la lengua fue el elemento diferenciador de las comunidades nacionales, estableciendo fronteras entre dialectos que, a veces, se diferenciaban poco.

La forma impregna toda la lengua, y “la lengua no es el instrumento para designar objetos ya pensados, sino el órgano formativo del pensamiento”. Sobre la lengua nacional se erguía la personalidad (incluido el llamado “genio” o “alma”) nacional -distinto de la unidad religiosa, que una nación puede eventualmente compartir con otra (Humboldt, 1991). El habla (y la escritura) erudita, en latín o griego, se oponía al progreso educacional y científico, como lo constató un “hombre de Estado” de inclinaciones iluministas en la España del siglo XVIII:

“La enseñanza de las ciencias sería mejor en castellano que en latín. La lengua nativa será siempre para el hombre el instrumento más apropiado de comunicación, las ideas dadas o recibidas en ella serán siempre mejor expresadas por los maestros y mejor recibidas por los discípulos. Sea, pues, el aspirante, buen latino o buen griego, y hasta capaz de entender la lengua hebrea; acuda a las fuentes de la antigüedad, pero reciba y exprese sus ideas en su lengua propia (Jovellanos, 1982: 83).

El saber moderno quedaba reservado para las lenguas nacionales. El latín clásico, por ser una lengua muerta (no hablada popularmente) carecía de la flexibilidad y plasticidad que le habrían permitido expresar los nuevos conceptos no sólo en palabras, sino también en construcciones gramaticales nuevas y susceptibles de modificación: su supervivencia académica era un obstáculo al desarrollo de la cultura. Los números romanos, ya caídos en desuso, eran un obstáculo para el progreso científico y hasta económico (contable, en primer lugar), de-

bido a su incapacidad de representar fracciones inferiores a la unidad o cantidades infinitesimales, o cantidades enormes, necesarias para mediciones científicas o económicas: fueron sustituidos con gran ventaja por los números arábigos.<sup>6</sup>

Modernidad y nacionalidad surgían en el mismo proceso histórico. La laicización de la cultura (expresada por las lenguas nacionales en oposición al latín clásico usado en la liturgia religiosa cristiana) implicaba también la superación de la dominación religiosa (cristiana) en todos los terrenos de la vida política y social. La música sinfónica, por ejemplo, nació de la secularización del arte musical -o sea, de su emancipación de las ceremonias religiosas.

Los códigos consuetudinarios deben ser reemplazados por un derecho público: de las cenizas de la antigua República Cristiana nacía el *ius publicum europaeum*, el derecho se colocaba como prerrogativa imprescindible de la soberanía:

Los primeros pensadores del Estado, notablemente Maquiavelo, Hobbes, Rousseau, Smith, Hamilton y Hegel, volvieron [después de los filósofos griegos] a apreciar al hombre como vector de pasiones valorizantes, la voluntad de gloria, la vanidad, el amor propio, la ambición y la exigencia de reconocimiento. Ninguno de estos autores ignoró los peligros asociados a este tipo de afectos, pero la mayoría arriesgó destacar sus aspectos productivos para la coexistencia humana (Sloterdijk, 2007: 31).

En *El Príncipe* (1513), Nicolás Maquiavelo (1469-1527) ya no se preocupaba más por el gobierno ideal y sí por analizar las formas por las cuales los líderes realmente existentes ejercían su poder: “toda ciudad está dividida por el deseo de los grandes de oprimir y comandar, y el deseo del pueblo de no ser oprimido ni comandado”. El príncipe (o el rey) no debería detenerse (o mejor, ya no se detenía) ante ningún obstáculo en la lucha por la conquista o conservación del control del Estado, aunque eso implicase el uso de la fuerza y la violencia contra sus adversarios. No se trataba sólo de *real politik*. *El Príncipe* expresó el resurgimiento moderno de la política como saber autónomo, liberado de la ética y de la teoría de la justicia, y con una razón propia: la razón de Estado.

6. En el siglo VII, un matemático musulmán de la India creó el concepto de “cero”. Esto revolucionó el estudio de la matemática. La invasión árabe a Europa hizo que se propagase el uso de los algoritmos arábigos, cuya memorización era facilitada por el hecho de que la cantidad de ángulos de cada uno correspondía al valor expreso (Crosby, 1999).

Su codificación como derecho público y como derecho internacional fue, sin embargo, favorecida por la expansión y desarrollo de la producción mercantil que precedió a la revolución capitalista -o sea, por el desarrollo de las fuerzas productivas sociales. Este, sin embargo, no habría alumbrado un nuevo modo de producción, con su correspondiente “superestructura jurídico-ideológica”, sin el desarrollo a fondo del conflicto de clases entre señores, burgueses y campesinos del mundo feudal. La violencia concentrada del Estado fue el verdadero fórceps del nuevo modo de producción.

### **Bibliografía**

- Benedict Anderson (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bretone, Mario (2000). *Derecho y tiempo en la tradición europea*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Carr, Cecil (1956). *Courtenay Ilberty*. Londres: Oxford University Press.
- Crosby, Alfred W. (1999). *A Mensuração da Realidade. A quantificação e a sociedade ocidental 1250-1600*. San Paulo: Unesp-Cambridge University Press.
- Cruz Hernández, Manuel (1996). *Historia del Pensamiento en el Mundo Islámico*. Madrid: Alianza.
- Dobb, Maurice (1995). “La ripresa degli scambi”. En: Ciro Manca (ed.). *Formazione e Trasformazione dei Sistemi Economici in Europa dal Feudalesimo al Capitalismo*. Padua: Cedam.
- Fougeyrollas, Pierre (1987). *La Nation. Essor et déclin des sociétés modernes*. París: Payot.
- Hilton, Rodney (1977). *A Transição do Feudalismo para o Capitalismo*. Río de Janeiro: Paz e Terra.
- Hirsch, Joachim. *Teoria Materialista do Estado*. Río de Janeiro, Revan, 2010.
- Hobsbawm, Eric J. *Nações e Nacionalismo desde 1780*. Río de Janeiro, Paz e Terra, 1992.
- Hobsbawm, Eric J., y Ranger Terence (1984). *A Invenção das Tradições*. Río de Janeiro: Paz e Terra.
- Humboldt, Wilhelm von (1991). *La Diversità delle Lingue*. Bari: Laterza.
- Jovellanos, Gaspar Melchor de (1982). *Escritos políticos y filosóficos*. Buenos Aires: Orbis.

- Landes, David S. (1994). *Prometeu Desacorrentado*. Rio de Janeiro: Nova Fronteira.
- Lange, Oskar (1976). *Economía Política*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Le Goff, Jacques (1993). *A Idade Média e o Dinheiro*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- López Piñero, José María (2002). *La Medicina en la Historia*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- Marx, Karl (2011). *O 18 Brumário de Luís Bonaparte*. San Pablo: Boitempo.
- Mayer, Arno J. (1997). *A Força da Tradição. A persistência do Antigo Regime*. San Pablo, Companhia das Letras.
- Meiskins Woods, Ellen (2002). *The Origins of Capitalism. A longer view*. Londres: Verso Books.
- Meyer, Jean (1981). *Les Capitalismes*. París: Presses Universitaires de France.
- Muller-Armack, Alfred (1986). *Genealogía de los Estilos Económicos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Pernoud, Regine (1973). *As Origens da Burguesia*. Lisboa, Europa-América.
- Pieri, Piero (1964). *Formazione e Sviluppo delle Grande Monarchie Europee*. Milán: Marzorati.
- Renard, Georges (1980). *Historia del Trabajo en Florencia*. Buenos Aires, Heliasta.
- Rodinson, Maxime (1973). *Islam y capitalismo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Thireau, Jean-Louis (2009). *Introduction Historique au Droit*. París: Flammarion.
- Sauvy, Alfred (1976). *La burocracia*. Buenos Aires: Eudeba.
- Schulze, Hagen (1997). *Estado y Nación en Europa*. Barcelona: Grijalbo-Crítica.
- Sloterdijk, Peter (2007). *Colèreet Temps*. París, Libella-Maren Sell.
- Smit, J.W. (1984). La revolución en los Países Bajos. En: J. H. Elliot et al. *Revoluciones y rebeliones en la Europa Moderna*. Madrid, Alianza.
- Stoye, John (1969). *Europe Unfolding 1648-1688*. Londres: Collins Sons & Co.
- Sombart, Werner (1932). *Le Capitalisme Moderne*. París: Payot.
- (1982). *El burgués*. Madrid: Alianza Editorial.
- Thiesse, Anne-Marie (2003). “A criação das identidades nacionais na Europa”. *Entre Passado e Futuro* N° 5, São Paulo, Universidade de São

Paulo, 2003. Cf. también.

Trevelyan, G. M. (1956). *History of England*. Londres: Longman.

Wolf, Eric (1994). *Europa y la gente sin Historia*. México: Fondo de Cultura Económica.

Weber, Max (1976). *A Ética Protestante e o Espírito do Capitalismo*. São Paulo: Pioneira.

Tigary, Michael E. y Madeleine Levy (1978). *O Direito e a Ascensão do Capitalismo*. Río de Janeiro: Zahar.

Vernant, Jean-Pierre (1986). *As Origens do Pensamento Grego*. São Paulo: Difel.



# Estrategia y táctica en un período revolucionario

El trotskismo norteamericano y la revolución  
europea, 1943-1946

A Pierre Broué y Al Richardson, *in memoriam*

Daniel Gaido y Velia Luparello\*

**E**l inicio de la Segunda Guerra Mundial encontró al trotskismo norteamericano dividido entre dos organizaciones: el Socialist Workers Party (Partido Socialista de los Trabajadores), dirigido por James Cannon, y el Workers Party (Partido de los Trabajadores), conducido por Max Shachtman. La caída de Mussolini, el 24 de julio de 1943, llevó a la aparición de una tercera corriente: una minoría dentro del SWP, dirigida por Felix Morrow, Jean van Heijenoort y Albert Goldman. Contra la línea de los líderes del SWP, según la cual el imperialismo norteamericano operaría en Europa a través de gobiernos al estilo franquista; esta minoría planteaba que se apoyaría en regímenes democráticos para frenar el avance de la revolución y los sostendría con ayuda

\*Daniel Gaido es historiador y profesor de la Universidad Nacional de Córdoba, autor o coautor, entre otros libros, de *Theories of Business Cycles and Capitalist Collapse: The Second International and the Comintern Years*; *The Mass Strike Debate in German Social Democracy* y *The Formative Period of American Capitalism: A Materialist Interpretation*.

Velia Luparello es estudiante de Historia en la Universidad Nacional de Córdoba. Integrante del Programa de Historia Contemporánea del Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad dependiente de Conicet.

económica, y que en esta tarea iban a ser ayudados por los partidos Socialista y Comunista, que revivirían la política de frente popular. La tarea de los trotskistas europeos era entonces quitarle el control de las masas a estos partidos mediante reivindicaciones democráticas y transicionales (la república democrática, la Asamblea Constituyente, etcétera), que ayudarían a los trabajadores a descubrir la agenda antisocialista de sus organizaciones de masas a través de su propia experiencia. El vergonzoso fin de la tendencia de Morrow, Goldman y Heijenoort cerró cualquier posibilidad de un análisis serio de las terribles consecuencias de la política seguida por la dirección del SWP.

### **La revolución italiana y la aparición de una fracción minoritaria en el SWP**

El 5 de marzo de 1943, en la Italia gobernada por el fascismo, los trabajadores de la fábrica Rasetti, en Turín, fueron a la huelga; dos días después, los bloqueos a la producción se habían extendido a nueve fábricas; para fin de mes, muchos lugares de trabajo en las ciudades del norte italiano habían visto alguna forma de huelga, con unos cien mil obreros involucrados. El 10 de julio, los aliados desembarcaron en Sicilia y, nueve días después, Roma era bombardeada por primera vez. El rey Vittorio Emanuele III decidió que su supervivencia dependía de un golpe palaciego que le permitiera deshacerse de Mussolini. El Gran Consejo Fascista, órgano supremo del Partido Fascista, se reunió en Roma el 24 de julio y adoptó una visión crítica del Duce. El día siguiente, cuando Mussolini fue a reunirse con el rey, le pidieron su renuncia y se lo arresta inmediatamente (Mussolini sería rescatado el 12 de septiembre por el oficial de las SS Otto Skorzeny y puesto a la cabeza del Estado títere de la República de Saló hasta su ejecución por los partisanos el 28 de abril de 1945). Los siguientes cuarenta y cinco días, bajo el gobierno del mariscal Pietro Badoglio (25 de julio al 3 de septiembre de 1943), estuvieron marcados por enormes manifestaciones populares que celebraban el fin del fascismo, reprimidas brutalmente por el gobierno. Este incómodo interludio terminó el 3 de septiembre, con la firma del armisticio entre Italia y los aliados, hecho público cinco días después. El rey huyó hacia el sur mientras el ejército se disolvía; más de medio millón de soldados italianos fueron hechos prisioneros y deportados a Alemania. El armisticio de septiembre de 1943 también marcó el inicio de la resistencia italiana, un movimiento partisano contra la ocupación nazi que llegó a tener más de cien mil miembros hacia abril de 1945, de los cuales unos treinta y

cinco mil fueron asesinados (Ginsborg, 1990, 10-12, 70).

Aunque los sufridos italianos no lo supiesen, sus esfuerzos sacudirían al trotskismo norteamericano, ya dividido en dos organizaciones luego de la firma del pacto Molotov-Ribbentrop del 23 de agosto de 1939: el Socialist Workers Party, dirigido por James P. Cannon, que sostenía la caracterización de Trotsky de la Unión Soviética como un “Estado obrero degenerado” y llamaba a su defensa incondicional en caso de un ataque militar, y el Workers Party, dirigido por Max Shachtman, que planteaba que Rusia no era de ninguna manera un Estado obrero, sino un Estado burocrático colectivista.<sup>1</sup> El SWP había tenido “alrededor de 800 a 1.000 miembros” y se dividió “justo a la mitad”, de manera que el nuevo SWP empezó con una militancia probablemente algo menor a 500 miembros, un número que crecería aproximadamente a 1.500 para el final de la guerra (Alexander, 1991, 805, 825). Los acontecimientos italianos dividirían aún más al pequeño movimiento trotskista norteamericano en tres corrientes: junto al WP y el SWP ahora aparecía una tendencia minoritaria dentro del SWP, liderada por Felix Morrow, Jean van Heijenoort y Albert Goldman, quienes se opusieron al análisis de Cannon sobre los sucesos europeos<sup>2</sup>.

Tan temprano como en agosto de 1943, el vocero de la minoría, Felix Morrow, decía en un artículo sobre “La importancia de los sucesos italianos”, publicado en el órgano del partido, *The Militant*:

Echar a Mussolini significaría abrir el camino al retorno de una forma de gobierno al que las masas serían impulsadas a pensar en su propio

1. Véase Trotsky, 1973; Cannon, 1972 y los documentos recolectados por Haberkern y Lipow, 2008. El movimiento trotskista se agrupó alrededor de la Cuarta Internacional, originada en 1923 como una tendencia política conocida como Oposición de Izquierda dentro de la Internacional Comunista, recibió la adhesión de la principal figura del comunismo chino, Chen Duxiu. Permaneció en la Internacional Comunista (Comintern) por una década, hasta el ascenso de Hitler al poder en 1933, ayudado por la política secretaria del “tercer período”, que denunciaba a la socialdemocracia como “socialfascismo”, y rechazaba la política leninista de frente único. Estos hechos persuadieron a Trotsky de que el Comintern no podía ser liberado del control absoluto de Stalin. Para una historia de la Oposición de Izquierda véase Broué, 1997, 570-294. Los documentos fundacionales de la Cuarta Internacional fueron recolectados en Reissner, 1973.

2. “Rompimos definitivamente en julio de 1943. La disputa comenzó con el valor que le otorgábamos a la caída de Mussolini... En los meses entre julio y octubre de 1943 la experiencia italiana se desarrolló y reprodujo el futuro de todo Europa occidental: el desarrollo de la democracia burguesa, el renacer del dominio de los partidos obreros reformistas tradicionales, el rol central de cuestiones como la democracia y la asamblea constituyente, las ilusiones en el imperialismo norteamericano” (Morrow, 1946c, 32).

gobierno, es decir, la forma “democrática” en la que las mayorías parlamentarias aparecen gobernando al país. Este es siempre el último recurso de la clase capitalista en la marea revolucionaria: esconderse detrás de los partidos “Socialista” o “Laborista”, que manejan el gabinete pero, en última instancia, los manejan para los capitalistas cuya propiedad de los medios de producción los hace los gobernantes reales del país... El rey, los generales y los capitalistas [estaban] listos para dejar caer el sistema totalitario de gobierno, una vez que las masas se alzarán al calor revolucionario, y esconderse detrás del frente “democrático” (Morrow, 1943a).

Un mes después, Morrow señalaba que los obreros italianos habían “conseguido del gobierno de Badoglio un acuerdo para elegir comités de fábrica por voto secreto”, y que el Gobierno Militar Aliado para los Territorios Ocupados (AMGOT, por sus siglas en inglés) lo siguió al conceder un “movimiento obrero libre” en el sur (Morrow, 1943b). La aparición de comités de fábrica y la aceptación, por parte del AMGOT, de las elecciones de delegados obreros, revelaba el rol central de la clase obrera en la crisis política italiana. No menos importante: ponía un contenido democrático real en lo que hasta el momento había sido una mera preservación del Estado fascista bajo un nuevo nombre. ¿Esos primeros pasos darían lugar, al menos temporalmente, a la consolidación de las libertades democráticas y las instituciones parlamentarias en el marco del capitalismo, o rápidamente los seguirían los consejos obreros y la revolución socialista? La disputa entre la dirección y la minoría del SWP rozaría, originalmente, esta cuestión.

Los líderes de la minoría del SWP no eran recién llegados al movimiento trotskista; por el contrario, eran sus mayores intelectuales: Felix Morrow escribió el análisis trotskista por excelencia de la Guerra Civil Española (Morrow, 1974; edición española, Morrow, 1978); Jean van Heijenoort (quien escribía bajo los pseudónimos de Marc Loris y de Daniel Logan) podía leer varias lenguas de Europa occidental, así como el ruso, y había sido secretario y guardaespaldas de Trotsky (Van Heijenoort, 1978); y Albert Goldman (usaba el pseudónimo de M. Morrison, produjo una de las más emotivas defensas del socialismo alguna vez hechas frente a una corte estadounidense, durante los juicios de sedición contra el SWP en Minneapolis, durante 1941 (Goldman, 1942). Eran también militantes comprometidos; Morrow y Goldman estuvieron presos (junto a Cannon y otros quince militantes) bajo la Smith Act, por su oposición a las políticas imperialistas del gobierno norteamericano durante la Segunda Guerra. De hecho, el debate entre la minoría y la mayoría del SWP, que comenzó durante el plenario

del comité central del SWP, en octubre de 1943, estuvo marcado por el “caso Minneapolis” y el encarcelamiento de los dieciocho acusados, que cumplieron penas de dieciséis meses desde el 31 de diciembre de 1943; los últimos doce fueron liberados por buen comportamiento el 24 de enero de 1945 (Cannon, 1977, 423). La circulación de los documentos de la minoría en el pleno de octubre de 1943 y el artículo de Morrow de diciembre de 1943, “La primera fase de la revolución europea que se aproxima”, estuvo limitada a los miembros del comité nacional únicamente, ya que Cannon impuso que los documentos no se publicaran frente al resto de los miembros del partido hasta que sus dirigentes no volvieran de la cárcel.<sup>3</sup>

### **Las enmiendas de Morrows y Morrison a las resoluciones del plenario de octubre de 1943**

Un mes después de que la Corte de Apelaciones de los Estados Unidos en Saint Louis mantuviera las condenas que los líderes del partido habían recibido en el juicio de Minneapolis por la Smith Act de 1941, el comité nacional del SWP desarrolló un plenario de cuatro días en Nueva York, del 29 de octubre al 1° de noviembre de 1943<sup>4</sup>. Fue en este plenario de octubre de 1943 que las diferencias tácticas entre la minoría de Morrow, Goldman y Heijenoort, y la mayoría liderada por Cannon, salieron a flote. Los principales voceros de la posición de la mayoría serían E.R. Frank (pseudónimo de Bert Cochran), William Warde (George Novack) y William Simmons (Arne Swabeck), con un poco de ayuda de Michel Pablo (Michalis N. Raptis) de Francia (véase Pablo, 1946). El informante por la mayoría sobre la cuestión rusa fue Joseph Vanzler (mejor conocido por su pseudónimo, John G. Wright) que conscientemente restó importancia al rol contrarrevolu-

3. “Los miembros de la mayoría del SWP no solamente prohibieron la publicación de los documentos de la minoría en *Cuarta Internacional* luego del plenario [de octubre de 1943], sino que prohibieron su distribución dentro de las filas del propio partido. El pretexto era que, dado que los líderes de la mayoría y los de la minoría pronto irían a prisión, los documentos no debieran publicarse hasta que los mismos no volvieran. Los documentos estuvieron finalmente disponibles para los miembros del SWP la noche previa a su Convención de noviembre de 1944. Tampoco esto sucedió porque el partido se abriera a las súplicas de los militantes de la minoría, fue sólo porque uno de los documentos había llegado al Workers Party y éste lo había publicado. Aun así, los documentos de la minoría no fueron enviados a Europa. Cuando volví de prisión, a fines de enero de 1945, me encontré con que las visiones de la minoría sobre las cuestiones europeas eran aún desconocidas en el continente” (Morrow, 1945,49).

4. Véase “5th Wartime Plenum of SWP Meets in New York: Fifteenth Anniversary of the Founding of American Trotskism Celebrated at Banquet in New York As Party Records New Gains”, *The Militant*, Vol. 7, N° 45 (6 de noviembre de 1943), 1-2.

cionario jugado por el Ejército Rojo en Europa del Este (véase Jacobs, 1944, 8-13).

En su “Informe al plenario”, Felix Morrow señalaba que la importancia de la resolución que se votaría iba más allá de las fronteras de Norteamérica y que tendría un impacto determinante en el futuro de la Cuarta Internacional (la organización que nucleaba a los partidos trotskistas de todo el mundo), especialmente en Europa, en ese momento el centro del movimiento revolucionario mundial:

El objetivo de escribir una resolución internacional en estos tiempos debiera ser tenido en mente. Vivimos bajo condiciones extraordinariamente favorables, en contraste con la situación de nuestros camaradas europeos. Somos un partido legal, tenemos acceso a información que le es negada a nuestros compañeros en la clandestinidad, tenemos cierto tiempo para pensar sin las terribles condiciones de hostigamiento que persiguen a nuestros camaradas europeos. Gracias nuestra buena suerte, nos encontramos en una posición de ser, en esencia, los guardianes de la Cuarta Internacional. Permitámonos esperar que ejecutemos esta “tutela” con toda la responsabilidad moral y política que le debemos.

Si los partidos de nuestros compañeros europeos estuvieran funcionando, y en comunicación entre ellos y con nosotros, nuestra resolución internacional sería simplemente una de la muchas contribuciones a una resolución sobre la Cuarta Internacional. Desafortunadamente, no es el caso. Nuestra resolución debe servir, en realidad, como la resolución determinante de la Cuarta Internacional (Morrow, 1944a, 25).<sup>5</sup>

De las enmiendas a la Resolución Internacional propuestas por Morrow, la más importante era la 23, que negaba cualquier determinación de los procesos políticos por la decadencia de la economía del imperialismo de forma inmediata y directa:

El hecho de que las precondiciones económicas para un extenso período de democracia burguesa en Europa han desaparecido, no pone, sin embargo, un fin al rol que la democracia burguesa puede jugar para detener el avance de la revolución proletaria. Así como el fascismo sirvió para mantener a raya a las masas, la democracia burguesa intentará ahora desorientar la lucha revolucionaria contra el fascismo. Cuando ningún otro escudo puede protegerlas, las fuerzas del capital se repliegan detrás

5. “El debate en el SWP durante los dos últimos años no ha sido, de ninguna manera, un debate particular del partido norteamericano. Fue desde el principio un debate sobre cuestiones que son mucho más importantes para Europa, en primera instancia, que para los Estados Unidos” (Morrow, 1945f, 49).

de la protección de la república democrática. Este fenómeno, con toda probabilidad, aparece en nuestra época como ha sucedido en períodos previos (Morrow, 1944b, 14).

La siguiente sección de las enmiendas de Morrows llevaban el punto de referencia a los recientes sucesos italianos: “Mañana, si es necesario, el régimen de Badoglio concederá elecciones generales, así como aceptó los comités de fábrica”. Eran, por supuesto, las masas las que habían luchado por esos derechos democráticos contra sus opresores. “Pero los opresores entienden la necesidad de aceptar esos derechos democráticos cuando no hay otra alternativa” (Morrow, 1944b, 15). Morrow concluía: “Los sucesos en Italia indican que, luego del colapso del fascismo, la burguesía está preparada para evolucionar en la dirección del gobierno democrático-burgués”. Con seguridad, el colapso del nazismo resultaría, igualmente, en “un intento de la burguesía alemana de salvaguardar su poder detrás de formas democrático-burguesas” (Morrow, 1943d, 15). Esta estrategia de la burguesía europea, junto con el imperialismo norteamericano, sería ayudada en un principio por la inevitable revitalización de las ilusiones democráticas entre considerables porciones de las masas, dada la “intensificación de los sentimientos nacionales en Europa como resultado de la lucha contra la ocupación nazi”, la falta de experiencia directa con la democracia burguesa de la generación más joven y la disposición tanto de la socialdemocracia como del stalinismo -que la experiencia italiana indica emergerán como “los principales partidos en el primer período luego del colapso del nazismo y sus colaboradores”- para desviar la energía revolucionaria de las masas en dirección a una política de colaboración de clases conocida como el frente popular, en el que los partidos obreros renuncian a la aplicación del programa socialista (Morrow, 1944b, 15).

En cuanto a la “intensificación de los sentimientos nacionales en Europa como resultado de la lucha contra la ocupación nazi”, debiera señalarse que el debate en el plenario de octubre de 1943 había sido precedido de un intercambio sobre la cuestión nacional, desencadenado por tres tesis traídas por un grupo de exiliados alemanes, quienes pedían apoyo para la “lucha por la liberación nacional” que entonces tenía lugar bajo la ocupación nazi, planteando que “estas son reivindicaciones *democráticas*, que deben *siempre y en cualquier lugar*, ser apoyadas” (Internationale kommunisten Deutschlands, respondida por Morrow, 1942). Esta necesidad de “participación en el actual

movimiento de resistencia” también había sido enfatizada por Van Heijenoort, cuyos antecedentes europeos posiblemente lo hacían más sensible a esta problemática: “La consigna de liberación nacional ha jugado hasta el presente y continuará jugando por algún tiempo un papel importante en reagrupar a las masas, superando la atomización y arrastrándolas a la lucha política. Eso es más que suficiente para que aparezca en nuestras banderas” (Van Heijenoort, 1942, 337-338). Morrow más tarde criticaría su disposición a llegar a compromisos con el liderazgo de Cannon sobre la importancia de la cuestión nacional en Europa Occidental, planteando que reforzaba “la tendencia sectaria del partido francés luego de 1943” (Morrow, 1946c, 31).<sup>6</sup>

Morrow deducía de su análisis la conclusión táctica de que “sólo los cuadros” serían “reclutados por nuestro programa de Estados Unidos Socialistas de Europa”. Para ganar a las masas sería necesario acercarnos a ellos “tal cual los encontramos, con toda su inexperiencia e ilusiones”. Los trotskistas debían, entonces, “aparecer como los más resueltos luchadores por las reivindicaciones democráticas: libertad de asamblea y elecciones, libertad de prensa, a los sindicatos y a los partidos políticos, etc.” así como de “demandas de transición, trabajo, seguridad social, control obrero de la producción, etc.” (Morrow, 1944b, 15-16). El objetivo de las consignas democráticas y de transición era permitir a los trotskistas europeos disipar las ilusiones de los trabajadores en los regímenes democrático-burgueses, los partidos reformistas y sus líderes *a través de la propia experiencia de las masas*.

Una sección especial en las enmiendas de Morrow estaba dedicada

6. “Bajo la presión de los ataques de la mayoría del comité sobre algunas de las formulaciones de Logan, cometí el error de intentar reconciliar la posición de Logan con la de la mayoría. Y me uní a la mayoría en el ataque a la posición de la sección alemana en la cuestión nacional, que sostenía, en general en términos extremos, en esencia una posición idéntica a la de Hicyn Cordier. La más que podía haber dicho contra ella era que se trataba de un énfasis derechista dentro de una posición fundamentalmente correcta de integración en el movimiento de resistencia nacional. Sin embargo, acusé a los camaradas alemanes de revisionistas. Mi confusión sobre la cuestión nacional se aclaró muy lentamente. Es muy difícil para un norteamericano entender la cuestión nacional. Así que tengo que compartir mi parte de responsabilidad por los resultados. La posición de la sección alemana se convirtió en anatema, ni publicada ni analizada seriamente en nuestra prensa sino convertida en pecado por la simple repetición de chicanas contra ella. Esto no habría importado demasiado si el partido francés hubiera sido capaz de desarrollar un trabajo dentro de su propio movimiento de resistencia. Pero luego vino la tragedia de octubre de 1943, cuando Hic y casi todos los compañeros fueron secuestrados por la Gestapo. Con Hic y otros muriendo en campos de concentración, el descabezado partido cayó en las manos de compañeros sin experiencia y extranjeros que dieron la espalda al movimiento de resistencia” (Morrow, 1946b, 31).

al “Rol de los Estados Unidos en Europa”. Mientras el borrador de la resolución planteaba que el imperialismo norteamericano recurriría a gobiernos “del tipo franquista”<sup>7</sup> o, como aparecía directamente en *The Militant*, a “traidores”<sup>8</sup>, Morrow enfatizaba que los *objetivos subjetivos* de la clase dominante en los Estados Unidos y Gran Bretaña, en los que la dirección del SWP apoyaba sus pronósticos, chocaría con otros factores, como la resistencia de las clases dominantes del continente, que tenían sus propios objetivos imperialistas:

El tipo de resistencia que el imperialismo norteamericano encontrará de otros imperialismos es señalado por la debacle de su política hacia Francia. Pretendió imponer a Darlan-Giraud, el más dócil agente que pudo encontrar, sobre el pueblo francés. Pero esto se demostró imposible incluso antes de la intervención de las masas francesas. Los gaullistas, representando al imperialismo francés, pero apoyados por el nacionalismo y el stalinismo, fueron capaces de frustrar los planes de Washington. Roosevelt debió conciliar, sobre una base inestable, con las fuerzas gaullistas-stalinistas. El imperialismo francés, de seguro, resistirá la dominación de Washington incluso con más fuerza cuando Francia sea reconquistada (Morrow, 1944b, 16).

No menos importante para determinar el desenlace serían la resistencia de los obreros europeos a los planes imperialistas y la presión de las masas norteamericanas y británicas contra la imposición de dictaduras. La minoría, por lo tanto, veía una evolución de Europa hacia la democracia burguesa como resultado objetivo de la lucha de clases y del enfrentamiento entre clases capitalistas: “pronto Washington deberá, muy probablemente, ‘aceptar’ regímenes democráticos en Europa por las mismas razones que impulsaron a la burguesía italiana y alemana en la misma dirección. La fuerza militar por sí sola es insuficiente para alcanzar las metas del imperialismo norteamericano; deberá recurrir también al engaño, es decir a la democracia burguesa” (Morrow,

7. “El imperialismo anglo-norteamericano... pretende imponer una nueva forma de servidumbre sobre los pueblos de Europa. Proponen aplastar cualquier manifestación de independencia revolucionaria de los obreros europeos y establecer dictaduras militar-monárquico-clericales bajo el tutelaje y la hegemonía de las grandes empresas anglo-norteamericanas... Los aliados no se pueden permitir la sanción de la más mínima democracia en Europa... La alternativa, desde el punto de vista de Roosevelt-Churchill, son los gobiernos de tipo franquista o el fantasma de la revolución socialista” (Resoluciones del comité, SWP, 1943, 7).

8. “Los aliados pretenden dominar Europa a través de traidores”, decía el titular de *The Militant* el 23 de octubre de 1943 (Adamson, 1943).

1944b, 17). De acuerdo con el relato posterior de Morrow:

Hubo mucha indignación en el plenario, especialmente del camarada Cannon, cuando definí a los gaullistas como una tendencia democrático-burguesa. La mayoría no podía entender un fenómeno tan simple como que una parte de la clase capitalista francesa, primero para resistir al imperialismo alemán y luego para resistir a la dominación norteamericana, se apoyara por un período en las masas a través de los partidos reformistas. Por lo tanto, la mayoría rechazó las enmiendas [arriba citadas] de la minoría” (Morrow, 1945b, 21).

Finalmente, en contrapartida con el énfasis del borrador de resolución en los efectos revolucionarios de las victorias del Ejército Rojo y la creciente división entre la Unión Soviética y sus aliados capitalistas, Morrow insistía en ver las dos caras de las victorias soviéticas, planteando que no se trataba solamente de consecuencias progresivas. Un acuerdo entre Stalin y el imperialismo anglo-americano no debía descartarse porque “el Kremlin comparte con el imperialismo el temor a la revolución proletaria en Europa, que incitaría a las masas soviéticas a acabar con la burocracia reaccionaria”. En sus intentos por acordar con el imperialismo anglo-americano, “el Kremlin subordina al movimiento obrero dominado por el stalinismo a la burguesía de esos países. En esencia, es la continuación de la política contrarrevolucionaria del frente popular”. Las consecuencias de esta política serían incluso más peligrosas para la revolución que en la década de 1930, dado que las victorias del Ejército Rojo le habían dado a la Unión Soviética un prestigio enorme entre las masas europeas:

Hasta que las masas soviéticas no derroquen a Stalin y su camarilla, el prestigio de la Unión Soviética será apropiado por la burocracia parásita. La influencia política e ideológica del stalinismo no cederá en estas condiciones. Los sucesos italianos nos han mostrado la capacidad del stalinismo de pervertir la lucha de los obreros, desmoralizar y traicionar a la clase obrera. Los stalinistas son la principal fuerza organizada hoy en la clase obrera europea. Debemos alertar a los obreros contra el terrible peligro que el stalinismo entraña para ellos. El proletariado europeo no debe permitir nunca más que el stalinismo aplaste la revolución como lo hizo en España (Morrow, 1944b, 18-19).

Las enmiendas de Morrow terminaban con un llamado a la liberación de los movimientos partisanos de Grecia y Yugoslavia “de la subordinación de las políticas nacional-conservadoras del Kremlin”

y “¡por repúblicas soviéticas independientes de Yugoslavia, Grecia y Polonia!” (Morrow, 1944b, 20). Este llamado era particularmente profético a la luz de los sucesos posteriores en Grecia, donde el stalinismo estranguló el movimiento revolucionario y ante la entrega de los luchadores del Gueto de Varsovia a los ejecutores nazis en 1944 (para un relato contemporáneo a los hechos, véase Zaremba, 1997; para un estudio académico reciente, Borodziej, 2006). Las enmiendas de Goldman al borrador de resolución básicamente apoyaban el documento de Morrow (Goldman, 1944).

### **Ultraizquierdismo y reivindicaciones democráticas**

En su artículo “La primera fase de la revolución europea que se viene: una crítica a la resolución internacional del plenario del XV aniversario [de octubre de 1943]” (Morrow, 1944c)<sup>9</sup>, Morrow resumía “las diferencias fundamentales entre las enmiendas de Morrow y Morrison y el borrador de la resolución” en dos proposiciones:

- 1) El borrador se equivoca al excluir la posibilidad del uso de los métodos democrático-burgueses por la burguesía europea y su amo, el imperialismo norteamericano; intentarán, con toda probabilidad, detener la revolución europea no sólo con el uso de dictaduras militares y fascistas, sino también, donde sea necesario, con el uso de la democracia burguesa.
- 2) El borrador se equivoca al minimizar el peligro stalinista, debemos reconocer que las victorias del Ejército Rojo reforzarán temporalmente el prestigio del stalinismo; y debemos, por lo tanto, incluir en la resolución una advertencia sobre el peligro, muy real, del stalinismo sobre la revolución europea (Morrow, 1944c, 370).

Según Morrow, la resolución final incluyó algunas frases de las enmiendas de él mismo y de Morrison; mientras, al mismo tiempo, mantenía las formulaciones del borrador original que estaban en flagrante contradicción con las modificaciones incorporadas.

Contra la insistencia de la dirección del SWP sobre el peligro del oportunismo, Morrow insistió en el riesgo que el ultraizquierdismo implicaba para los pequeños e inexpertos grupos trotskistas en Europa. Criticó el énfasis puesto en el programa máximo, en particular en la

9. El artículo fue escrito en diciembre de 1943, pero circuló por primera vez en el Boletín Interno del SWP en septiembre de 1944 e impreso en Fourth International en diciembre de ese año; es decir, un año después. Véase el posterior comentario de Morrow: “La resolución del plenario de octubre de 1943 era una bravata ultraizquierdista que sólo podía servir para desorientar a la Cuarta Internacional” (1945f, 49)

consigna “por los Estados Unidos Socialistas de Europa”, porque parecía abstracta para gente que estaba metida en medio de una lucha brutal por la liberación nacional contra la ocupación militar nazi. En cambio, Morrow sostenía que las tácticas debían adaptarse al nivel de la conciencia política de las masas, lanzando consignas que se vincularan con sus problemas inmediatos. Morrow preveía la revitalización de las ilusiones democráticas entre considerables porciones de las masas, como lo demostraba la re-emergencia de los partidos obreros tradicionales, así como partidos de centro y liberal-democráticos en Italia, que retrasarían los tiempos de la revolución europea. Esto hacía aún más necesarias las consignas democráticas y transicionales, como forma de disputarle las masas a estos partidos, en particular a los partidos stalinistas y social-demócratas. Entonces, por ejemplo, la demanda de una república en Italia expondría frente a los seguidores del Partido Comunista italiano el significado de la *svolta di Salerno* de Palmiro Togliatti; es decir, su decisión, por orden de Stalin, de apoyar el gabinete monárquico del mariscal Pietro Badoglio a su retorno a Italia en marzo de 1944 (Agarossi y Zaslavsky, 2011, 72).

### **Los métodos del imperialismo norteamericano y la burguesía democrática**

Morrow insistía en que había que sopesar correctamente “el hecho innegable de que una parte considerable de las masas italianas dio una entusiasta bienvenida a las tropas norteamericanas”. En el futuro inmediato, “el chantaje encubierto de comida y promesas de ayuda económica estadounidense (...) jugaría un rol fundamental en moldear los sucesos italianos” y este proceso se repetiría en el resto de Europa. El imperialismo norteamericano “aparecería” por un tiempo “ante las masas europeas en un disfraz muy distinto al del imperialismo alemán”. Esta diferencia se debía a los distintos recursos económicos de los Estados Unidos y Alemania.

A diferencia de la ocupación nazi, la ocupación norteamericana será seguida de un mejoramiento de los suministros de comida y de la situación económica en general. Donde los nazis se llevaron la maquinaria fabril y los medios de transporte, los americanos los traían consigo. Estos contrastes económicos, que por supuesto eran consecuencia del contraste de los limitados recursos del capitalismo alemán y los mucho más amplios recursos aún en manos del capitalismo norteamericano, no pueden evitar, durante cierto tiempo, tener consecuencias políticas” (Morrow, 1944c, 374).

Por lo tanto, Morrow concluía que era falso establecer, como hacía el plenario de octubre de 1943, que los imperialismos anglo-norteamericano y alemán fueran “igualmente depredadores”<sup>10</sup>. “Igualmente imperialista, sí, pero no ‘igualmente depredadores’”, remarcaba Morrow (ibíd). Una táctica correcta para las secciones de la Cuarta Internacional sólo puede basarse en una estimación precisa de los diferentes imperialismos en Europa. La penetración imperialista de los Estados Unidos en los países ocupados, advertía Morrow, no tendría lugar a través de “gobiernos títere; por ejemplo, regímenes que gobernarán sólo a través del uso de la fuerza y el terror, y que no tuvieran ningún apoyo de las masas”. Con la ayuda de los partidos stalinistas, socialdemócratas y democrático-burgueses, podría lograr una mayoría electoral en elecciones tan libres como las de Italia antes de 1921”. Más que depender de “gobiernos de tipo franquista” o “dictaduras militares-monárquico-clericales” estabilizaría el capitalismo europeo mediante “el uso de regímenes democrático-burgueses” (Morrow, 1944c, 374).

### **La relación entre los objetivos últimos y las reivindicaciones inmediatas: consignas de cuadros y consignas de masas**

En su crítica a la Resolución internacional del plenario de octubre de 1943, Morrow ya había señalado la diferencia entre programa fundamental y consignas de masas; por ejemplo, entre demandas máximas destinadas a miembros de la organización revolucionaria y demandas cuyo propósito era la movilización política de las masas basadas en su actual conciencia política<sup>11</sup>. En su defensa de una consigna de masas, como “por una república democrática” en Italia, la minoría explicaba que la lucha por las demandas democráticas no implicaba la lucha por la democracia burguesa como un sistema capaz de resolver los proble-

10. “Europa, hoy esclavizada por los nazis, será mañana invadida por el igualmente depredador imperialismo anglo-norteamericano” (Plenario del XV aniversario del SWP, 1943, 331).

11. “La consigna de una época no es la misma cosa que la consigna o consignas bajo las cuales el partido dirige a las masas hacia la revolución. El clásico ejemplo de una consigna central, la consigna que determina por completo el curso de un partido revolucionario en determinado período, es la consigna levantada por Lenin, ‘transformar la guerra imperialista en guerra civil’. Esta era la consigna central sin ser, sin embargo, la consigna para las masas. Esta consigna central era para el partido, para los cuadros. Es decir, servía para educar al partido, pero no mostraba cómo ganar a las masas a la revolución proletaria. Trotsky una vez caracterizó ‘transformar la guerra imperialista en guerra civil’ como una fórmula algebraica cuyo contenido concreto todavía debía ser encontrado, y lo fue, en ‘todo el poder a los soviets’ y otras consignas” (Morrow, 1944c, 375).

mas a los que se enfrentaban las masas. La lógica política de levantar consignas de masas era distinta:

Enunciar nuestros conceptos programáticos fundamentales no resuelve el problema de todos los problemas: ganar a las mayorías a nuestra consigna. Las masas no se toman el trabajo de estudiar las ideas programáticas fundamentales de los variados partidos y siguen al partido que, para ellas, aparece siguiendo el programa históricamente correcto. Sólo el sector más avanzado actúa de esa manera. Es sólo en el curso de la lucha por todas sus reivindicaciones inmediatas que las masas ven la necesidad de seguir al partido que las quiere guiar al poder. Sólo si participamos de las luchas de las masas, si les demostramos que nos interesamos no sólo en el fin último, sino también en sus necesidades inmediatas, es que podremos ganar su confianza y atraerlas a nuestro programa (Goldman, 1945a, 4).

La cuestión fundamental era adaptar la táctica al nivel de la conciencia política de las masas y atravesar con ellas sus luchas, de modo de seguir los preceptos propuestos por Trotsky en el *Programa de Transición* (Van Heijenoort, 1945, 214).<sup>12</sup>

En el artículo “Algunos argumentos escuchados contra la consigna de la República Italiana”, escrito el 30 de julio de 1945 y publicado en el Boletín Interno del SWP, Morrow sostenía que “la tarea de las tareas” era “romper el lazo que los partidos Socialista y Comunista tienen sobre las masas y atraerlas hacia la Cuarta Internacional” (Morrow, 1945e, 1). Pero esto no podía hacerse “ganando a las masas directamente a la totalidad de nuestro programa, es decir a través de la propaganda por la Italia soviética o los Estados Unidos Socialistas de Europa”. Morrow explicaba la diferencia entre consignas de cuadros y consignas de masas refiriéndose a la famosa distinción marxista entre propaganda y agitación (Lenin, 1897, 332-333):

12. No había nada particularmente trotskista en el método de las reivindicaciones transicionales: había sido abiertamente discutido en el Cuarto Congreso de la Internacional Comunista en 1922 (Riddell, 2011) y Karl Radek incluso escribió un borrador de programa de transición en 1923: “nos diferenciamos de los otros partidos obreros, no sólo por la consigna de la dictadura del proletariado y el régimen soviético, sino también por las reivindicaciones de transición. Mientras las demandas de los partidos socialdemócratas son pensadas para ser llevadas a cabo en el marco del capitalismo y para reformarlo, nuestras demandas sirven en la lucha de la clase obrera por tomar el poder y destruir al capitalismo. Eso es lo que debiera estar claramente expresado en nuestro programa de transición” (Radek, 1923, 128).

A través de la propaganda se ganan cuadros, pero no los elementos para un partido de masas; incluso los cuadros no se acercan a nosotros, en general, por nuestra propaganda, son ganados al ver que el partido tiene la flexibilidad para agitar exitosamente entre los obreros que aún no son revolucionarios o que, si piensan en la revolución, no saben qué hacer; es decir, que el partido es capaz de hacer que los obreros den un paso adelante (Morrow, 1945e, 1).

Morrow trataba entonces de explicar cómo aplicar la lógica del *Programa de Transición* a la situación concreta de la Italia de posguerra, donde las masas estaban conmovidas políticamente, pero seguían a los partidos reformistas:

La tarea de nuestro partido italiano en el plano de la agitación es mostrar a los miembros de los partidos Comunista y Socialista una serie de pasos que tienen que ser dados por sus partidos. Estos pasos deben parecer razonables a las masas, realizables. *Nosotros* sabemos que sus partidos, reformistas y colaboracionistas de clase, se resistirán a llevar adelante nuestros pasos. Pero sus miembros no lo saben. Al convencerlos de la necesidad de estos pasos, al instarlos a demandarlos a sus líderes, enseñaremos a las masas a ser críticos con sus partidos y abrir la cabeza al partido de la Cuarta Internacional (Morrow, 1945e, 1-2).

La advertencia de Morrow fue desatendida, lo cual no es sorprendente si se tiene en cuenta que “el SWP se tomó cuatro meses, y sólo después de una moción de la minoría, para publicar el programa de acción” de los trotskistas italianos, que había sido recibido a fines de noviembre de 1944, porque sus primeras cinco demandas eran puramente democráticas, empezando por “abolición de la monarquía e instauración de una república democrática” (Van Heijenoort, 1945, 215).<sup>13</sup>

### **La naturaleza de los gobiernos italianos**

Morrow criticó el editorial del 10 de junio de 1944 de *The Militant*,

13. El programa comenzaba: “El Partido Comunista de los Trabajadores afirma su posición de lucha contra la colaboración con el gobierno o con los Comités de la Liberación Nacional, y por la formación de un gobierno socialcomunista sobre el siguiente programa de transición: 1) abolición de la monarquía e instauración de una república democrática; 2) libertad de prensa, de organización, de manifestación, de huelga, etc.; 3) Asamblea Constituyente y elecciones inmediatas con la participación de todos los partidos; 4) *derecho al voto universal, secreto y directo para todos los ciudadanos, soldados y miembros de ambos sexos mayores de 18 años*; 5) completa separación de la Iglesia y el Estado; aplicación de impuestos progresivos a las riquezas y propiedades de la Iglesia” (Partido Comunista Obrero de Italia, 1944, 3).

según el cual Churchill “salió inequívocamente en apoyo de las dictaduras policiales y militares” porque “dijo que el gobierno de Badoglio es muy bueno” (Breitman, 1944). Señaló que el SWP debiera haber distinguido entre el primer gobierno de Badoglio (25 de julio de 1943 al 7 de abril de 1944) “que podría correctamente llamarse dictadura policial y militar” y su segundo gabinete (22 de abril al 8 de junio de 1944), una coalición de seis partidos que era “algo bastante distinto”, porque “la clave del carácter del gobierno” no era quién lo encabezaba sino “qué partidos lo apoyaban”; era “apoyado por los partidos mayoritarios de la Italia ocupada por los aliados” (Morrow, 1944d, 24).<sup>14</sup>

Las ideas de Morrow fueron desarrolladas por Van Heijenoort en un artículo sobre el borrador de resolución para la Sexta Convención del SWP, que se reuniría en noviembre de 1944.<sup>15</sup> Van Heijenoort observaba que “el borrador de resolución explica correctamente, en veinte puntos, que, luego de la entrada a Roma de los Aliados [el 5 de junio de 1944], el gobierno de Badoglio ‘simplemente se disolvió bajo la hostilidad de las masas’”. Enfatizaba la importancia de las reivindicaciones democráticas en tal situación política: “Entre todos los tira y afloja entre monárquicos, muertos vivos del liberalismo y stalinistas-realistas, el partido revolucionario debe responder con un grito: ¡Inmediata proclamación de la República! ¡Que se arreste al rey, al príncipe heredero y a toda la familia real! ¡Confiscación inmediata de todas las propiedades reales en beneficio del pueblo!” (Van Heijenoort, 1944, 31). Una vez establecida la república democrática, añadía Van Heijenoort, los revolucionarios debían exigir las formas más democráticas dentro del régimen democrático-burgués. Como un parlamento unicameral en vez de bicameral, elecciones inmediatas, etcétera. Entonces, cuando la marea revolucionaria estuviera suficientemente alta, exigirían la expulsión del gobierno de los representantes de los partidos de la burguesía y llamarían a los líderes reformistas a tomar el poder, si lograban el apoyo de las masas. En ese contexto

14. Estos análisis sectarios no se limitaban a Italia, sino que se aplicaban sistemáticamente a toda Europa. Por ejemplo, el SWP “no encontraba ninguna diferencia entre el primer gabinete de Papandreu (26 de abril al 2 de diciembre de 1944), que incluía al EAM (el Frente de Liberación Nacional, que en Grecia era dominado por el Partido Comunista) y el segundo (2 de diciembre de 1944 al 3 de enero de 1945) que no lo incluía” (Morrow, 1945b, 13).

15. El artículo de van Heijenoort “Sobre la situación europea y nuestras tareas”, fechado el 9 de julio de 1944, fue publicado por el Boletín Interno del SWP de octubre de 1944, medio año después de que fuera escrito, y reimpresso en el número de enero-febrero de 1945.

“la consigna que debiera pronto ganar importancia sería: ¡Togliatti y Nenni al gobierno!”; es decir, un gobierno de los partidos Socialista y Comunista, que serían entonces apoyados por la amplia mayoría de la clase trabajadora italiana (Van Heijenoort, 1944, 62). Sólo con este tipo de experiencias, primero la clase obrera italiana y luego las masas obreras de Europa llegarían a la conciencia de clase socialista, no tirándoles consignas de máxima como los Estados Unidos Socialistas de Europa.

### **La Convención del SWP de noviembre de 1944 y la defensa de la revolución europea contra el stalinismo**

Para noviembre de 1944 ya era obvio que la resolución del Plenario de octubre de 1943 había fracasado en prever el curso de los acontecimientos en Europa y en orientar a los cuadros trotskistas con las tácticas que requería la situación política. Sin embargo, a pesar del informe de la minoría a la Convención sobre “la importancia del interludio democrático”<sup>16</sup>, la resolución adoptada por la Sexta Convención del SWP en noviembre de 1944 decía en su comienzo que “los sucesos de los últimos nueve meses sirven para subrayar la validez de nuestro análisis previo de la situación internacional” (Sexta Convención del SWP, 1944, 361).<sup>17</sup>

De todos modos, la mayoría se vio forzada a hacer una concesión en la resolución adoptada en la Convención de noviembre de 1944, bajo la presión de la viuda de Trotsky, Natalia Sedova. Uno de los colaboradores de Cannon, Farrell Dobbs, quien en ese momento cumplía sentencia en la cárcel de Sandstone, había enviado una carta que criticaba agudamente el editorial del 19 de agosto de 1944 de *The Militant*: “la traición de Varsovia”, puesto que, según decía, no había tomado la cuestión de

*la tarea de las fuerzas guerrilleras, y en estas circunstancias eso es lo que eran los destacamentos de Varsovia, de subordinarse al alto mando del ejército principal, el Ejército Rojo, en tiempos de una batalla tan importante como el sitio de Varsovia. Por el contrario, el editorial parece tomar como*

16. “Nuestro criterio de un interludio democrático, desde el punto de vista de las demandas democráticas y de transición... Los regímenes que ahora tenemos en Italia y Francia son regímenes transitorios con una mezcla de bonapartismo y características democráticas” (Morrow, 1945a, 15-16).

17. El vocero de la mayoría, E.R. Frank (Bert Cochran), puso la perspectiva política de la mayoría en su forma más burda: “La democracia burguesa es incompatible con la continuidad del capitalismo en Europa” (Cochran, 1944, 379).

punto de partida la asunción de que una rebelión proletaria en gran escala sucedió en Varsovia y que Stalin maniobró deliberadamente para permitir a Hitler aplastar la revuelta... Estamos seriamente preocupados de la ligereza para escribir sobre un asunto tan crucial (carta de Dobbs fechada el 23 de agosto de 1944, citada por Jacobs, 1944, 34).

Esta apología de la entrega de la Comuna de Varsovia a las manos de Hitler por parte de Stalin y el llamado a las guerrillas polacas a “subordinarse” a los generales de Stalin impulsó a la viuda de Trotsky a una respuesta inmediata. En una carta fechada el 23 de septiembre de 1944, decía: “*no* propongo que eliminemos la consigna ‘defensa de la Unión Soviética’ pero encuentro que debe ser colocada en un segundo o tercer lugar”. La consigna de defensa militar de la URSS “*se coloca en un segundo plano ante los nuevos acontecimientos*”, léase las victorias del Ejército Rojo y el alto prestigio del stalinismo. La única alternativa para la Unión Soviética, insistía Natalia Sedova, eran “el socialismo o la restauración del capitalismo”:

Un peligro mortal amenaza la tierra de los Soviets, y la fuente de ese peligro es la burocracia soviética (el enemigo interno). La guerra no ha terminado; el enemigo externo existe. Pero al principio de la guerra lo veíamos como el más peligroso, y la lucha contra el régimen burocrático cedía su lugar a la lucha militar; en el presente, las cosas deben volver a darse vuelta (Sedova, 1944a, 24-25; véase el énfasis en esta misma idea en Sedova, 1944b).

Cannon se apresuró a coincidir con su análisis en una carta publicada en el mismo número del Boletín Interno de octubre de 1944 (Cannon, 1944, 29). La parte de la resolución adoptada en la Convención del SWP de noviembre de 1944, que trataba sobre la Unión Soviética, decía entonces:

Durante el período el que la maquinaria militar nazi amenazaba la destrucción de la Unión Soviética, pusimos al frente la consigna de la defensa incondicional de la Unión Soviética contra el ataque imperialista. Para mí, la lucha por la defensa de la Unión Soviética contra las fuerzas de ocupación nazi fue esencialmente ganada. El “Nuevo Orden de Europa” de Hitler ya colapsó. La realidad actual es el comienzo de la revolución europea, la ocupación militar del continente por las tropas de los ejércitos anglo-americanos y Rojo, y la conspiración de los imperialismos y la burocracia del Kremlin para estrangular la revolución. Por lo tanto, ponemos por delante y enfatizamos hoy la sección de nuestro

programa expresada en la consigna: Defensa de la revolución europea contra todos sus enemigos. La defensa de la revolución europea coincide con una genuina defensa revolucionaria de la URSS (Sexta Convención del SWP, 1944, 367).

### **“Un balance de la discusión sobre Europa”**

Al volver de la cárcel, el 25 de enero de 1945, dos meses después de la Convención de noviembre de 1944, Morrow escribió dos reseñas del debate que hasta el momento había tenido lugar desde octubre de 1943 (Morrow 1945b; Morrow 1945c). En la más importante de éstas, “Una reseña crítica de la discusión sobre Europa”, publicada en el Boletín Interno del SWP en mayo de 1945, Morrow subrayaba que “la mayor parte de lo que la minoría tenía para decir era parte de la tradición escrita del movimiento trotskista, aunque la mayoría de los dirigentes parecen alegremente desconocer el material” (Morrow, 1945b, 5). Morrow pensaba en la “Carta a la revolución italiana” de Trotsky, del 14 de mayo de 1930, que parecía haber previsto la serie de acontecimientos que siguieron a la caída del fascismo:

¿Significa esto que Italia no podrá, por un determinado tiempo, volverse otra vez un Estado parlamentario o convertirse en una “república democrática”? Considero, en total coincidencia con ustedes, creo, que esta posibilidad no queda excluida. Pero entonces no será el fruto de una revolución burguesa, sino el aborto de una todavía inmadura revolución proletaria. En el caso de una profunda crisis revolucionaria y de batallas de masas en el curso de la cual la vanguardia proletaria no haya estado en condiciones de tomar el poder, puede ser que la burguesía restaure su dominio sobre bases “democráticas”. ¿Puede decirse, por ejemplo, que la actual república alemana es producto de la revolución burguesa? Un planteo de ese tipo sería absurdo. Lo que tuvo lugar en Alemania en 1918-19 fue una revolución proletaria, que por falta de dirección fue traicionada y aplastada. Pero la contrarrevolución burguesa se vio forzada a adaptarse a las circunstancias, producto de este aplastamiento de la revolución y asumir la forma de una república parlamentaria “democrática”. ¿Es lo mismo, o casi lo mismo, eventualmente imposible en Italia? No, no lo es. La entronización del fascismo es el resultado de que, en 1920, la revolución proletaria no terminó de desarrollarse. Sólo una nueva revolución proletaria puede derrocar al capitalismo. Y si no triunfara esta vez (fruto de la debilidad del Partido Comunista, las maniobras y traiciones de la socialdemocracia, de los francmasones, de los católicos), el Estado “transicional” que la burguesía contrarrevolucionaria se vería obligada a construir sobre las ruinas de la forma fascista de dominación no sería otra cosa que un Estado democrático y parlamentario (Trotsky, 1944, 216).

Por lo tanto, en opinión de Morrow, los ricos análisis de Trotsky, que negaban cualquier correlación lineal entre economía y política, y contemplaban distintos escenarios dependiendo del desenlace de la lucha entre fuerzas sociales vivas, era reducido por la dirección del SWP a la estéril fórmula sobre la inevitabilidad de las dictaduras de “tipo franquista”. Esto, concluía Morrow en su segunda reseña del debate, llevaba al SWP a un rechazo ultraizquierdista del *“método de las reivindicaciones democráticas y transicionales, el método para ganar a la mayoría de los trabajadores y campesinos al partido revolucionario”* (Morrow, 1945c, 146).

### **El final de la Segunda Guerra y el destino de la Unión Soviética**

Medio año después, el 4 de noviembre de 1945, Cannon dio un discurso celebrando el 38º aniversario de la Revolución Rusa, en el que advertía sobre “el excesivo celo en criticar y denunciar a la Unión Soviética” como “rusofóbica”, y negando que la Segunda Guerra hubiera terminado:

Trotsky predijo que el destino de la Unión Soviética sería decidido en la guerra. Esta es todavía nuestra convicción. Sólo no acordamos con cierta gente que piensa que la guerra terminó. La guerra sólo ha pasado por una etapa y está ahora en proceso de reagrupar y reorganizarse para una segunda fase. La guerra no ha terminado, y la revolución que dijimos que iba a seguir a la guerra en Europa sigue en nuestra agenda” (Cannon, 1945, 7).

Morrow no tuvo problemas para demoler el análisis de Cannon, cuya insuficiencia para reflejar el curso efectivo de los acontecimientos era evidente:

Cualquier marxista serio sabe que las precondiciones para una tercera guerra mundial no han madurado todavía, que la Segunda Guerra ha terminado, que entre ésta y la próxima guerra está el obstáculo del despertar político y antimilitarista de las masas británicas y de Europa occidental, que incluso las masas norteamericanas no podrán, por un tiempo, ser arrastradas a la guerra, que la próxima guerra sólo puede tener lugar luego de una nueva derrota del proletariado europeo (Morrow, 1945f, 51).

El núcleo racional detrás de los dichos de Cannon emergerían recién el año siguiente, con la erupción de la Jihad norteamericana en

defensa de la propiedad privada de los medios de producción, conocida como Guerra Fría.

### **El sectarismo del secretariado europeo y la cuestión del entrismo**

Hasta mediados de 1945, la minoría había presentado batalla con la expectativa de ganar, no sólo a la mayoría de la militancia del SWP sino, sobre todo, a las secciones europeas de la Cuarta Internacional, que eran las que estaban realmente involucradas en el proceso revolucionario. Entonces, en una carta al secretariado europeo de la Cuarta Internacional, fechada el 20 de julio de 1945 y titulada “Perspectivas y política europea”, Morrow criticaba sus “tesis de febrero de 1944 y la resolución de enero de 1945” por fallar en prestar atención al rol fundamental del factor subjetivo en el desenvolvimiento de la revolución europea. “Encantado por la situación ‘objetivamente revolucionaria’”, el secretariado europeo repetía “la fórmula sobre la necesidad inexorable de transformar la guerra imperialista en guerra civil, etcétera”. De hecho, planteaba Morrow, “la revolución no es una función objetiva del proceso social”, y la situación en Europa no era de ninguna manera comparable a la situación a la salida de la Primera Guerra Mundial. “No estamos repitiendo 1917-1923”, advertía Morrow. La situación de 1945 estaba “mucho más retrasada”, porque ante la ausencia de un punto de confluencia de las masas revolucionarias como lo fueran la Revolución Rusa y la Tercera Internacional, el desarrollo de los partidos revolucionarios era mucho más lento. “En vez de partidos revolucionarios de masas confrontando con partidos reformistas del mismo tamaño, nuestros pequeños grupos de cuadros enfrentan a dos partidos reformistas de masas. En Francia, ¡nuestros pocos cientos confrontan con un partido stalinista de casi un millón de miembros!”. Morrow sacaba de su análisis la conclusión de que el trotskismo europeo tenía que “ingresar en alguno de los partidos reformistas, constituir una fracción en él y trabajar para lograr una escisión, de la cual podamos obtener suficientes fuerzas para empezar seriamente a construir un partido revolucionario” (Morrow, 1945d, 82).

### **La cuestión de la unidad entre el SWP y el WP**

En vistas de estas actitudes de ignorancia, tanto de negación de realidades políticas como de errores en el análisis político, en el pasado, mostrando una virtual reivindicación de infalibilidad de los dirigentes del partido, Morrow y Goldman propusieron una resolución de unidad con el Workers Party el 12 de julio de 1945, creyendo que

“sin unidad, el SWP está condenado a una degeneración monolítica” (Morrow y Goldman, 1946d, 6).<sup>18</sup>

Las bases políticas para la propuesta de unificación se habían desarrollado tempranamente, cuando Shachtman empezó a subrayar, antes del plenario de octubre de 1943 del SWP (de hecho, pocas semanas antes de la caída de Mussolini, el 25 de julio de 1943), la importancia de las consignas democráticas en Europa, en particular la reivindicación de “independencia nacional para las naciones bajo el yugo del imperialismo alemán” (Shachtman, 1943, 217). En la edición de julio de 1943 de *New Internationalist* en la que aparece un artículo de Shachtman, se publican dos artículos de Trotsky sobre la relación del fascismo y las demandas democráticas (Trotsky, 1943a, 1943b). Morrow creía que la minoría estaba “mucho más cercana al WP que a la mayoría del SWP en la cuestión de democrática y reivindicaciones transicionales y las tareas en Europa” (Morrow, 1945f, 53).

Pero los obstáculos para la reunificación, como la insistencia de Shachtman en mantener la caracterización de la URSS como una burocracia colectivista y la obstinada oposición de Cannon a la unificación, que Morrow atribuía a su ultracentrismo<sup>19</sup>, demostraron ser más poderosas que las tendencias unificadoras. De hecho, Cannon estaba preparando la expulsión de los miembros de la minoría del SWP. No es de sorprender que luego de un infructuoso intercambio de cartas e injurias, la iniciativa haya quedado en la nada.<sup>20</sup>

### **No con una explosión, sino con un susurro: el final de la tendencia minoritaria en el SWP**

El canto del cisne de Morrow en el SWP fue el “Informe Internacional” en nombre de la minoría al plenario de junio de 1946 del nuevo Comité Ejecutivo Internacional electo en abril de 1946, en una confe-

18. “La unidad significa un partido centralista democrático en contraposición con la tendencia monolítica del cannonismo” (Morrow, 1945e, 53). Véase también la posición de Goldman; “Una regla general debe ser reconocida: ni prohibición de fracciones ni órganos facciosos” (Goldman, 1945b, 56). Morrow y Goldman señalaban como ejemplo de reforzamiento de los dirigentes del partido en la prensa partidaria: “El elogio de Hanses a Cannon” en Hansen, 1944 (Morrow y Goldman, 1945, 7).

19. “Cannon no quiere un grupo grande en el partido que no lo siga ciegamente” (Morrow y Goldman, 1946d, 11).

20. Véase “La cuestión de la unidad: documentos del Socialist Workers Party y el Workers Party”, *New Internationalist*, XI: 6 (septiembre de 1945), 184-186; “Sobre las negociaciones para la unidad del SWP-WP: documentos de las minorías del SWP y el WP”, *New Internationalist*, 12:1 (enero de 1946), 21-26.

rencia de la Cuarta Internacional. El argumento final de Morrow fue un impresionante resumen de sus cargos contra Cannon:

En nombre de un programa inmutable, camarada Cannon, usted nos enseñó las siguientes cosas: que nuestra política militar proletaria significa que debemos defender al país contra el fascismo extranjero y derrocar al capitalismo. Que los revolucionarios polacos debieran subordinarse al ejército ruso. Que hay una lógica objetivamente revolucionaria traída por las victorias rusas. Que las dictaduras militares abiertas eran los gobiernos posibles en Europa porque es imposible instaurar una nueva serie de Repúblicas de Weimar en Europa. Que el imperialismo americano es al menos tan depredador como el imperialismo nazi en sus métodos en Europa. Que es teóricamente imposible que los Estados Unidos ayuden a reconstruir o alimentar a Europa. Que no hay ninguna ilusión democrática en Europa. Que no hay ninguna ilusión en el imperialismo norteamericano. Que en los levantamientos revolucionarios es reformista exigir la república en Grecia, Italia y Bélgica, o la Asamblea Constituyente. Que hablar del peligro del stalinismo en la revolución europea sólo es posible para un derrotista profesional. Que el destino de la Unión Soviética será decidido por la guerra, pero que sólo gente descuidada puede pensar que la guerra terminó (Morrow, 1946c, 28-29).

Esta imponente lista de cargos, por supuesto, no ayudó a Morrow y sus compañeros de la minoría, dado que el cuerpo al que se dirigían estaba lleno de defensores de Cannon. Había un elemento más que debilitaba su argumentación; a saber, el abandono de su posición previa de defensa de la URSS.<sup>21</sup> El hecho de que Heijenoort también haya tomado la política de tirar al niño (la nacionalización de los medios de producción y las bases de una economía planificada) junto al agua sucia (la burocracia stalinista) o, en términos hegelianos, la incapacidad de comprender el fenómeno soviético como una unidad de determinaciones antitéticas, dio agua para el molino de Cannon (véase Van Heijenoort, 1946).

A fines de mayo de 1946, Morrow, el único miembro de minoría rentado por el partido, dejó de estarlo, de manera que fuera imposible que preparara los documentos de la minoría para la XII Convención del SWP<sup>22</sup>, que tuvo lugar del 12 al 18 de noviembre de 1946. La

21. "Todas las razones que dimos para defender a la Unión Soviética hoy han desaparecido" (Morrow, 1946c, 28).

22. Véase "La remoción del compañero Morrow del trabajo partidario a tiempo completo" (Declaración de la minoría en el Comité Político, 4 de junio de 1946), Boletín Interno del SWP, 8:8 (julio de 1946), 42.

convención aprobó la “Moción sobre la fracción minoritaria” que expulsaba a Morrow y a “David Jeffries”, probablemente un pseudónimo de Heijenoort (XII Convención del SWP, 1947, 31). Entonces, la minoría del SWP simplemente se desbandó. Morrow dejó la política por completo. Goldman (que ya se había ido al WP, ante su inminente expulsión) rompió con Shachtman y cambió su lealtad por el Partido Socialista a mediados de 1948 (Wald, 1987, 255). Van Heijenoort, a su turno, colaboró con el Workers Party hasta fines de 1947, bajo los nombres de “Logan”, “Gerland” y “Loris”; entonces, en 1948, renunció totalmente al marxismo (Van Heijenoort, 1948) y se retiró a la vida académica como especialista en lógica matemática en la Universidad de Brandeis, aunque el principal historiador del movimiento trotskista, Pierre Broué, lo tuvo en alta estima (Broué, 1986; 1990).

### **Resumen y conclusiones**

El estallido de la Segunda Guerra Mundial encontró al trotskismo norteamericano dividido entre dos organizaciones en torno de la naturaleza de la Unión Soviética: mientras el SWP, dirigido por James Cannon, seguía a Trotsky en caracterizarlo como un “Estado obrero degenerado” y llamaba a su defensa incondicional en caso de ataque militar, el Workers Party, conducido por Max Shachtman, la describía como un Estado burocrático colectivista. El estallido de la revolución italiana luego de la caída de Mussolini, el 24 de julio de 1943 llevó a la aparición de una tercera corriente dentro del trotskismo norteamericano, una minoría dentro de SWP dirigida por Felix Morrow, Jean van Heijenoort y Albert Goldman. Enfrentó el análisis de la dirección del SWP del imperialismo anglo-norteamericano y nazi como “igualmente depredador” y que el imperialismo estadounidense operaría por medio de “gobiernos de tipo franquistas”; la minoría sostuvo que el imperialismo norteamericano se apoyaría en regímenes democrático-parlamentarios para detener el avance de la revolución en Europa, apuntalándolos con ayuda económica, y que sería respaldado en esta tarea por los principales partidos obreros, la socialdemocracia y el stalinismo, particularmente el segundo, que bajo la dirección de Moscú reviviría la política de frente popular practicada en gran escala en Francia y España durante la década de 1930. La principal tarea de los trotskistas europeos era, por lo tanto, de acuerdo con la tendencia de Morrow, Heijenoort y Goldman, separar a las masas de estos partidos levantando reivindicaciones democráticas y transicionales (por

ejemplo: “¡Por la república democrática!”; en Italia y Bélgica, la elección de una Asamblea Constituyente, etcétera) que ayudasen a los obreros a descubrir la agenda anti-socialista de sus organizaciones de masas a través de su propia experiencia. Su ignominioso final cerró cualquier análisis serio de las consecuencias de la política seguida por la dirección del SWP y por el secretariado europeo de la Cuarta Internacional, política que serviría para reducir al trotskismo a una fuerza impotente durante la mayor parte del siglo.

## Referencias

- Adamson, John (1943). “Allies Intend to Dominate Europe Through Quislings - Stalin Joins with Roosevelt-Churchill in Support of Counter Revolutionary Regime”. *The Militant*, VII: 43 (October 23).
- Agarossi, Elena y Victor Zaslavsky (2011). *Stalin and Togliatti: Italy and the Origins of the Cold War*. Stanford, California: Stanford University Press.
- Alexander, Robert (1991). *International Trotskyism, 1929-1985: A Documented Analysis of the Movement*. Durham, North Carolina: Duke University Press.
- Bornstein, Sam y Al Richardson (1986). *War and the International: History of the Trotskyist Movement in Britain, 1937-49*. London: Socialist Platform.
- Borodziej, Włodzimierz (2006). *The Warsaw Uprising of 1944*. Madison, Wisconsin: University of Wisconsin Press.
- Breitman, George (1944): “Allied Plans for Europe: An Editorial”. *The Militant*, 8:24 (June 10), 5.
- Broué, Pierre (1986). “Van, le militant, l’ami, l’homme (14 mai)”. *Cahiers Léon Trotsky*, N° 26 (juin).
- (1990). “Un trotskyste à New York pendant la deuxième guerre mondiale: van Heijenoort”. *Cahiers Léon Trotsky*, N° 43 (April), 33-47.
- (1997). *Histoire de l’Internationale Communiste, 1919-1943*. Paris: Fayard.
- Cannon, James (1944). “A Letter from Martin”. *SWP Internal Bulletin*, 6:9 (October) 26–29.
- (1945). “The Russian Revolution - Our Appraisal: Cannon’s Address at 28th Anniversary Celebration”. *The Militant*, 9:46 (November 17), 7.
- (1972). *The Struggle for a Proletarian Party*. New York: Pathfinder Press.

- (1977). *The Struggle for Socialism in the "American Century": Writings & Speeches 1945-1947*. New York: Pathfinder Press.
- Cochran, Bert (1944). "The European Revolution - Its Prospects and Tasks (Speech of E. R. Frank to New York Membership Meeting, October 4, 1944, as Reporter of the National Committee)". *SWP Internal Bulletin*, 6:8 (October), 18-31. Reimpreso en *Fourth International*, 5:12 (December), 377-382.
- Craipeau, Yvan (1977). *Contre vents et marées: 1938-1945*. Paris: Savelli. English version.
- (1978): *La libération confisquée: 1944-1947*. Paris: Savelli.
- (2012). *Swimming Against the Tide: Trotskyists in German Occupied France*. London: Merlin Press.
- Fifteenth Anniversary Plenum of the SWP (1943). "Perspectives and Tasks of the Coming European Revolution". *Fourth International*, 4:11, 329-34.
- Ginsborg, Paul (1990). *A History of Contemporary Italy: Society and Politics 1943-1988*. London: Penguin.
- Goldman, Albert (1942). *In Defense of Socialism: The Official Court Record of Albert Goldman's Final Speech for the Defense in the Famous Minneapolis "Sedition" Trial*. New York: Pioneer Publishers.
- (1944). "Morrison Amendments". *SWP Internal Bulletin*, 6:5 (September), 20-23.
- (1945a). "On the Question of the Slogan 'For a Democratic Republic'" (January). *SWP Internal Bulletin*, 7:1 (March), 1-8.
- (1946). "Replies to Questions: A Discussion at the SWP Plenum" (October). *New International*, 12:2 (February), 55-59.
- Haberkern, Ernest, y Arthur Lipow, eds. (2008). *Neither Capitalism nor Socialism: Theories of Bureaucratic Collectivism*. Alameda, California: Center for Socialist History.
- Hansen, Joseph (1944). "How the Trotskyists Went to Jail". *Fourth International*, 5:2 (February), 43-48.
- Internationale kommunisten Deutschlands (IkD) (1942). "The National Question in Europe: Three Theses on the European Situation and the Political Tasks - By a Group of European Comrades". *Fourth International*, 3:10 (December), 370-372.
- Jacobs, Louis (1944). "'We Arrive At a Line,' by A. Roland". *SWP Internal Bulletin*, 6:12 (December), 7-44.
- Jenkins, Peter. (1977). "Where Trotskyism Got Lost: The Restoration of European Democracy after the Second World War". *Spokesman pamphlet* N°59. Nottingham, England: Spokesman Books.

Lenin, V. I. (1972) [1897]. “The Tasks of the Russian Socialdemocrats.” Pp. 323-352 en V. I. Lenin, *Collected Works*, Vol. 2. Moscow: Progress Publishers.

Morrow, Felix (1942). “The National Question in Europe: Our Differences with the Three Theses”. *Fourth International*, 3:10 (December), 372–374.

(1943a). “Meaning of the Italian Events”. *The Militant*, 7:33 (August 14).

(1943b). “Italian Workers Elect Own Factory Committees: Badoglio Is Compelled to Agree to Secret Ballot; AMGOT then Follows by Conceding ‘Free Labor Movement’ in the Occupied Areas”. *The Militant*, 7:37 (September 11).

(1944a). “Report to Plenum” [October]. *SWP Internal Bulletin*, 6:4 (September), 20–32.

(1944b). “Proposed International Resolution as Amended by Morrow” [October]. *SWP Internal Bulletin*, 6:5 (September), 14-20.

(1944c). “The First Phase of the Coming European Revolution: A Criticism of the International Resolution of the Fifteenth Anniversary Plenum” [December]. *SWP Internal Bulletin*, 6:4 (September), 1-19. Reimpreso en *Fourth International*, 5:12 (December), 369–377.

(1944d). “Letter from Cassidy (July 23)”. *SWP Internal Bulletin*, 6:5 (September), 24-25.

(1945a). “Minority Report to the National Convention, by A. Stein (November 1944)”. *SWP Internal Bulletin*, 7:1 (March), 9-21.

(1945b). “A Balance Sheet of the Discussion on Europe, March 25, 1945”. *SWP Internal Bulletin*, 7:4 (May), 1-37.

(1945c). “The Political Position of the Minority in the SWP, May, 1945”, *Fourth International*, 6:5 (May), 146-150.

(1945d). “European Perspectives and Policy: A Letter to the European Secretariat of the Fourth International, July 10, 1945”. *SWP Internal Bulletin*, 7:12 (November), 1-6. Reimpreso en *Fourth International*, 7:3 (March 1946), 82–85.

(1945e). “Some Arguments Heard Against the Slogan of the Republic in Italy, July 30, 1945”. *SWP Internal Bulletin*, 7:10 (October), 1-3.

(1945f). “To All Sections of the Fourth International, November 15, 1945”. *SWP Internal Bulletin*, 7:12 (November), 1-10.

(1946a). “Tactical Problems of the European Movement, Decem-

- ber 1945.” *Fourth International*, 7:1 (January 1946), 18-22.
- (1946b). “Perspectives of European Revolution: It Is Time to Grow Up: The Infantile Sickness of the European Secretariat, February 24, 1946”. *SWP Internal Bulletin*, 8:5 (April), 27-42. Reimpreso en *Fourth International*, 7:7 (July), 213-218.
- (1946c). “International Report (Minority Report to Plenum), May 19”, *SWP Internal Bulletin*, 8:8 (July), 26-41.
- (1974). *Revolution & Counter-Revolution in Spain, Including the Civil War in Spain*. New York: Pathfinder Press.
- (1978). *Revolución y contrarrevolución en España: La guerra civil*. Madrid: Akal.
- Morrow, Felix y Albert Goldman (1946). “The Answer of the SWP Minority to the Letter from the PCR of Belgium, December 20, 1945”. *SWP Internal Bulletin*, 8:4 (March), 1946, 5-11.
- National Committee of the SWP (1944). “Draft Resolution of the National Committee on ‘The European Revolution and Tasks of the Revolutionary Party’”. *SWP Internal Bulletin*, 6:3 (September), 13-29.
- Pablo, Michel (1946). “On Comrade Morrow’s Reply, April 1946”. *Fourth International*, 7:7 (July), 218-222.
- Radek, Karl (1923). “La Question du programme de l’I.C. (Remarques préliminaires)”. *Bulletin communiste*, 14:5 (avril), 126-128.
- Reissner, Will (1973). *Documents of the Fourth International: The Formative Years (1933-40)*. New York: Pathfinder Press.
- Riddell, John, ed. (2011). *Toward the United Front: Proceedings of the Fourth Congress of the Communist International, 1922*. Leiden: Brill.
- Sedova, Natalia (1944a). “A Letter from Natalia, September 23”. *SWP Internal Bulletin*, 6:9 (October), 24-25.
- (1944b). “Letter from Natalia, November 6”. *SWP Internal Bulletin*, 6:13 (December), 23-27.
- Shachtman, Max (1943). “Trotsky on Democracy and Fascism”. *New International*, IX:7 (July), 216-217.
- Sixth Convention of the SWP (1944). “European Revolution and the Tasks of the Revolutionary Party: Resolution Adopted by the Sixth Convention of the Socialist Workers Party, Eleventh Convention of the American Trotskyist Movement” (November 16). *Fourth International*, 5:12 (December), 361-369.
- SWP Resolutions Committee (1944). “First Draft of [International] Resolution as Submitted by the Resolutions Committee to Plenum in October, 1943”. *SWP Internal Bulletin*, 6:5 (September 1944), 1-13.

- Trotsky, Leon (1943a). "Fascism and Democratic Slogans" (July 14, 1933). *New Internationalist*, 9:7 (July), 217-220.
- (1943b). "Our Present Tasks" (November 7, 1933). *New Internationalist*, 9:7 (July), 220-221.
- (1944). "Letter on the Italian Revolution, May 14, 1930". *New Internationalist*, 10:7 (July), 215-218.
- (1973). *In Defense of Marxism*. New York: Pathfinder Press.
- Twelfth Convention of the SWP (1947). "Motion on the Minority Faction, November 12-18, 1946". *Fourth Internationalist*, 8:1 (January 1947), 31.
- Van Heijenoort, Jean (1942). "Revolutionary Tasks under the Nazi Boot" *Fourth Internationalist*, 3:11 (November), 333-338.
- (1944). "On the European Situation and our Tasks, by Daniel Logan, July 9, 1944". *SWP Internal Bulletin*, 6:8 (October), 1-17. Reimpreso en *Fourth Internationalist*, 6:1 (January 1945), 27-31; 6:2 (February 1945), 61-63.
- (1945). "The Slogan of the Republic in Italy and Its Discussion in the SWP, by Daniel Logan, March 14, 1945". *SWP Internal Bulletin*, 7:5 (June), 1-11. Parcialmente reimpreso en *New Internationalist*, XI:7 (October), 212-23.
- (1946). "The Eruption of Bureaucratic Imperialism: A Contribution to the Discussion on the Russian Question, by Daniel Logan, December 1945". *New Internationalist*, 12:3 (March), 74-77.
- (1978). *With Trotsky in Exile: From Prinkipo to Coyoacán*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Wald, Alan (1987). *The New York Intellectuals: The Rise and Decline of the Anti-Stalinist Left from the 1930s to the 1980s*. Chapel Hill, North Carolina: University of North Carolina Press.
- Workers Communist Party of Italy (1944). "Program of Workers Communist Party of Italy." *Il Militante* (October). Reimpreso en "Program Published by the Italian Trotskyist Party". *The Militant*, 9:11 (March 17), 3.
- Zarembka, Zygmunt (1997). *The Warsaw Commune: Betrayed by Stalin, Massacred by Hitler*. London: Socialist Platform. Originalmente publicado como *La commune de Varsovie, trahie par Staline, massacrée par Hitler*, París, 1947.



# Sebastiano Timpanaro y la reivindicación del materialismo en la obra de Marx y Engels

Diego Bruno\*

Hacia la segunda mitad de la década de 1960, una serie de acontecimientos históricos clave, como la crisis de los partidos comunistas oficiales, la revolución cultural china y el surgimiento de nuevas corrientes revolucionarias en Occidente, avivaron el debate político en la izquierda revolucionaria mundial, provocando a su vez un incremento del interés por la teoría dentro del campo del marxismo. En este contexto, el filólogo marxista italiano Sabastiano Timpanaro desarrolló una serie de escritos<sup>1</sup> que polemizan desde una perspectiva marxista -es decir, en oposición tanto al reformismo como a la “ortodoxia” del marxismo-leninismo que imperaba en los Estados obreros burocratizados- con dos de las principales interpretaciones de

\*Diego Bruno es filósofo y profesor de la Universidad de Buenos Aires. Integrante del comité editorial de la revista *Hic Rodbus. Crisis capitalista, polémica y controversias* y del programa de investigación Ubacyt “Explotación del trabajo y crisis capitalista”.

1. Para el presente trabajo utilizamos la obra de Timpanaro, *Praxis, materialismo, estructuralismo* (1973), editada originalmente en Italia bajo el nombre *Sul materialismo* (1970), recopilando tres artículos publicados previamente, aunque con retoques y añadidos; en *Praxis...* se agregó un cuarto, inédito, publicado a finales de la década del ‘60 en la revista político-cultural de izquierda *Quaderni Piacentini*.

Marx y Engels, que habían prosperado en esos años en el seno de la izquierda radical de Occidente: la de la escuela de Frankfurt, con sus diversas derivaciones, y la de Althusser.

Estas escuelas, para el autor, “dejan sobrevivir muy poco de marxismo, y en muchos casos representan un paso atrás” (Timpanaro, 1973: 10). La primera, porque ignora la exigencia de establecer un socialismo científico, y sólo ve en la ciencia la falsa objetividad burguesa. La otra, porque, aun reivindicando con mucho énfasis el carácter científico del marxismo, hereda de la epistemología de 1900 un concepto platonizante de ciencia, lo que imposibilita una formulación correcta de la relación entre teoría y práctica. De todos modos, sugiere Timpanaro, sería equivocado comprender tales orientaciones como simples errores intelectuales (entenderlo así sería poco marxista) pues, en realidad, reflejan las dificultades objetivas con las que el movimiento obrero se ha encontrado en los países capitalistas avanzados a lo largo del último siglo. El camino para evitar estos errores no sería, entonces, el de la simple y pura discusión filosófica, sino el del estudio de la sociedad capitalista actual, ligado a la acción política revolucionaria y constantemente verificado por ella. En este sentido, el presente trabajo tiene por objeto rescatar ciertas conceptualizaciones y críticas del autor, y mostrar su actualidad filosófica y política, dado que muchos de los elementos más idealistas y ajenos al marxismo aún son tema de disputa y sobreviven en gran parte de las elaboraciones teóricas de la izquierda revolucionaria mundial. Cuestión que, a nuestro entender, es también una manifestación de la profunda crisis y desorientación política que reina en sus filas frente a nuevos acontecimientos de carácter histórico. La inédita crisis económica mundial y su contracara, las rebeliones populares que se extienden a lo largo y a lo ancho de todo el globo, ponen a prueba al conjunto de programas que guían la intervención política de las organizaciones revolucionarias y provoca, nuevamente, un fervoroso debate sobre el legado, el método y los pronósticos de la teoría marxista.

### **El problema del materialismo**

Una de las características que Timpanaro identifica como común al conjunto del llamado marxismo occidental, por lo menos desde mediados de los sesenta, es la férrea necesidad de defenderse de la “acusación” de materialismo. A pesar de la múltiples diferencias que lo separan (marxistas gramscianos, hegeliano-existencialistas, neopositivistas, estructuralistas y freudianos), todos coinciden en alejar de sí cualquier

sospecha de acuerdo con el materialismo “vulgar o mecanicista”. Esto ha llevado a que, junto con la vulgaridad y el mecanicismo, se deseché el materialismo filosófico sin más. Esta especie de autodepuración materialista del marxismo se simboliza en una depreciación de Engels, atacado tanto por las corrientes marxistas hegelianas como por la empirio-pragmatista. La razón de este ataque es que Engels, por un lado, sintió, más que Marx, la necesidad de tener en cuenta las ciencias de la naturaleza, de enlazar el materialismo histórico (de las ciencias humanas) con el materialismo físico-biológico, especialmente en el momento en que Darwin abrió el camino para considerar históricamente a la naturaleza. Por otro lado, el mismo esfuerzo por no disolver al marxismo en un positivismo evolucionista y ecléctico, llevó a Engels a aplicar la dialéctica a las ciencias y a traducir fenómenos físicos y biológicos en términos de negación de la negación. La consecuencia fue que se le acusó alternativamente de hegelianismo arcaico como de positivista (más adelante desarrollaremos la cuestión del “engelsismo”).

Ahora bien ¿qué entendemos por materialismo? Ante todo, nos dice Timpanaro, “el reconocimiento de la prioridad de la naturaleza sobre el ‘espíritu’; es decir, del nivel físico sobre el biológico y del biológico sobre el económico social y cultural, ya sea en un sentido cronológico, como en el sentido del condicionamiento que sigue ejerciendo la naturaleza sobre el hombre y que seguirá ejerciendo por lo menos en un futuro previsible” (1973: 24-25). En cuanto al conocimiento, “el materialismo sostiene que la experiencia no se puede reducir a producción de la realidad por el sujeto, ni a una recíproca implicación de sujeto objeto” (ibídem: 25). Es decir, es clave para nuestro autor no eludir el elemento de pasividad que hay en la experiencia: *la situación externa que nosotros no imponemos, sino que se nos impone*. Por lo tanto, hay que señalar que una filosofía que se reivindique materialista no puede trasladar su atención de los resultados y del objeto de investigación, del fenómeno, a la investigación en cuanto tal. Es decir, no se puede reducir el conocimiento a la mera interpretación o a la metodología de la actividad del científico. Esto es recaer en el idealismo, porque se hace aparecer como única realidad no a la naturaleza sino al hombre investigador de la naturaleza y constructor de su propia ciencia. Por el contrario, para el materialismo histórico, la particular interpretación que puede dar un hombre particular sobre la realidad social está subordinada a la realidad histórico-social objetiva en la que está inserto; ni que hablar si tenemos en cuenta el lugar

marginal que el hombre ocupa respecto del universo en general y que durante muchísimo tiempo no hubo vida en la tierra y ésta dependió de condiciones particularísimas que condicionaron su surgimiento. Entonces, una filosofía que se reduzca a una metodología del actuar humano tiene siempre el peligro de subvalorar lo que hay de pasividad en la condición humana -es decir, de condicionamiento externo.

Timpanaro nos muestra también el antimaterialismo en el que caen muchos de los críticos del neopositivismo, en este sentido metodologicista, dado que dirigen sus críticas desde una formación cultural hostil a la ciencia. Generalmente se trata de hegelianos que reivindicaban la dialéctica frente a las filosofías negadoras de la historicidad o que interpretan a ésta como gradualismo antirrevolucionario; en ese sentido, su planteo es correcto, pero el error está en que, a partir de ahí, “no proporcionan ninguna profundización positiva de las formas reales a través de las cuales se explica la historicidad de la naturaleza y del hombre” (ibídem: 28). Esto lleva a un desprecio no sólo de todo lo nuevo que el marxismo representa frente a Hegel sino incluso de lo que en la cultura prehegeliana, sobre todo en el Iluminismo, era más avanzado que Hegel. De esta manera, tanto marxistas hegelianos como neopositivistas eluden la exigencia de una filosofía como visión del mundo (*Weltanschauung*) basada en los resultados de las ciencias: los primeros, por identificar el mundo y la historia con el mundo humano y con la historia humana (idealismo objetivo), los segundos, porque consideran a la ciencia sólo formalísticamente, ya que atribuirle realidad ontológica a la naturaleza sería para ellos hacer metafísica. Entonces, o reducimos la realidad a meras interpretaciones subjetivas, con lo cual la existencia o no de ésta es indistinta, o la entendemos científicamente; es decir, como existente independientemente de nuestras interpretaciones o pensamientos. La ciencia es una interpretación que tiene en cuenta la objetividad de la realidad. Timpanaro advierte que “el rechazo a la ciencia lleva siempre al subjetivismo y al voluntarismo, lo cual -en un plano político- puede constituir un estimulante revolucionario momentáneo, pero no puede fundamentar una doctrina revolucionaria sólida. No se trata aquí de subvalorar el rol indispensable del elemento subjetivo en la lucha contra el capitalismo, sino de comprender que la formación de las condiciones subjetivas son el resultado de procesos objetivos, no de un acto milagroso de voluntad” (ibídem: 11).

Timpanaro también se pregunta si esta polémica materialista, dirigida contra las “desviaciones” idealistas del marxismo, cuestiona algu-

nos aspectos del mismo marxismo, especialmente en lo que concierne a la relación hombre-naturaleza. Más precisamente, si la facilidad con que se impusieron estas interpretaciones que atenuaban o negaban el carácter materialista del mismo se debe a que “han encontrado un terreno favorable en una falta de claridad que se remonta al origen de la propia doctrina” (ibídem: 33). Esta afirmación de Timpanaro se apoya en que, especialmente en su primera fase (hasta *La Ideología alemana* inclusive), la naturaleza biológica y física, si bien no es negada por Marx, constituye más bien un hecho prehistórico respecto de la historia humana, más que una realidad que sigue condicionando y limitando al hombre. “La relación con la naturaleza (señala Timpanaro según un famoso pasaje de *La ideología alemana*) aparece sólo a través del trabajo. Así se recae en la concepción pragmatista de la relación hombre-naturaleza que anula ilegítimamente el ‘lado pasivo’ de tal relación” (ibídem: 34). Es decir, la relación con la naturaleza no puede limitarse a la actividad del trabajo ya que se da también a través de la herencia, a través de los otros innumerables flujos del ambiente natural sobre su cuerpo y, por lo tanto, sobre su personalidad intelectual, moral y psicológica. No obstante, el Marx maduro que admiró a Darwin declaró, en el prefacio de *El Capital*, que “concebía el desarrollo de la formación económica de la sociedad como proceso de historia natural”. Esto es ciertamente más materialista que el planteo de las *Tesis sobre Feuerbach*, aunque el gigantesco trabajo que tuvo que desarrollar en el campo de la economía política no le permitió profundizar en una nueva concepción de la relación hombre-naturaleza distinta a la de los escritos juveniles (ibídem). Por eso, se torna ahora más comprensible que, en una especie de división del trabajo, la exigencia de la construcción de un materialismo no puramente económico social sino también natural fuese sentida por Engels. Influidado no sólo por el clima filosófico científico de la segunda mitad del siglo XIX, sino más específicamente por el giro que el darwinismo le imprimió a las ciencias naturales, al demostrar la historicidad de éstas. El problema no era ya contraponer la historicidad de la sociedad humana a la a-historicidad de la naturaleza, sino encontrar la fusión y, a la vez, la diferenciación de ambas historicidades (ibídem: 35).

Sin embargo, para no caer en posiciones superficialmente contradictorias entre un Marx más idealista y otro más materialista, o de un Engels más determinista, Timpanaro nos muestra que, cuando el marxismo sostiene que la base de la cultura humana está en el condicionamiento económico-social y no en el nivel biológico subyacente,

lo hace en relación con las grandes transformaciones y diferenciaciones de la sociedad, que se producen fundamentalmente como mutaciones de la estructura económica y no por cambios del ambiente geográfico o de la constitución física del hombre. En comparación con el ritmo evolutivo de la estructura económico social (y de los hechos superestructurales determinados por ella), la naturaleza también cambia (evolución), pero con un ritmo inmensamente más lento. Por ejemplo, si analizamos un período de la historia humana, aunque sea muy largo, prestando atención a las transformaciones de la sociedad, puede ser legítimo no tener en cuenta el nivel físico-biológico, ya que éste constituye una constante en lo que respecta a tal período. En el mismo sentido, se puede hacer historia solamente de los acontecimientos superestructurales, los cuales pueden gozar de cierta independencia respecto de una constante económico-social. “Ya Engels, y posteriormente Gramsci, advertían que sería ingenuo pensar que cada hecho superestructural fuese la repercusión de un cambio de estructura” (ibídem: 37). Pero, sostener que como lo biológico se nos presenta siempre mediatizado por lo social, lo biológico es nada y lo social es todo, cosa que Marx y Engels nunca han dicho, sería un sofisma idealista. Lo mismo vale para los que sostienen que ninguna realidad económico-social es concebible más que a través del lenguaje y, por lo tanto, el lenguaje es la única realidad.

Timpanaro insiste en el condicionamiento que imponen estos aspectos constantes (naturales) de la condición humana (hasta ahora escasamente modificados y tal vez escasamente modificables en el futuro) que, si bien no son eternos, en relación con la existencia humana están dotados de una estabilidad mucho mayor que las características histórico-sociales. Producto de esto dice, respecto de cierta continuidad cultural y permanencia de ciertos valores a través de diversas formas de sociedad (gracias a la cual, como observaba Marx, sentimos tan próxima la poesía homérica), que no se debe “olvidar que tal continuidad cultural es facilitada por el hecho de que el hombre como ser biológico ha permanecido incambiado desde los inicios de la civilización y poco han cambiado ciertos sentimientos y representaciones que se refieren más inmediatamente a los datos biológicos de la existencia humana” (ibídem: 48). Como, por ejemplo, el instinto sexual, el debilitamiento que produce la vejez y sus consecuentes repercusiones psicológicas o el miedo a la muerte propia y el dolor por la ajena. En este sentido, Timpanaro reconoce al psicoanálisis y al estructuralismo marxistas el mérito de rechazar toda reducción del marxismo a

“historicismo”, lo cual no quita que éstos estén profundamente penetrados por la ideología antimaterialista. No hay que olvidar que el psicoanálisis surgió en polémica con la psicología materialista y que ha tratado de hacer autónomos los hechos psíquicos respecto de los hechos anatómico-fisiológicos. El estructuralismo, a su vez, cae, con sus sistemas cerrados y perfectamente coherentes, en la a-historicidad (no sólo en el antihistoricismo) y el desprecio a las investigaciones diacrónicas. Frente ambas orientaciones, Timpanaro propone un trabajo de discernimiento entre sus adquisiciones científicas y todo lo que en ellas se contiene de ideológico e inverificable. La querrela de los marxistas occidentales termina en una confrontación ideológica, no sólo por su escaso interés por los hechos económico-sociales y por la relación entre teoría y práctica, sino principalmente por su antimaterialismo. Mientras tanto, el marxismo puede enriquecerse culturalmente con ellos pero siempre de una manera subalterna. Aquí es importante comprender que la cultura burguesa no sigue una línea de absoluto progreso sino de progreso-involución: progreso en el refinamiento metodológico, pero involución en la ideología, lo cual lleva a una parcial falsificación o forzamiento interpretativo de los resultados científicos. Es decir, puede ocurrir que Pavlov tenga más que decir que Freud en algunos aspectos, pero estas opciones dependerán de la opción por o contra el materialismo (ibídem: 50).

### **Filosofía de la praxis y materialismo**

Respecto de su concepción del conocimiento, Timpanaro reconoce el carácter polémico de su afirmación: “hay que reconocer el elemento de pasividad que hay en la experiencia”. Se ha creído ver en ella “el inicio de una teoría general de la impotencia humana, de la resignación a la situación de hecho, etc.”. Sin embargo, hay que comprender que esta afirmación se hace en el sentido de que en el conocimiento -ya en su forma más elemental, la sensibilidad- hay un elemento de pasividad irreductible a la actividad del sujeto, es decir un estímulo proveniente del exterior, lo “dado”. “Ciertamente -aclara Timpanaro-, el proceso cognitivo no es una mera recepción pasiva de lo dado: como todos sabemos, es elaboración de lo dado y búsqueda de determinados objetos de experiencia, bajo el impulso de las necesidades e intereses del sujeto” (ibídem: 52). La actividad del hombre lo pone en contacto con ciertas partes de la naturaleza, diversas en los diversos momentos históricos. A esto hay que agregar que el conocimiento sólo se desarrolla como conocimiento de lo que corresponde a una necesidad o a

un interés del hombre, pero también como conocimiento de lo que estorba, perjudica, oprime al hombre. “Interés” entendido como todo lo que afecta favorable o desfavorablemente al hombre.

Pero la necesidad de Timpanaro de insistir en el elemento de pasividad se debe a que gran parte de la filosofía moderna ha hecho un uso ideológico de la gnoseología y, vaciando la realidad externa, tiende a fundamentar una libertad humana ilusoria y mistificada, con lo cual elude el problema de la libertad efectiva del hombre. “El ‘lado activo’ de la experiencia -escribe- es sólo un lado y no el proceso entero” (ibídem). Además, el lado activo no es un principio incondicionado sino que está condicionado históricamente. Por eso, para Timpanaro, la fórmula “la praxis como fundamento de la actividad cognoscitiva” es inadecuada y tendenciosa. Particularmente, en el marxismo, el recurso a la praxis se ha utilizado con frecuencia para no hablar o hablar poco de materialismo.

Es importante, entonces, clarificar qué queremos decir con praxis, ya que la referencia a ella tiene significados muy diversos según se denuncie, por un lado, que el puro pensamiento es insuficiente para hacer libre y feliz al hombre, o se declare, por el otro, que el conocimiento mismo es, sin más, praxis. En este segundo caso, como conocer la realidad es ya transformarla, se retrocede del marxismo al idealismo, a una filosofía del pensamiento como praxis, apareciendo la acción como superflua. En cambio, en el primer caso, sin trazar ninguna distinción absoluta entre conocer y hacer, se admite que el conocimiento por sí mismo no proporciona un dominio pleno de la realidad y una auténtica liberación del hombre, ésta se logra con la transformación práctica de la realidad. Timpanaro señala aquí, correctamente, que el conocimiento no es pura y simplemente praxis, la identificación inmediata del conocer con el hacer es totalmente ajena al marxismo. En todo caso, es una filosofía igualmente abierta a un activismo irracionalista como a un misticismo del puro pensamiento.

Entonces, una vez liberado de sus extrapolaciones ideológicas, el problema del conocimiento para nuestro autor pasa a ser un problema científico que atañe, en primer lugar, a la neurofisiología y a las ciencias relacionadas con ella. La clave está en no entender a éstas como neutrales política y socialmente. Hay que estudiar cada vez más a fondo “el influjo del ambiente sobre el desarrollo y sobre la patología del sistema nervioso, poniendo de relieve la grandísima importancia que tienen las relaciones de clase en la determinación del ambiente” (ibídem: 55). El reconocimiento de tal realidad, sin embargo, “no quita

que la explicación del proceso cognoscitivo en cuanto tal pertenezca a la neurofisiología, porque el que siente y piensa, el que toma conocimiento de la realidad externa y reacciona ante la misma, no es un espíritu mítico ni siquiera un ser social no más preciso, sino el cerebro” (ibídem). Hay que comprender, entonces, que no se puede reducir sin más lo natural a lo económico social. La mediación económico social no tiene en todos los puntos el mismo grado de influencia.

### **El antiengelsismo como consecuencia del antimaterialismo**

Otro rasgo común en las corrientes del marxismo occidental que subestiman el condicionamiento natural, señala Timpanaro, será su antiengelsismo: “mientras el reformismo de nuestro tiempo verá en el materialismo y en el determinismo engelsiano una negación del ‘humanismo’ y de la ‘libertad de espíritu’, el revolucionario verá en él la negación del voluntarismo, la ilusión del hundimiento espontáneo o de la reforma gradual del sistema capitalista” (ibídem: 73). Para Timpanaro, un representante de este segundo tipo de antiengelsianismo es Lucio Colletti. Fundamentando esta posición en su obra *El marxismo y Hegel*, en donde se opone a la dialéctica hegeliana, denuncia el carácter intrínsecamente idealista de ésta y la imposibilidad de transformarla en un instrumento materialista “dándole vuelta”. El problema que ve aquí Timpanaro es que, para Colletti, la idea del “materialismo dialéctico” sería un burdo equívoco exclusivo de Engels y que habría sido absolutamente extraño al pensamiento de Marx. Según Colletti, en la ilusión de establecer una forma superior de materialismo, Engels habría repetido, de manera banal, la dialéctica de la materia que ya estaba enteramente contenida en Hegel, sin tener en cuenta la función antimaterialista que Hegel le había asignado (ibídem: 74).

Timpanaro nos muestra también que, mientras Colletti, en *El marxismo y Hegel*, destaca esta asunción acrítica de la dialéctica hegeliana como el aspecto más negativo del pensamiento de Engels, en otro texto, *Introducción a Bernstein*, destaca más la otra acusación tradicional contra Engels: su supuesto materialismo vulgar, darwinismo y “fatalismo”. Según Timpanaro, esta acusación, que oscila entre acusarlo de materialismo vulgar y hegelianismo arcaico, en realidad, lo que demuestra es la incomprensión del pensamiento de Engels (ibídem: 75). Sin embargo, en relación con una supuesta diferencia sustancial con Marx, hay que señalar que las cartas entre ambos demuestran que Marx siguió de cerca la génesis de la *Dialéctica de la naturaleza*, leyó entero el *Anti-Dubring* antes de que fuese publicado y hasta es-

cribió un capítulo. Por otro lado, otro rasgo común a todos los que empiezan imaginando un Engels vulgarizador y desnaturalizador del pensamiento de Marx es que terminan, inevitablemente, encontrando demasiado engelsianas muchas afirmaciones del mismo Marx. Con lo cual, o emprenden un proceso de regresión del Marx maduro al Marx “humanista” de los *Manuscritos de 1844* y las *Tesis sobre Feuerbach*, o bien intentan nuclear la auténtica filosofía de Marx a partir de la estructura lógico-epistemológica de *El Capital*, olvidando los asertos explícitamente filosóficos que hay en el Marx maduro (Althusser).

Continuando con la polémica, Timpanaro ataca la idea de Colletti, quien frente a un Engels hegeliano de la peor especie, intenta develarnos un Marx kantiano inconsciente. Su kantismo consistiría en que, para Marx, lo “dado” es irreductible a la actividad del sujeto pensante y que la “existencia real” comporta un “plus” respecto de todo lo que está contenido en el concepto. Pero, si bien esta idea demuestra cierto materialismo en el pensamiento kantiano, pensar la realidad como irreductible al pensamiento es un rasgo común a todos los no idealistas, por lo cual no se entiende, se pregunta Timpanaro: “¿por qué considerarla por sí sola como un rasgo de kantismo?”. Colletti piensa que la limitación de Kant es la misma que el joven Marx critica al materialismo tradicional: la falta de reconocimiento del trabajo como actividad práctico-cognoscitiva, por lo cual el objeto no es solamente un “en sí”, sino “objetivación del sujeto”. Es decir, haber olvidado el “lado activo”. Pero, más adelante Timpanaro señala que la influencia de este “rasgo materialista” en Kant no puede igualarse al que ejerce la tradición filosófica materialista, con las críticas antes señaladas, en Marx. Porque el materialismo no consiste sólo en el reconocimiento de una realidad externa al sujeto; así, serían también materialistas Platón, Santo Tomás y todos sus seguidores. El materialismo no es sólo “realismo”, ya que es también el reconocimiento de la fisicidad del sujeto y de sus actividades tradicionalmente consideradas “espirituales”. El pensamiento de Kant, en cambio, está profundamente orientado en un sentido antimaterialista, ya que incluso el reconocimiento de una realidad externa al sujeto se reduce a algo extremadamente larvario, siempre a punto de ser absorbido por la actividad del sujeto, por una parte, y por otra de convertirse en una realidad trascendente, accesible a través de una experiencia privilegiada y sobrenatural (ibídem: 79).

De esta manera, Timpanaro revela que la actitud de Colletti ante el presunto kantismo de Marx indica, en realidad, los límites de su materialismo: un materialismo casi exclusivamente metodológico, de cuño

empirio-criticista. Esto explica, por una parte, su rechazo a la herencia hegeliana en Engels y, por otra parte, su incompreensión para con el materialismo de Engels que, como todo auténtico materialismo, no es meramente metodológico sino también una *Weltanschauung* (cosmovisión), abierta a todas las correcciones que el progreso de la ciencia y de la práctica social haga necesarias, pero no tan abierta como para desvanecerse en el agnosticismo.

Otra cuestión relevante que se le endilga a Engels, desde la perspectiva de Colletti, es que en su intento de aplicar el materialismo histórico al ámbito de las ciencias naturales no hace más que retroceder a una filosofía de la “naturaleza en sí”, cuando ya Marx había señalado que no hay conocimiento de la naturaleza sino es en función de la transformación de ésta por el hombre. Pero aquí, insiste Timpanaro, si bien no hay que olvidar el lado activo, como señaló Marx al materialismo tradicional, esta idea todavía es insuficiente y demasiado genérica. Se trata también de explicar científicamente, y acá es donde entra Engels, cómo funciona ese lado activo, lo biológico como conjunto de procesos materiales regido por leyes. El positivismo ha tomado esto pero lo ha desarrollado de un modo simplista y burdo: “1) reduciendo el comportamiento político, moral y cultural del hombre a una actividad inmediatamente biológica, sin tener en cuenta la segunda naturaleza que el trabajo confiere al hombre dentro del reino animal, al que sin embargo el hombre no deja de pertenecer; 2) considerar las desigualdades e injusticias sociales como enfermedades, la cura de las cuales pertenecía a la ciencia, olvidando así la lucha de clases, eludiendo la situación de clase de los mismos científicos” (ibídem: 81). Es fundamental, entonces, para nuestro autor, dar una respuesta a esto, pero desde dentro del materialismo, no con una simple reivindicación del elemento subjetivo, concebido todavía de manera espiritualista, como praxis incondicionada que sólo encontraría sus límites en las condiciones “objetivas” (externas) y no los encontrase también en su mismo fundamento físico-biológico (natural).

Es verdad que con el descubrimiento de Darwin, que ya no permitía considerar la historicidad como característica peculiar de la humanidad, también aparecía el peligro de reducir inmediatamente la historia humana a historia de la naturaleza. Por eso, aquí también era preciso dar una respuesta desde el materialismo y esta tarea la asumió Engels, a quien habitualmente correspondían las tareas de contacto polémico con la cultura contemporánea, mientras Marx concentraba sus fuerzas, exclusivamente, en la gran obra

*El Capital*. Es decir, había una división del trabajo, y un aspecto fundamental de esos escritos de Engels fue justamente la polémica contra el lado negativo del positivismo.

Estos escritos se orientan, por una parte, a combatir “aquel empirismo que se impide a sí mismo el pensamiento” -que por ello deja abierta la puerta a evasiones en la religión y en la superstición- y, por otra parte, la pretensión del materialismo vulgar alemán “de aplicar la teoría de la naturaleza a la sociedad y reformar el socialismo”, entre ellos Dühring y los apresurados elaboradores filosóficos de las grandes conquistas científicas. También contra muchos científicos y su incapacidad para hacer corresponder a los grandes progresos de las ciencias naturales un desarrollo de las ciencias de la sociedad humana igualmente revolucionario. De ahí que Engels diga que los científicos que más insultan a la filosofía son esclavos de los peores residuos vulgarizados de la peor filosofía. También hay que decir que, aunque Marx y Engels admiraron el darwinismo -al punto de considerarlo como el equivalente en historia natural a lo que Marx estaba realizando en la economía política- se diferenciaron del darwinismo social porque, si bien la lucha por la supervivencia como la ley fundamental de la vida animal y vegetal es comparable con lo que pasa en la sociedad capitalista, no pueden aplicarse estas leyes a la sociedad humana en general. Si fuese así, esto implicaría que la sociedad humana no podrá emanciparse nunca de su estado bestial (Marx había señalado que la sociedad burguesa era una sociedad bestial por excelencia). Incluso Engels señala, en *Dialéctica de la naturaleza*, que tampoco se puede reducir la especificidad de la lucha de clases a una genérica lucha por la vida (ibídem: 85-87). Engels no trata de presentar las instituciones humanas como simple prolongación de las “instituciones” animales, aunque le interese mostrar la conexión entre ambas historicidades.

### **La polémica en torno de la dialéctica materialista**

En relación con el desarrollo histórico, tanto social como natural, el recurso a la dialéctica hegeliana, aún “puesta cabeza abajo”, resulta inadecuado para Timpanaro, y en esto coincide con Colletti, aunque aclara: “es totalmente erróneo presentar ese rechazo en forma de contraposición entre un Marx que hubiese elaborado una dialéctica totalmente diversa a la de Hegel y un Engels que hubiese repetido a Hegel vulgarizándolo... o un Marx que hubiese tenido el derecho de usarla en las ciencias humanas y un Engels que hubiese cometido la estupidez de querer aplicarla a las ciencias naturales. Un análisis sin

prejuicios de las posiciones de Marx y de Engels ante Hegel nos revela que son acordes” (ibídem: 89). Tanto Marx como Engels consideran que para tener una dialéctica materialista es necesario: 1) considerarla como una ley o conjunto de leyes objetivamente existentes (y no como leyes del pensamiento, cuya realidad objetiva constituyese sólo una proyección fenoménica); 2) descubrir esas leyes en la realidad por vía empírica, sin forzar la realidad para que ella sea conforme a reglas a priori.

Timpanaro entiende que la dificultad de la empresa radica en la realización detallada de esta segunda tarea. En realidad, según él, la dialéctica tiene un carácter intrínsecamente idealista. Añade que la discusión marxismo-dialéctica no puede limitarse al aspecto estrictamente lógico, sino que debe abarcar conceptos como superación, racionalidad de la historia, progreso, ritmo del devenir histórico. Como también es importante subrayar, como lo hace Colletti, que la “contradicción”, concebida como ley general, lógica y ontológica a la vez, dificulta la comprensión de las “oposiciones reales”.

Pero el problema para nuestro autor se presenta también de otra forma. Si se entiende el ritmo de desarrollo dialéctico en un sentido estricto, como desarrollo de sucesivas superaciones (negación-superación), concluye que hay que reconocer que ése es uno de los ritmos posibles. Dado que hay procesos reformistas, de tránsito gradual, por otra parte hay negaciones a-dialécticas, destructivas. El revolucionario, dice, deberá optar por el ritmo de desarrollo dialéctico y trabajar por su realización; y tendrá que admitir que en muchísimos casos no se ha realizado porque requiere condiciones óptimas. En cambio, prosigue Timpanaro, si se sostiene que cualquier proceso histórico es dialéctico, en cuanto síntesis de ser y no ser; es decir, si se entiende por dialéctica la no estaticidad, el devenir (y correlativamente el modo de pensar que rechaza esquemas rígidos, hipostatizaciones, conceptos supuestamente eternos y metahistóricos), con la dialéctica se abarca toda la realidad, pero nos quedamos en un plano extremadamente genérico, que no da cuenta de la especificidad del marxismo respecto de cualquier otra teoría que no niegue la historicidad de lo real (ibídem: 91-92).

En síntesis, hablar de dialéctica, en la concepción de Timpanaro, permite efectivamente reivindicar la historicidad de todo lo real, y dentro de esa reivindicación optar por un cierto tipo de historicidad sin distinguir nunca bien ambos planos. Permite, de cuando en cuando, contraponerse o a concepciones estáticas y metafísicas o al evolu-

cionismo gradualista, también a la fe en lo absoluto de ciertas clasificaciones o al empirismo que conduce al escepticismo. Permite también -y en esto habrá que detenerse, señala Timpanaro- una especie de optimismo elástico, más resistente, respecto de las luchas del proletariado contra su enemigo de clase: cuanto más se desarrolla la burguesía, más se desarrolla y refuerza la clase que ella oprime. Cualquier victoria de la burguesía no hace sino poner las premisas de una derrota mayor. El riesgo que ve Timpanaro en ese punto es que la dialéctica venga a transformarse en una forma de consolación y de fe. Sería preferible, en ese caso, abandonar un concepto demasiado fugitivo y lleno de peligrosas cargas especulativas, pero siempre distinguiendo lo que hay de justo en las polémicas en nombre de la dialéctica -sostenida por los fundadores del marxismo y sus seguidores. No hay que olvidar en ella la exigencia de una lógica de las ciencias históricas -aparecidas en la economía política con Marx y en las ciencias naturales con Darwin- y que, a pesar de esto, la epistemología del siglo XX ha vuelto en gran parte a concepciones subjetivistas o bien platonizantes de la ciencia. Por otra parte, el marxismo hegeliano (Frankfurt) evita la dialéctica de la naturaleza solamente porque se refugia en un ámbito puramente humano e incluso adopta una actitud moralístico-oscurantista ante las ciencias (ibídem: 93-94).

Otro aspecto que Timpanaro rescata del pensamiento de Engels, es que este contacto más estrecho con las ciencias de la naturaleza le permitió ver los límites del concepto de progreso que el materialismo histórico había heredado de Hegel y de toda una tradición precedente. En sus apuntes sobre el darwinismo, subraya que la evolución de la especie no puede ser considerada incondicionalmente como progreso: “una adaptación puede ser considerada tanto un progreso como una regresión (por ejemplo, la adaptación a la vida parasitaria como regresión). Además, todo progreso en la evolución orgánica es al mismo tiempo una regresión, en cuanto fija una evolución unilateral cierra la posibilidad de evoluciones en muchas otras direcciones” (*Dialéctica de la naturaleza*). En la historia humana, el recurso a la violencia también implica una regresión, aunque ésta sea necesaria para parir una organización social superior. Pero el trasfondo cósmico en el que proyectaba Engels su visión de la historia humana ponía otros límites al concepto de progreso: la idea del final de la especie humana, a pesar de la perspectiva última del comunismo. La idea del fin entraba en el marco de la dialéctica en el sentido hegeliano de izquierda; es decir, acentuando el momento crítico-negativo para el cual “todo lo que existe es digno

de perecer”. Aquí, Timpanaro se pregunta: ¿se podría calificar como dialéctica una destrucción en donde todo el patrimonio de conocimiento y de civilización humanos, lejos de ser heredado y potenciado, fuese dispersado? ¿Sería el fin también del universo? Engels aquí responde que no. Porque la materia siempre se transforma y no puede perderse, siempre permanece. Y así, como finalmente el hombre va a desaparecer, ésta tiene que crearlo de nuevo en otro tiempo y en otro lugar. Se trata pues, señala Timpanaro, de una perspectiva de “ciclo eterno”, de sucesivas destrucciones y reformaciones cósmicas, sin transmisión de herencia cultural de una a otra: una perspectiva mucho más parecida a la de algunas filosofías antiguas que al concepto moderno de progreso en cualquiera de sus formas diversas (incluyendo la forma rousseauiana de retorno a la naturaleza). Sin embargo, el tema queda abierto en Engels. En otros textos, como el *Ludwing Feuerbach* (contrariamente a lo señalado en el *Anti-Dühring*), ya no se tiene en cuenta la previsión del fin de la historia humana como ejemplo de dialéctica revolucionaria, sino como objeción probablemente válida a tal concepción (ibídem: 100-103).

### **La estructura y la superestructura**

Finalmente, otra característica que Timpanaro considera como común a todos los marxistas antiengelsianos es sentir el más vivo hastío ante la única exposición general, aunque demasiado breve, que nos dejó Marx de su propia filosofía: el famoso prefacio de *Contribución a la crítica de la economía política*, de 1859, en el cual la distinción entre estructura y superestructura no sería más que una “tosquedad” que se debería eliminar del marxismo. Todos ellos reivindican, en cambio, como genuinamente marxista, la *Introducción de 1857*. Sin embargo, hace notar Timpanaro, algo debe significar “el hecho de que Marx escribiese el prefacio del ‘59 más tarde que la introducción del ‘57, y que, a diferencia de ésta, diese aquél a la imprenta” (ibídem: 77).

Según Colletti, la distinción entre estructura y superestructura sería mucho más engelsiana que marxista. De acuerdo con él, esta distinción llevaría a configurar la estructura como una formación meramente técnico-económica que no incluiría las relaciones sociales. Colletti propone entonces superar este “déficit” reabsorbiendo ambos términos en el concepto “relaciones sociales de producción”. El problema de esto, señala Timpanaro, es que no habría ninguna jerarquía de prioridad y de poder condicionante entre la esfera económico-social propiamente dicha y las formas jurídico-políticas y culturales. En

consecuencia, no habría ninguna preferencia de explicar unos hechos por los otros, ni siquiera por aquélla que plantea un condicionamiento recíproco. Esto, en realidad, no se resuelve apelando a una afirmación genérica de la dialécticidad de ambos términos o la reciprocidad de la relación mutua, sino, más bien, precisando, con una serie de observaciones empíricas, qué hay que entender por autonomía relativa de la superestructura. Esto comenzó a hacerlo el propio Engels en sus conocidas cartas a J. Bloch y a Conrad Schmidt (Timpanaro, 1973: 119-120). Aquí, Engels deja en claro, además de la cuestión vinculada a la relación entre los diversos niveles superestructurales (político-jurídico, filosófico, etcétera), que la cultura es determinada no sólo por la estructura de la sociedad en la que se desarrolla, sino también por la cultura anterior y, podemos añadir, por la cultura contemporánea de países de diversa estructura social. La afirmación de que las ideas no nacen de otras ideas sigue siendo justa en el sentido de que nunca es ésa la génesis fundamental de las ideas auténticamente significativas de una época y que, por tanto, no es posible una historia de las ideas (o de la expresión artística o de otras manifestaciones llamadas espirituales) concebible como un continuum independiente de los hechos sociales. Esto no quita que, desde que existe la tradición, las ideas también son influidas por otras ideas. Si nos remontamos al origen de las ideas siempre encontramos un móvil material; sólo que hay desfases entre la estructura de una sociedad dada y sus manifestaciones culturales, precisamente porque la cultura es trasmisible incluso mucho más allá de la situación social que la ha generado (ibídem: 120-121).

En suma, el binomio estructura-superestructura sigue siendo fundamental, porque indica la parte preponderante que tiene la estructura económica en la determinación de los grandes cambios de las instituciones político-jurídicas, del ambiente cultural y de la psicología colectiva. Es un descubrimiento de alcance enorme para explicar la realidad social y para transformarla. En cambio, resulta ser insuficiente si lo asumimos como una clasificación exhaustiva de la realidad, como si no existiese nada que no fuese estructura o superestructura.

En la *Introducción a Bernstein*, Colletti quiere subrayar el nexo entre el engelsismo, o materialismo vulgar con ascendencia hegeliana, y el revisionismo socialdemócrata de la Segunda Internacional. Sin embargo, señala Timpanaro, el auténtico límite de la Segunda Internacional no consiste en una carencia de voluntarismo sino en una “filosofía de la historia” esquemática y tenazmente eurocéntrica (ibídem: 125-126). Aunque lo que fundamentalmente se pierde en la crítica

de Colletti es el significado del giro realizado por la cultura burguesa entre fines del siglo XIX y principios del XX: el paso del positivismo al idealismo. Timpanaro cree que, si no hacemos una valoración (político-cultural y no sólo filosófica) de ese giro, nos quedaremos prendidos en el antimaterialismo que invade toda la cultura occidental actual. Evidentemente, no se trató de un giro producido por la llegada de una nueva clase al poder; sin embargo, un cambio de clima cultural tan profundo y de efectos tan duraderos no puede ser considerado como una mutación “puramente superestructural” cuyo origen político-social resultase ocioso rastrear. Tampoco se puede explicar, como indica Colletti, con la teoría del exceso que provoca el exceso opuesto, porque sigue pendiente la explicación de por qué ambos excesos se han sucedido en ese orden y a qué necesidades de la burguesía y de parte del proletariado, hegemónizada por la burguesía, correspondían.

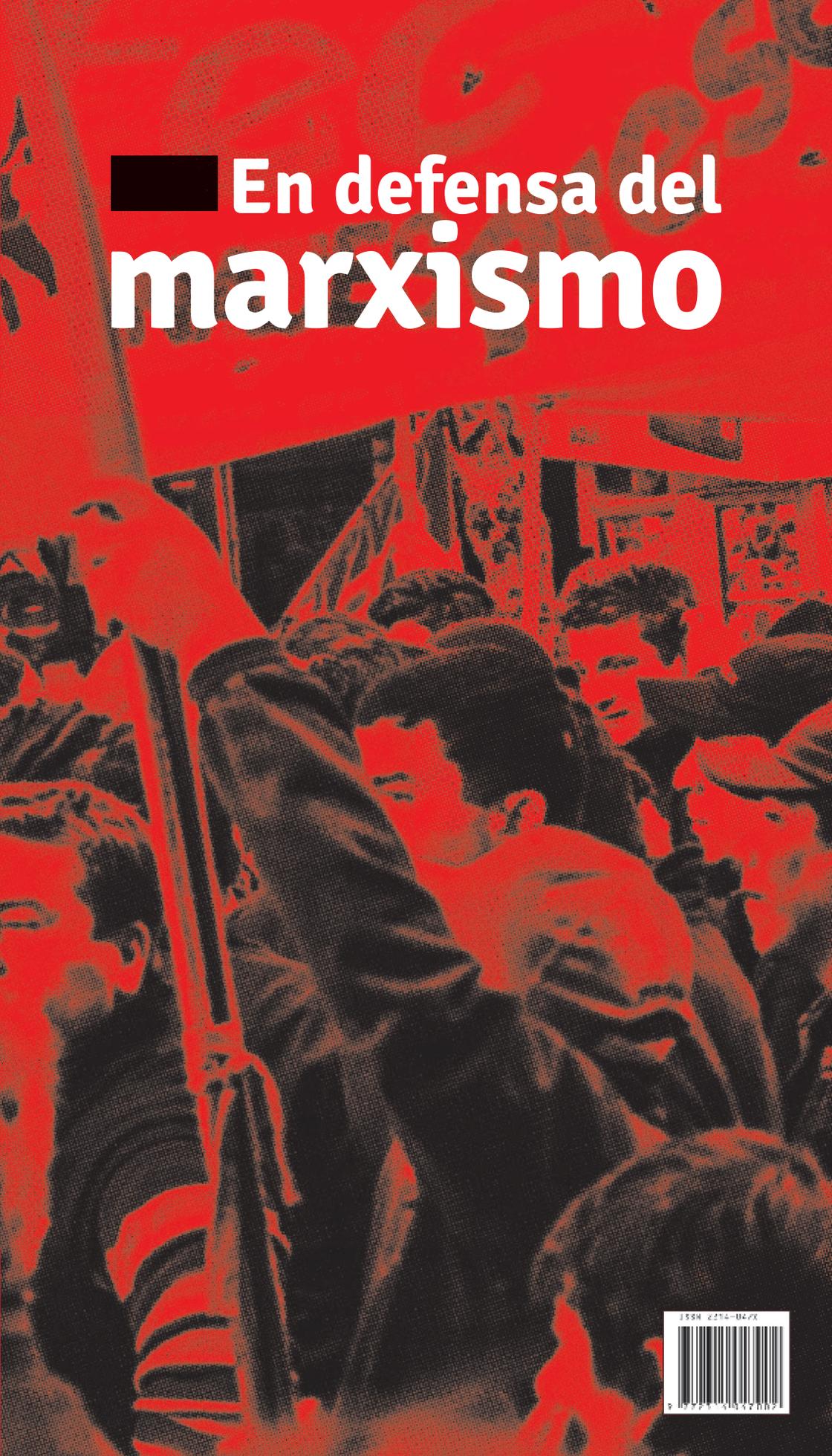
El aspecto más llamativo de tal giro fue el radical antiobjetivismo. Generalmente, se parte de problemas serios y reales de gnoseología de las ciencias, y esta crisis es utilizada para relanzar una absoluta y mitológica creatividad y libertad del hombre. Durante la fase positivista estaba ampliamente difundida la convicción de que el mito, lo irracional, el oscurantismo, eran armas que no servían a la burguesía en sus formas más avanzadas, sino a las viejas fuerzas absolutista-feudales contra las cuales la burguesía había librado luchas recientes, y que la difusión de la verdad científica coincidía, a más o menos largo plazo, con intereses generales de la burguesía. La burguesía del siglo XIX todavía tenía enemigos a la derecha y no sólo a la izquierda, por lo cual subsistía todavía un margen de coincidencia real entre los intereses de la burguesía y la verdad científica. Cuando se sintió suficientemente tranquila por la izquierda, se permitió ese ramalazo iluminista, con todos sus límites, que fue el positivismo. Ni siquiera la experiencia de la Comuna de París sofocó los aspectos laicos y universalizantes de la cultura burguesa. Sólo con el desarrollo del imperialismo, la vocación reaccionaria de la burguesía, presente desde un principio, vino a ser absolutamente predominante (ibídem: 129-130). Se comenzó a pensar que la aspiración a la verdad objetiva era una ingenuidad (la Primera Guerra Mundial llevó al escepticismo respecto de la idea de ciencia y progreso). Entonces, la polémica contra la mediocridad y el quietismo positivista llevó a un relanzamiento del voluntarismo y el irracionalismo en un sentido básico. En el mismo marxismo hubo quienes se hicieron ilusiones (Korsch, el joven Lukacs y el primer Gramsci) de que el “renacimiento idealista” podía actuar como tó-

nico revolucionario contra el gradualismo y parlamentarismo de la Segunda Internacional. Un gran mérito de Lenin es no haber compartido esta ilusión.

Hacia el final de estos escritos, y a modo de conclusión, Timpanaro advierte que, al alejarse del materialismo, el peligro que corre el marxismo es el de dividirse entre una posición de negativa al fetichismo tecnológico -negación sólo moralista que desemboca en una absurda negación de la ciencia- y una apresurada conciliación con las orientaciones filosófico-científicas más recientes (como sucedió con el psicoanálisis, el neopositivismo o el estructuralismo) sin separar lo que hay de científico y de ideológico en tales orientaciones. No basta con mostrar su escaso interés por lo social, sino mostrar los aspectos idealistas que tales tendencias albergan en su raíz, precisamente por derivar de la reacción antimaterialista de fines del siglo XIX. Sin embargo, según Timpanaro, la batalla contra las interpretaciones historicistas y humanistas del marxismo, si bien es correcta, en realidad es una batalla de retaguardia. Hoy no se trata de combatir el idealismo que niega la ciencia sino, fundamentalmente, de combatir al idealismo dentro de la ciencia moderna: de reivindicar una epistemología materialista contra las concepciones platonizantes y teoricitas, o empirístico-agnósticas. De volver a poner en el centro de la discusión las ciencias históricas de la naturaleza y su engarce con las ciencias humanas.

## Referencias

- Colletti, Lucio (1977). *El marxismo y Hegel*. México: Grijalbo.
- Engels, Federico (1975). *Anti-Duhring*. Buenos Aires: Cartago.
- Engels, Federico (1961). *Dialéctica de la naturaleza*. México: Grijalbo.
- Gramsci, Antonio (1958). *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Buenos Aires: Editorial Lautaro.
- Marx y Engels (1955). *Obras escogidas*. Tomo II, Moscú: Editorial Progreso.
- (1981). *Obras escogidas*. Tomo I, Moscú: Editorial Progreso.
- Marx, Karl (2004a). *El Capital*. Libro primero, Tomo I, Buenos Aires: Siglo XXI editores,
- (2004b). *Introducción general a la crítica de la economía política (1857)*, Buenos Aires: Siglo XXI editores.
- Timpanaro, Sebastiano (1973): *Praxis, Materialismo, Estructuralismo*, Barcelona: Editorial Fontanella.



En defensa del  
**marxismo**

ISSN 2214-047X



9 782214 047119